



# *La Henriada*

*Poema épico*

Voltaire

LA

**HENRIADA,**

POEMA ÉPICO

**POR M. DE VOLTAIRE.**

TRADUCIDO EN VERSO ESPAÑOL,

POR D. B. M.

\*

**BARCELONA,**  
LIBRERÍA DE IGNACIO OLIVERES.  
Calle Ancha núm. 26.

AÑO 1856.

## Idea de la Henriada

La materia de la Henriada es el sitio de París, comenzado por Enrique de Valois y Enrique el Grande, y acabado por este último solo.

El lugar de la escena no se extiende sino de París a Ivri, donde se dio aquella famosa batalla que decidió de la suerte de la Francia y de la Familia Real.

El Poema está fundado sobre una historia conocida, cuya verdad se ha conservado en los sucesos principales, dejando otros menos respetables, o suprimidos, o acomodados a la verisimilitud que exige un poema. Se ha procurado evitar el defecto de *Lucano*, que no hizo más que una gaceta inflada, y se han tenido por garantes de ello los siguientes versos de M. Despréaux.

Loin ces rimeurs craintifs, dont l'esprit flegmatique,  
 Garde dans ses fureurs un ordre didactique:  
 Qui, chantant d'un héros les exploits éclatans,  
 Maigres historiens, suivront l'ordre des tems.  
 Ils n'osent, un moment, perdre un sujet de vue.  
 Pour prendre Dole, il faut que Lille soit rendue:  
 Et que leur vers exact, ainsi que Mezerai,  
 Ait fait tomber déjà les remparts de Courtrai, etc.

Afuera esos cobardes rimadores  
 De espíritu flemático, que guardan,  
 En sus furoros mismos, un calmoso  
 Didascálico método: que hazañas  
 Cuando cantan ruidosas de algún héroe,  
 Secos historiadores, no traspasan  
 De los tiempos el orden, y ni un punto  
 Perder osan de vista lo que tratan;  
 Que para tomar Dole, necesario  
 Juzgan que quede ya Lila entregada,  
 Y que, cual Mezeré, su exacto verso,  
 Los muros de Curtré primero abata.

Nada más se ha hecho en este punto que lo que se practica en todas las tragedias, en que los sucesos se conforman a las reglas del teatro.

Por lo restante, este POEMA no es más histórico que otro cualquiera. *Camoens*, que es el Virgilio de los Portugueses, celebró un suceso de que él mismo había sido testigo. El *Tasso* ha cantado una Cruzada conocida de todo el mundo, y en que no se han omitido, ni los ermitaños ni las procesiones. *Virgilio* ha construido su fábula de la Eneida, de las recibidas en su tiempo, que corrían por la historia verdadera de la venida de Eneas a Italia.

Homero, contemporáneo de Hesiodo, y que por consiguiente vivía cerca de cien años después de la guerra de Troya, podía fácilmente haber visto en su juventud ancianos que hubiesen conocido los héroes de aquella guerra. Lo que más debe agradar en Homero, es que el fondo de su obra no sea un simple romance; que los caracteres no sean obra de su sola imaginación; que haya pintado los hombres tales cuales eran, con sus malas y buenas calidades, y que su libro, en fin, sea un monumento de las costumbres de aquella remota edad.

Compónese la HENRIADA de dos partes, es a saber, de sucesos reales como los que acabamos de indicar, y de ficciones. Éstas son todas tomadas del sistema de lo maravilloso, tales como la profecía de la conversión de Enrique IV, la protección que le dispensa San Luis, su aparición, y el fuego del cielo destruyendo aquellas observaciones mágicas, que eran entonces tan comunes, etc. Las otras, son puramente alegóricas. De este número son, el viaje de la Discordia a Roma, la Política y el Fanatismo personificados, el Templo del Amor, y las Pasiones, en fin, y los Vicios,-

*Prenant un corps, une ame, un esprit, un visage.*

Tomando un rostro, un cuerpo, un genio, un alma.

Si en algunos lugares, se han dado a estas pasiones personificadas los mismos atributos que les dieron los Paganos, fue por ser dichos atributos alegóricos demasiadamente conocidos para haber de alterarlos. En nuestras obras las más cristianas, en nuestros cuadros, y en nuestras tapicerías, tiene el amor sus flechas, y la justicia su balanza, sin que estas representaciones ofrezcan la menor tintura de paganismo. La palabra *Amfitrite* en nuestra poesía, nada más significa que la mar, y no la esposa de Neptuno. El *campo de Marte*, sólo quiere decir la guerra, etc. Si alguno hubiere de contrario dictamen, es necesario volver a enviarle a aquel gran maestro del arte, M. Despréaux, que dice:

C' est d' un scrupule vain s' alarmer sottement,  
Et vouloir aux lecteurs plaire sans agrément.

Bientôt ils défendront de peindre la Prudence,  
De donner a Thémis ni bandeau ni balance;  
De figurer aux yeux la Guerre au front d' airain;  
Ou le Temps qui s' enfuit une horloge a la main;  
Et par-tout, des discours, comme une idolâtrie,  
Dans leur faux zèle, iront chasser l' allégorie.

Es escrúpulo vano, tontamente

Alarmarse, y querer sin ciertas gracias  
Agradar al lector. Ellos, bien pronto  
De la Prudencia, harán queden vedadas  
Las pinturas: a Thémis, que una venda  
Se le dé, privarán, y una balanza:  
Que la guerra, de bronce a nuestros ojos  
Se figure también con una cara;  
O el tiempo, que escapándose, en la mano  
Un reloj lleve asido, y en la falsa  
Presunción de su celo, por do quiera,  
De todos los discursos desterrada  
Correrán a dejar la alegoría,  
Cual si una idolatría fuese insana.

Habiendo dado cuenta de lo que contiene esta obra, creemos deber decir algo del espíritu con que ha sido compuesta. No se ha intentado lisonjear ni maldecir en ella. Los que encuentren aquí los malos hechos de sus mayores, nada más les resta que hacer, que repararlos por sus virtudes; y aquellos cuyos abuelos son citados con elogios, ningun reconocimiento deben al autor, que no tuvo en ellos otra mira que la de la verdad, y el único uso que deben hacer de tales elogios, es el de merecerlos iguales.

Si en esta nueva edición se han suprimido algunos versos que contenían verdades duras contra aquellos Papas que en otro tiempo deshonraron con sus crímenes la Santa Silla, no ha sido por pensar con injuria de la Corte de Roma, que aun quiere hacer respetable la memoria de estos malos Pontífices. Los Franceses, que condenan las maldades de Luis XI y de Catalina de Médicis, pueden sin duda hablar con horror de Alejandro VI. Si el autor ha descartado aquel trozo de su Poema, fue solo por ser sobradamente largo, y por incluir versos de que no estaba satisfecho.

Con este solo designio ha reemplazado muchos nombres a otros que se hallaban en las primeras ediciones, según los ha juzgado o más oportunos al asunto, o más armoniosos y sonoros. La sola política en un poema es hacer buenos versos. Se ha callado la muerte de un joven llamado Boufflers, que se suponía muerto por Enrique IV, porque dicha muerte en las circunstancias parecía hacer a Enrique un poco odioso, sin presentarlo por otro lado más grande. Se ha hecho pasar a Duplessis Mornay a Inglaterra cerca de la Reina Isabel, porque efectivamente fue enviado allí, y porque aun

se conserva la memoria de su negociación. Se ha hecho así mismo uso de dicho Duplessis en todo el resto del Poema, porque habiendo representado el papel de confidente del Rey en el primer canto, hubiera sido ridículo introducir otro en los siguientes; así como sería impertinente en una tragedia, *Berenice* por ejemplo, que Tito se confiase de Paulino en el primer acto, y de otro en el quinto. Si algunos quisieren dar interpretaciones malignas a estas variantes, el Autor no debe inquietarse por ello, pues sabe que cualquiera que escribe se expone a los dardos de la malicia.

El punto más importante es la Religión, que hace en gran parte el asunto del Poema, y que es su único desenlace. El Autor se lisonjea de haberse explicado en muchos lugares con una precisión tan rigurosa, que no puede dejar pábulo alguno a la censura. Tal es, por ejemplo, este pasaje sobre la Trinidad.

La puissance, l'amour, avec l'intelligence,  
Unis et divisés, composent son essence.

De su Divinidad forman la esencia  
Poder, saber, y Amor, a un mismo tiempo  
Unidos y distintos.....

Henr: Canto 10 cerca del fin.

Y este otro

Il reconnaît l'Église ici-bas combattue,  
L'Église toujours une, et partout étendue,  
Libre, mais sous un chef, adorant en tout lieu  
Dans le bonheur des Saints la grandeur de son Dieu.  
Le Christ, de nos péchés victime renaissante,  
De ses élus chéris nourriture vivante,  
Descend sur les autels à ses yeux éperdus,  
Et lui découvre un Dieu sous un pain qui n'est plus.

La Iglesia combatida reconoce,  
Una siempre en el suelo, y dél extensa  
Por el ámbito todo; Iglesia libre,  
Bajo de un Jefe empero; donde quiera,  
Y en la perenne dicha de los Santos,  
De su Dios adorando la grandeza.

El Cristo renaciente y viva hostia  
De los pecados nuestros, que alimenta  
Sus caros escogidos, sobre el ara  
Desciende, y a su vista absorta y ciega,  
Bajo un pan, que no existe, un Dios descubre.

Henr: al fin del Canto 10.

Si el Autor no ha podido explicarse por todo el Poema con esta misma exactitud teológica, el lector razonable debe suplirla. Sería sin duda una extrema injusticia, examinar la obra como una tesis de Teología. Este Poema no respira más que amor a la Religión y a las Leyes. Se detestan igualmente en él la rebelión y la persecución. Es menester no juzgar, por una sola palabra, un libro escrito con tal espíritu.

▽△

## Canto I

*Enrique III unido con Enrique de Borbón, rey de Navarra, contra la Liga, habiendo comenzado ya el bloqueo de París, envía secretamente Enrique a pedir socorro a Isabel, reina de Inglaterra. Sufre el Héroe una tempestad. Aporta a una isla, donde un anciano católico le predice su conversión y su advenimiento al trono. Descripción de la Inglaterra y de su Gobierno.*

El héroe canto, que reinó en la Francia  
Por derechos de sangre, y de conquista;  
Que a gobernar los hombres aprendiera  
Por una larga serie de desdichas;  
Que facciones calmando, vencer fuerte  
Y a un tiempo perdonar dulce sabía;  
Y que de confusión en fin cubriendo  
Al Íbero, a Mayena y a la Liga,  
De padre y vencedor de sus vasallos

Su nombre señaló con la divisa. 10  
 Baja, augusta verdad, del alto cielo.  
 Ven; y tu claridad y tu energía  
 Sobre los versos míos vierte grata.  
 De los Reyes el oído facilita  
 De tu escabrosa voz al agrio acento, 15  
 Y cuanto aprender deban les intima.  
 De tu osado pincel al rasgo toca  
 Pintar de las naciones a la vista  
 El lienzo criminal de hórridos monstruos,  
 Que sus guerras abortan intestinas. 20  
 Dí, como sediciosa la Discordia  
 De turbación sembró nuestras provincias;  
 Y del Pueblo narrando las desgracias,  
 Los yerros de los Príncipes publica.  
 Llega, tu labio suene; y si es constante, 25  
 Que contigo de acuerdo un tiempo unida,  
 A tus más fieros tonos su voz dulce  
 La Fábula tal vez mezclar sabía;  
 Si tu altanera frente de ornamentos  
 Sus delicadas manos revestían, 30  
 Y el arte prodigioso de sus sombras  
 Los rayos de tu luz embellecía;  
 Deja que también hoy a compás marche,  
 Que conmigo tus huellas siempre siga,  
 Y tus gracias no empañe, antes ilustre. 35  
 Aún reinaba Valois; aún él hacía<sup>1</sup>  
 De un zozobrante Estado el gubernalle  
 Con mano fluctar trémula e indecisa:  
 De su debido honor, sanción y fuerza  
 Las santas leyes todas destituidas, 40  
 Confusos los derechos y turbados,  
 Más bien en caos tanto se diría,  
 Que en efecto Valois ya no reinaba:  
 Que ya el Príncipe no era, a quien propicia  
 Circundara la gloria de esplendores; 45  
 A quien desde la infancia a las fatigas  
 Adiestrara y las lides la Victoria;  
 Cuyos faustos progresos sorprendida  
 Y temblando la Europa contemplaba;  
 En pos de quien, al fin, la Patria había 50  
 De amor y soledad mil tiernos ayes.  
 Despedido, plañendo su partida  
 Un tiempo, en que del Norte, allá admirando  
 Su suprema virtud, las plagas frías  
 En poner a sus plantas sus diademas, 55  
 Por sufragio común se complacían.  
 En un segundo puesto brilla alguno,  
 Que al primero elevándose se eclipsa.  
 De esta suerte a Valois, al solio alzado,

Con sorpresa pasar la Francia mira, 60  
 De intrépido guerrero a Rey cobarde.  
 Sobre el trono encumbrado se dormía  
 De femenil molicie en hondo seno<sup>2</sup>:  
 De la regia corona el peso abisma  
 De su liviana frente las flaquezas 65  
 Que lúbricos privados mantenían,  
 D' Epernon, San Megrén, Quelús, Joyussa<sup>3</sup>,  
 Jóvenes voluptuosos, que a porfía  
 Bajo su augusto nombre, a su albedrío,  
 Del imperio las riendas dirigían: 70  
 Corruptores políticos de un dueño,  
 Que la afeminación gastado había,  
 En torpes devaneos y placeres  
 Su lánguida existencia sumergían.  
 De los Guisas, en tanto, la fortuna 75  
 Se elevaba veloz, se engrandecía  
 Sobre su humillación y abatimiento,  
 Levantando en París la santa Liga,  
 De su flaco poder rival soberbia.  
 Roto el freno los pueblos se extravían, 80  
 Y hechos de la grandeza humildes siervos,  
 Doblan a sus tiranos la rodilla,  
 Y a su dueño legítimo persiguen.  
 De mil falsos amigos turba indigna,  
 Que feliz le adorara, ya infelice 85  
 Le abandona vilmente, y aturdidas  
 Del Luvre le miraron las columnas  
 Por sus pueblos expulso y en huida,  
 Al paso que acogido el extranjero,  
 Al rebelde París ledo corría. 90  
 Todo marcha en desorden. Por instantes  
 Todo a su fin fatal se precipita,  
 Cuando aparece Enrique. Este virtuoso<sup>4</sup>,  
 Este insigne Borbón, que fiero ardía  
 De un guerrero valor en noble llama, 95  
 A su Príncipe ciego se aproxima,  
 Y a su aspecto Valois la luz recobra:  
 Él su espíritu y fuerzas resucita;  
 Sus pasos endereza, y de la afrenta  
 A la gloria, del juego a la lid guía. 100  
 De París a las pérfidas murallas  
 Con coligadas huestes y aguerridas  
 Al ver los dos Monarcas avanzados,  
 Allí se alarma Roma, y aquí admira  
 El Español temblando su alianza: 105  
 La Europa toda ya comprometida  
 En tan grandes reveses y ruidosos,  
 Sobre el muro infeliz clava la vista.  
 Viose en París entonces la Discordia,

Que al sublevado Pueblo enfurecía, 110  
 Y a la guerra excitando al de Mayena,  
 Y a la Liga y la Iglesia, en hostil grito  
 Del alto de sus torres el socorro  
 Del español soldado requería.  
 Esta fiera impetuosa y sanguinaria, 115  
 Este inflexible monstruo, infiel respira  
 Un eterno rencor contra los mismos  
 Que su yugo infernal más esclaviza.  
 Su maléfico plan de los mortales  
 A infelices desastres sólo aspira 120  
 De su mismo partido con frecuencia  
 Su mano deja toda en sangre tinta;  
 Dentro del corazón que despedaza,  
 Cual tirano cruel se domicilia,  
 Y el crimen que él inspira, pena él mismo. 125  
 Al lado en que del sol la luz declina,  
 No lejos de las márgenes amenas  
 Por do serpeando el Sena corre, y gira  
 Huyendo de París, hoy sitio amable,  
 Retiro encantador, mansión tranquila, 130  
 Donde el arte sus triunfos nos ostenta,  
 Y la naturaleza sus delicias;  
 Campo entonces horrísono y sangriento  
 De la más ominosa y mortal riña,  
 Juntando sus soldados acampaba 135  
 El mísero Valois. Allí se alistan  
 Los valerosos Héroes, que la gloria,  
 Y de Francia el estado sostenían,  
 Y a quienes sectas varias dividiendo,  
 De una común venganza el celo unía. 140  
 De Borbón en las manos victoriosas,  
 Acordes y contentos todos libran  
 Su causa general y sus destinos;  
 Y él, que de conciliarse el don abriga  
 De todos el amor feliz, ganando 145  
 Los corazones todos, los reunía:  
 Que estaban los dos campos tan sumisos  
 Dijérase a su voz, que ya no habían  
 Más Jefe que él, ni más Iglesia que una.  
 Del seno celestial do residía 150  
 Luis, padre inmortal de los Borbones<sup>5</sup>,  
 Sobre el virtuoso Enrique atento fija  
 Sus paternas ojos. De su raza  
 El más claro esplendor en él divisa;  
 Su ardor, su virtud ama; su error llora: 155  
 Con su corona honrarle, al fin quería,  
 Y quiere más aún, quiere ilustrarle.  
 Avanza en tanto Enrique, y se encamina  
 A la suprema cumbre; más por sendas

Que para él mismo ocultas no advertía. 160  
 Del alto de los cielos sus auxilios  
 Prestábale Luis, pero escondida  
 La mano que en su apoyo le tendiera;  
 Cuidando que del Héroe siendo vista,  
 Ya por demás seguro de sus triunfos, 165  
 De un peligro menor fuese a medida  
 De sus hechos también menor la gloria.  
 Del muro que obstinado resistía,  
 Ya finalmente al pie, y en frente puestos,  
 Más de una vez de Marte en tentativas 170  
 Igual riesgo ensayaran los partidos:  
 De la humana feroz carnicería  
 Ya el mal genio, del campo desolado  
 Al uno y otro mar llevara a prisa  
 Un furor implacable, cuando a Enrique 175  
 Su agridada palabra, interrumpida  
 De frecuentes suspiros y sollozos,  
 Le endereza Valois en esta guisa.  
 «Ya ves hasta que punto de mi suerte  
 El rigor me abatió. No es mi desdicha, 180  
 Ni solo mi interés el que va hablarte;  
 Tuya es ¡o Borbón! la injuria mía.  
 Contra su Rey osando sediciosa  
 Su frente al cielo alzar esa infiel Liga,  
 A los dos en su rabia nos confunde, 185  
 Y a los dos nos persigue y abomina.  
 Del pueblo de París enajenado  
 El rebelde rencor de que le animan,  
 Nos desconoce a entrambos, pretendiendo  
 Precipitarme a mí del trono en vida, 190  
 Y de su herencia a ti, que en pos te toca.  
 No ignoran los Ligados, no, no olvidan  
 Que la voz imperiosa de la sangre  
 De nuestra anciana augusta dinastía,  
 El mérito, las leyes, y en fin todo 195  
 Te aclaman a mi muerte de justicia  
 Al trono de la Francia, en que vacilo,  
 Y del cual darte piensan la exclusiva,  
 Ya de hoy mismo temblando a la grandeza  
 De tu fortuna y gloria sucesivas. 200  
 La Religión terrible en sus enojos,  
 Ambiciosa y colérica, fulmina  
 Contra la independencia de tus sienas  
 Su fatal anatema. Roma erguida,  
 Que a do quiera transporta sin soldados 205  
 De la guerra el azote, deposita  
 De su cruda venganza el sacro trueno  
 Del Español en manos. Ya vendida  
 De vasallos, de deudos y de amigos

Veo, amigo, la fe. Ya se retira, 210  
 Ya de mí huye todo y me abandona,  
 O se arma contra mí. Con tropelía  
 El avariento Hispano enriquecido  
 Por mis pérdidas, fiero se avecina  
 A inundar de sus huestes destructoras 215  
 Mis desiertas ya míseras campiñas.  
 Contra enemigos tantos, que en su furia  
 Tal ansia de ultrajarnos acreditan,  
 A nuestra vez traigamos a la Francia  
 Una extranjera fuerza más benigna: 220  
 En secreto ganad de los Britanos  
 Esa ínclita Reina, esa heroína.  
 Bien sé el odio inmortal, que una alianza  
 Permite rara vez franca y sencilla  
 Entre el Francés y el Anglo. En todos tiempos 225  
 Émula de París, Londres la envidia.  
 Más ¿que importa, Borbón? si desde el punto  
 En que mi antigua gloria vi marchita,  
 Y por ellos mi nombre amancillado,  
 Ya ni patria, otros tiempos tan querida, 230  
 Ni vasallos conozco. Yo les odio;  
 A castigar anhelo sus perfidias  
 Y a mis ojos Francés es quien me vengue.  
 En tal negociación, poco confía  
 Mi supremo interés en las funciones 235  
 De ordinarios agentes inactivas;  
 Tu eres solo Borbón, el que yo imploro;  
 De promediar tu voz es solo digna  
 En que a los Reyes mueva mi infortunio:  
 Parte a Albión, y allí la causa mía 240  
 Patrono tan feliz logre en tu fama,  
 Que un ejército aliado me consiga.  
 Mis enemigas huestes por tu brazo  
 Quiero, Enrique, abatir, y otras amigas  
 Por tu sola virtud ganar espero». 245  
 Dijo, y el Héroe, que de gloria hervía  
 En codicioso celo, y en más manos  
 Teme ver que las tuyas repartida  
 Del triunfo la palma, un dolor vivo  
 Al oírle sintió. Pasados dios 250  
 A su gran alma caros echa menos,  
 En que él solo y Condé sin más intrigas,  
 Ni otro extranjero auxilio que la fuerza  
 De su virtud, temblar la Liga hacían;  
 Más era necesario ardientes votos 255  
 Satisfacer de un dueño. Se resigna:  
 Los golpes de su brazo ya suspende,  
 Y los laureles, que cogido había  
 Del Sena en la ribera, abandonando,

Su valor a partir violento instiga. 260  
 Atónito el soldado, que ignoraba  
 Sus arcanas empresas, se contrista;  
 Y de uno y otro campo los guerreros  
 Sus destinos pendientes suponían  
 Del regreso feliz del Héroe ausente. 265  
 Ya marchaba: aún empero le imagina  
 El pueblo criminal siempre delante,  
 Y pronto a fulminar sobre él sus iras.  
 Su nombre, que del trono la columna  
 Más sólida y más firme se apellida, 270  
 De todo el bando alzado su enemigo  
 El terror en las almas infundía,  
 Y por él en su ausencia peleaba.  
 Ya del Neustrio saltaba las campiñas,  
 Sin que de sus privados otro alguno 275  
 Formase que Morné su comitiva<sup>6</sup>:  
 Éste su siempre digno confidente,  
 Más nunca adulador, fiel le asistía;  
 Éste sobrado fuerte y grave apoyo  
 Del bando del error y su doctrina, 280  
 Éste, a quien en prudencia como en celo  
 Señalándose siempre, a par movían  
 La causa de su Iglesia y de su Patria;  
 Censor del cortesano, y todavía  
 En la corte querido, a quien de Roma 285  
 Fiero enemigo, Roma propia estima.  
 Al través de dos rocas, donde viene  
 La cólera del mar rugiendo altiva  
 Sus olas a estrellar entre alba espuma,  
 A los ojos del Héroe se ofrecía 290  
 De Diepe el feliz puerto. Y fogoso  
 A bordo el diestro nauta jarcias iza;  
 El bajel, que a favor de su maniobra  
 Con fiera majestad la mar domina,  
 Ya de volar a punto sobre el llano 295  
 Del undoso cristal, sus alas infla:  
 Amarrado del viento en las regiones  
 El furibundo Bóreas se mitiga,  
 Y del céfiro al soplo la mar cede.  
 Levada el ancla ya, dél impelida, 300  
 Surcaba el vasto piélagos la nave  
 Lejos ya de la tierra fugitiva,  
 Y de la Gran Bretaña las riberas  
 Descubriánse ya, cuando del día  
 Eclípsase el gran astro en un instante, 305  
 Regaña airado el cielo, el aire silba,  
 Brama el onda a lo lejos, y los vientos  
 Desenfrenados más y más irritan  
 Las encrespadas olas; centellando

Entre la negra nube el rayo brilla; 310  
 Del relámpago el fuego, y de las olas  
 El abismo profundo do quier pintan  
 Al navegante pálido la muerte:  
 Y aún el Héroe, a quien furias envolvían  
 Del undoso elemento, los peligros 315  
 De su propia persona no sentía;  
 Sus ojos sólo vuelve hacia la Patria,  
 Y en su empresa su mente siempre fija,  
 Por la sola tardanza en sus destinos,  
 A increpar a los vientos se limita. 320  
 No tan patriota, no, ni generoso  
 Allá César del Epiro a la orilla,  
 Cuando del mundo el cetro disputaba,  
 Al furioso Aquilón sobre el mar fía  
 Del Romano la suerte y de la tierra, 325  
 Y a Pompeyo y Neptuno, que se ligan,  
 A un tiempo desafiando, su fortuna  
 A la borrasca impávido oponía.  
 En este instante el Dios del universo,  
 Que sobre el viento vuela, que las iras 330  
 Subleva de los mares, o las calma,  
 Y de cuya eternal sabiduría  
 La profunda inefable providencia,  
 Forma imperios, los alza, o los derriba,  
 Desde el trono inflamado, do preside 335  
 A la vida y la muerte, y que allá brilla  
 Del celestial empíreo en las alturas,  
 Sus ojos abatir al fin se digna  
 Sobre el Héroe Francés, y en riesgo tanto  
 El mismo es quien le alienta, quien le guía, 340  
 Y cuya voz excelsa a la borrasca  
 Mandando que a la playa más vecina  
 Al punto el bajel lleve, donde Jersei  
 Del seno de las ondas parecía  
 Ir alzándose: el Héroe ya del cielo 345  
 Conducido por fin, aporta a la isla.  
 No lejos de su orilla, espeso bosque  
 Bajo sus frescas sombras y tranquilas  
 Dulce asilo ofrecía. Una gran roca,  
 De las airadas olas fronteriza, 350  
 A su rigor encúbrela, vedando  
 Del regañón a furias que la embistan,  
 Y jamás su reposo turbar puedan,  
 De esta roca una gruta cerca había.  
 Cuya simple estructura de su ornato 355  
 Sólo a la mano rústica y sencilla  
 De la naturaleza fue deudora:  
 En mansión tan obscura y escondida,  
 Un anciano habitaba venerable,

Que lejos de la corte, do otros días 360  
 Engolfado anduviera, allí buscaba  
 La dulce y santa paz; allí vivía  
 Del resto de los hombres ignorado;  
 Y de inquietudes libre, se ejercita  
 En el sublime estudio de sí mismo; 365  
 Con lagrimas allí se arrepentía  
 De horas en los placeres abismadas,  
 Y de amor en delirios consumidas.  
 De aquellas toscas fuentes a los bordes,  
 Sobre el florido esmalte, que matiza 370  
 De aquella soledad los verdes prados,  
 A sus pies arrojaba y sometía  
 Las humanas pasiones, y sereno,  
 De sus votos aguardaba que a medida,  
 Viniese, en fin, la muerte para siempre 375  
 A unirle con el Dios a quien servía;  
 Aquel Dios, que con gracia y bondad tanta  
 Su vejez honrar quiso, y su fe viva;  
 Que descender mandando a su desierto  
 La misma celestial sabiduría, 380  
 Y con él prodigando los tesoros,  
 De divinos arcanos, a su vista  
 Le agradara exponer de los destinos  
 El misterioso libro en que se cifran.  
 Este favorecido, grave anciano, 385  
 A quien Dios revelado el Héroe había,  
 Cerca de un onda pura, agreste mesa  
 Al gran Príncipe ofrece, a quien no admira  
 Lo nuevo del convite. Veces varias  
 Bajo un humilde techo, y en faz misma 390  
 Del simple labrador todo encantado,  
 Del cortesano estrépito en huida,  
 Y en busca solamente de sí propio,  
 Del diadema depuesto alegre había  
 El majestuoso fausto y fiero orgullo. 395  
 La turbación ruidosa difundida  
 Por el orbe cristiano, vasto asunto  
 Del coloquio más útil ofrecía  
 Al huésped venerable y peregrinos.  
 El virtuoso Morné, que en la doctrina 400  
 Vivía de su secta imperturbable,  
 ¡Cuán terribles apoyos suministra  
 De Calvino al error! Dudoso Enrique,  
 De su luz solo al cielo le suplica,  
 Que sus ojos illustre un feliz rayo. 405  
 «En todos tiempos, dijo, combatida  
 Entre febles y míseros mortales,  
 Siempre de error cercada y de mentira,  
 La divina verdad se vio en la tierra.

¿Fuerza será por tanto al alma mía, 410  
 En Dios solo fundando su esperanza,  
 De sendas, que hasta él mismo la dirijan,  
 Vivir en la ignorancia tenebrosa,  
 Que la humana razón jamás disipa?  
 Un Dios ¡ha! tan benéfico, y del hombre 415  
 El árbitro y Señor, ya dél habría  
 Servídose a este fin, si le pluguiera.  
 Adoremos, el viejo les replica,  
 Los designio de Dios. No le acusemos  
 Por faltas de los hombres. Yo vi un día 420  
 De Calvino el error nacer en Francia.  
 Humilde en sus principios, débil iba  
 Arrastrando entre sombras. Desterrado,  
 En nuestros muros sin sostén camina  
 Por mil lóbregas vueltas y rodeos, 425  
 Avanzándose astuto hacia sus miras  
 Con un rastrero giro y lento paso;  
 Y del seno del polvo y la inmundicia  
 Atónitos mis ojos advirtieron  
 Como su altiva frente se atrevía 430  
 El hórrido fantasma a alzar osado;  
 Como al trono abalanza, y sin medida  
 Insultando a los hombres, nuestras aras  
 Con planta a trastornar se arroja impía.  
 Huyendo al punto entonces de la corte, 435  
 En esta obscura cueva la ignominia  
 De mi sagrado culto a llorar vine.  
 Plácidas esperanzas todavía  
 Mis postrimeros años lisonjean;  
 Un culto tan moderno mal podría 440  
 Ser de duranza eterna. De los hombres  
 Al capricho su ser deudor se mira.  
 Morir se le verá como ha nacido;  
 Las obras de los hombres de la misma  
 Fragilidad serán, que sus autores. 445  
 A su supremo arbitrio Dios abisma  
 Sus facciosas empresas. Él es sólo  
 El inmutable Ser. Mientras registra  
 De unas sectas sin número, la tierra,  
 Las implacables guerras, que la agitan, 450  
 Del Eterno a los pies en paz reposa  
 La celestial verdad, que no ilumina  
 Sino muy rara vez al orgulloso,  
 Y que solo por fin, podrá ser vista  
 Del que de corazón la busque y ame. 455  
 Escuchad, Gran Enrique. Dios me inspira:  
 Ser queréis ilustrado. Habréis de serlo.  
 Elegiros por fin mi Dios se digna  
 Al trono de Valois. Su excelsa mano

Por sangrientos combates premedita, 460  
 Encaminar triunfante vuestra planta;  
 Terrible a la victoria su voz dicta,  
 Que las sendas os abra de la gloria  
 De laureles ornándolas y olivas.  
 Más no ignoréis también, sabed, que en tanto 465  
 Que a vuestro espíritu, propicia  
 La verdad, de su luz que le ilumine  
 Algún rayo benéfico no envía,  
 De París por las puertas será en balde  
 Que presumáis entrar. Tened bien fija 470  
 La atención, sobre todo, en preservaros  
 De la común flaqueza, en que se abisman  
 Aun las más grandes almas. Atractivos  
 Hechiceros huid; huid insidias  
 Del más dulce veneno. Precaveos, 475  
 Y de vuestras pasiones enemigas  
 Habed tan solo miedo, Gran Enrique.  
 Sabed al ocio blando y las delicias  
 Resistir con vigor, y al amor mismo  
 Combatir y vencer. Allá algún día, 480  
 Cuando de tal valor, de virtud tanta  
 Por una fuerza heroica y divina,  
 Gloriosa y felizmente ya llegaréis,  
 A triunfar de vos mismo y de la Liga;  
 Cuando en un sitio horrible, cuya fama 485  
 La más remota edad oiga afligida,  
 Todo un inmenso pueblo confundido,  
 Por vuestros beneficios sólo exista;  
 De vuestro Estado entonces las desgracias,  
 Las funestas miserias que lo atristan, 490  
 Acabadas veréis. De vuestros padres  
 Al Dios entonces vuestra fe rendida  
 Los ojos alzaré, y verá entonces,  
 Cuan bien, cuan dignamente en él confía  
 Un sano corazón. Partid Enrique; 495  
 Adiós y no dudéis que él os asista;  
 El virtuoso varón, que le asemeja,  
 De su apoyo seguro es justo viva».

Dardos fueran de fuego estas palabras,  
 Que del sensible Enrique el alma herían, 500  
 Hasta su noble fondo penetrando.  
 Transportado, creíase al oírlas,  
 A aquella edad del mundo tan dichosa  
 En que al hombre mortal la Deidad misma  
 Con su palabra honrara, y prodigando 505  
 Prodigios, la virtud simple y sencilla  
 A los Reyes magníficos mandaba,  
 Sus oráculos santos profería.  
 Llegando al cabo el hora, en que era fuerza

Que ya del justo anciano se despida, 510  
 Con dolor estrechándole en los brazos  
 De sus ojos las lágrimas corrían.  
 Desde aquellos instantes, ya entreviera  
 De un día, cuyo sol aún no divisa,  
 El precursor lucero. Sorprendido, 515  
 Más no tocado aún Morné partía:  
 Al árbitro supremo de estas gracias  
 Dél pluguiera ocultarse. Vana estima  
 En la tierra de sabio el nombre diera  
 Al que, de mil virtudes con mancilla, 520  
 Hiciera del error su amado fuerte;  
 En tanto que el buen viejo así platica  
 De Dios iluminado, disponiendo  
 El corazón del Príncipe, sumisa  
 Del viento la violencia a su voz calma. 525  
 De nuevo se aparece el sol, y brilla,  
 Sosiéganse las ondas, y bien presto  
 Conducido Borbón a las orillas,  
 Parte el Héroe volando por las aguas  
 De la soberbia Albión a sus marinas. 530  
 Cuando en medio del mar de la Inglaterra,  
 Aquel flotante imperio Enrique avista,  
 La rápida mudanza venturosa  
 Reflexivo contempla, atento admira  
 De tan ilustre Estado y tan potente, 535  
 En que la acción violenta y desmedida  
 De tantas sabias leyes, y el abuso  
 Que la licencia eterno hacer solía,  
 Harto tiempo del Príncipe y vasallo  
 Labraran la recíproca desdicha. 540  
 Sobre el sangriento teatro, en que cien héroes  
 Catástrofe tan triste hallado habían;  
 Sobre el solio fatal resbaladizo,  
 Del que, de cien Monarcas abatida  
 La majestad augusta ya se viera, 545  
 Una mujer, al fin, el cetro afirma;  
 Y a sus pies los destinos sujetando,  
 Nuestro sexo confunde; y ya la rica  
 Brillantez de su reino al mundo entero  
 Sirve de admiración, terror y envidia. 550  
 Era aquella Isabel singular hembra,  
 De su esfera y su sexo maravilla,  
 Cuyos sabios manejos, de la Europa  
 Inclinar a su arbitrio conseguían  
 De la balanza el fiel. La que al Britano 555  
 De indómita cerviz, que no podía  
 Servir ni vivir libre, al fin su yugo  
 Llevar, y aún amar hizo. Grato olvida  
 Bajo su sagaz mando el Inglés pueblo

Pérdidas, que jamás sufrir creería. 560  
 Sus fecundos rebaños, sus llanuras  
 Sus montañas y bosques ya cubrían;  
 De la esfera los mares, sus bajeles;  
 Y sus copiosas mieses, las campiñas.  
 Monarca es en la mar, temido en tierra; 565  
 Sus flotas imperiosas, que esclavizan  
 Por do quier a Neptuno, la fortuna  
 Del uno al otro polo se atraían.  
 Londres, bárbara un tiempo, centro es culto  
 De las útiles artes en el día. 570  
 De las gentes del mundo más remotas  
 Con frecuencia sus plazas concurridas,  
 Emporio es a Mercurio, a Marte templo.  
 Los muros de Westminster domicilian  
 Tres distintos poderes, que del lazo 575  
 Que los une entre sí, los tres se admiran.  
 Diputados del Pueblo, Rey y Grandes,  
 A quienes intereses dividían  
 Y reunía la ley. Los tres sagrados,  
 Y miembros inviolables, que organizan 580  
 Su invicta institución, tan peligrosa  
 A sí misma tal vez, y a sus vecinas  
 De tanta alarma siempre, y tan terrible.  
 Feliz, mientras el Pueblo en la medida  
 De su deber instruido y limitado, 585  
 Al supremo poder respetos rinda  
 Cuantos le debe fiel; y aún más dichosa,  
 Cuando al Pueblo también a su vez rijan  
 Reyes justos, políticos y dulces,  
 Que acaten cuando deben, y no opriman 590  
 Su libertad civil. ¡Ha! cuando, cuando,  
 Así exclamó Borbón, cuando podrían  
 Unir como vosotros los Franceses  
 La gloria con la paz! ¡Testas altivas,  
 Príncipes de la Europa cuanto ejemplo 595  
 Tenéis aquí patente a vuestra vista!  
 Las puertas de la guerra en sus estados  
 Una mujer cerrando, la paz fija;  
 En tanto, que a los vuestros, con desdoro  
 Del pecho varonil que los domina, 600  
 El horror y discordia relegando,  
 De un pueblo que la adora, hace la dicha.  
 Va entretanto arribando, y tierra toma  
 En la inmensa Metrópoli, do brilla,  
 Y por do quiera reina la abundancia, 605  
 Que de la libertad tan solo es hija.  
 Del vencedor aquí de los Ingleses  
 La célebre y antigua torre mira,  
 Y allí más a lo lejos de la Reina

El alcázar agosto ya registra. 610  
 De su amigo Morné sólo seguido,  
 A encontrar a Isabela se encamina,  
 Sin nada de aquel fausto y pompa vana,  
 Que encanta en su interior la fantasía  
 De los Grandes, por grandes que ser puedan, 615  
 Más que héroes verdaderos no codician,  
 Antes desdeñan siempre. Borbón habla,  
 Y en sola su franqueza el fondo cifra  
 De su elocuencia toda. De la Francia  
 Las cuitas en secreto a Isabel fía: 620  
 Y si es, que de su patria en fiel obsequio,  
 Su corazón y lengua al ruego humilla,  
 Su elevación a un tiempo y su grandeza  
 En la sumisión misma descubriría.  
 «¡Pues qué! ¿a Valois servís?» la Reina dice 625  
 ¿Es Valois, le repite sorprendida  
 Quien a Borbón envía, quien le manda  
 Del Támesis venir a las orillas?  
 Qué! ¿De sus implacables enemigos  
 Tornado en protector, por ellos lidia, 630  
 Y con tanta eficacia Enrique viene  
 A emplear hoy sus ruegos y fatigas  
 Por el Príncipe aquel, que aún ayer mismo  
 Perseguirle de muerte parecía?  
 Aun desde las riberas del poniente 635  
 Hasta las puertas de la aurora, grita  
 De vuestros largos choques y discordias  
 La voladora fama peregrina;  
 ¡Y en favor de Valois armada veo  
 Esa mano, esa mano dél temida 640  
 Tan repetidas veces!»... «Sus desgracias  
 Sofocaron ¡o Reina! le replica,  
 Nuestros antiguos odios. No era libre  
 Valois; se hallaba esclavo. Ya en el día  
 Sus cadenas rompió. Otro su estado, 645  
 Otra fuera su gloria, otra su dicha  
 Si siempre de mi fe más bien seguro,  
 Otro arriesgado apoyo y otras ligas  
 Que su valor y el mio no buscarse;  
 Pero usó de artificio e hipocresía: 650  
 Por flaqueza y temor fue mi enemigo:  
 Más, en fin de sus riesgos a la vista  
 Sus faltas se me olvidan y mi injuria.  
 Le he vencido, Señora, e ya de prisa  
 A vengarle tan solo corro ahora. 655  
 Vuestra bondad, gran Reina, bien podría  
 En tan alta querella, en lid tan justa,  
 Labrar un nombre eterno a la gran Isla,  
 Y a un tiempo coronar vuestras virtudes,

Si de nuestros derechos grata auxilia 660  
 Vuestra potente mano la defensa,  
 Y conmigo vengar tal vez se digna  
 Esta de los Monarcas común causa».

Con impaciencia entonces la heroína,  
 Que la historia le cuente, pide a Enrique 665  
 De tanta turbación como afligía,  
 Y la Francia asolaba. Los resortes,  
 El encadenamiento y las intrigas,  
 Que en el triste París causar pudieran

Tanta revolución, saber quería; 670  
 Y a este fin, su palabra dirigiendo  
 Al augusto enviado, así le invita:  
 «Ya con frecuencia ¡Príncipe! la fama  
 Voladora y parlante me tenía,  
 De esos sangrientos lances e infortunios 675  
 Dada muy de antemano la noticia;  
 Pero en su ligereza, siendo siempre  
 Tan necia e infiel su lengua, que prodiga  
 Con la verdad mil veces el engaño,  
 Sus vagas relaciones de fe indignas 680  
 Desechado hube siempre. Vos Enrique,  
 Que de tan prolongadas, fieras lidias  
 Célebre parte fuisteis y testigo;  
 Y vos, que de Valois la alternativa  
 De apoyo, o vencedor seguisteis siempre, 685  
 Explicadme ese nudo que ya os liga:  
 Tan extrema mudanza descifradme.  
 Vos tan solo, Borbón, sois quien podría  
 De voz mismo tratar de un digno modo.  
 Vuestras faustas proezas y desdichas 690  
 Que me pintéis, os ruego, y creed Enrique,  
 Que es lección de los Reyes vuestra vida».

«¡Ha! replica Borbón ¿y será fuerza  
 Que vuelva a renovar la lengua mía  
 De días tan funestos y menguados 695  
 La infanda narración, la atroz herida?  
 Pluguiese al cielo airado, ilustre Reina,  
 Al cielo, que testigo de allá arriba  
 De mi acerbo dolor fue veces tantas,  
 Que de un eterno olvido la cortina 700  
 Para siempre escondiese a nuestros ojos  
 Cuadros de tanto horror ¿Porqué me obliga  
 Vuestra bondad, Princesa, a que mi labio,  
 De Reyes de la sangre que me anima,  
 Cuento el furor y afrenta? Se estremece 705  
 Mi corazón aún, cuando se excita  
 Su recuerdo cruel: más lo mandasteis;  
 A obedeceros voy. Quizá sabría  
 De algún otro la astucia, al daros cuenta,

Sus enormes delitos, sus perfidias 710  
Disfrazaros aún. Con labio diestro  
Aún tal vez sus flaquezas cubriría;  
Pero en mi franco pecho al artificio,  
A la doble cautela no hay cabida.  
Oíd, Señora, pues. Es el soldado, 715  
Más que el embajador, el que se explica».

FIN DEL CANTO I

▽△

## Canto II

*Enrique el Grande cuenta a la reina Isabel la historia de las desgracias de la Francia. Se remonta hasta el origen de ellas, y entra en el detalle de la carnicería ejecutada la noche de San Bartolomé.*

«De males el exceso a que la Francia  
Entregada se mira, horrible es, Reina;  
Y horrible tanto más, cuanto es sagrada  
Su fuente comunal. Celo inhumano, 720  
Furor de Religión fue, quien la daga  
En la mano libró del Francés Pueblo.  
Entre Ginebra y Roma jamás nada  
Decidir osaré; más por divinos  
Que los renombres sean, a que a entrambas, 725  
De uno y otro partido los secuaces  
Con extremos hipérboles exaltan,  
Yo, no obstante, el furor, yo el sutil dolo  
Vi que a los dos denigran y difaman.  
Si del error es hija la perfidia, 730  
Si entre las controversias, que desgarran  
Y la Europa sumergen, las traiciones,  
Los alevos puñales, las cábalas  
Infame sello son, que la mentira  
Tan cruel como pérfida contrastan, 735  
Ambos partidos pérfidos y crueles,  
Iguales en los crímenes y manchas,  
Del ominoso error entre tinieblas  
Ambos, al parecer, iguales andan<sup>7</sup>.  
Francés, soldado y Rey, solo adoptando 740

Del trono la defensa y de la patria,  
 Su venganza dejando al cielo solo,  
 Nunca se habrá notado que violada  
 De mi poder legítimo la línea,  
 Con una mano osase temeraria 745  
 Profanar del levita el incensario.  
 Perezca para siempre, si, mal haya  
 La perversa política, que intenta  
 Un despótico imperio sobre el alma:  
 Que racionales pechos solicita 750  
 Convencer por la fuerza de las armas:  
 Que de herética sangre los altares  
 De un culto dulce y puro, feroz mancha;  
 Y de intereses sórdidos del mundo,  
 O frenesí fanático guiada, 755  
 De paz a un Dios benigno solo sangre,  
 Solo homicidios bárbaros consagra.  
 «Pluguiera a este Dios mismo omnipotente,  
 Cuya ley busco yo, que así pensara  
 La corte de Valois; pero a ambos Guisas<sup>8</sup>, 760  
 Los escrúpulos míos no embarazan.  
 De esos jefes de un crédulo gentío  
 La profunda ambición, sagaz disfraza  
 Su profano interés con el del cielo.  
 Cae un furioso pueblo en su vil malla, 765  
 Y contra mí, los pérfidos, el odio  
 De su cruel piedad concitan y arman.  
 Yo vi correr por celo a degollarse,  
 Volar vi mis patriotas con la llama  
 Al combate empuñada y al incendio, 770  
 Por vanos argumentos que no alcanzan.  
 Vos conocéis el pueblo, ilustre Reina;  
 Cuál es su arrojo, cuál su audacia,  
 Desde el terrible punto en que le imbuyen  
 Y a persuadirse llega que es la causa 775  
 Del ultrajado cielo la que venga.  
 De la fe con la venda densa y sacra  
 Ceñidos ya sus ojos, desde entonces,  
 De la obediencia rompe el freno y valla.  
 De vos, gran Isabel, estas verdades 780  
 Conocidas muy bien, bien meditadas,  
 Vuestra sabia cautela de antemano  
 Oportuno remedio al mal prepara,  
 Prontamente ahogándole en su cuna.  
 La tempestad, apenas fue formada 785  
 En los Estados vuestros: la previera  
 Vuestro espíritu pródigo, y la calma  
 Vuestras prendas, por fin, vuestros talentos:  
 El fruto ya gozáis de virtud tanta.  
 Vos, Señora, reináis: Londres es libre, 790

Y vuestras leyes florecientes campan.  
 Rumbos siguió la Médicis diversos<sup>9</sup>.  
 De narración tan mísera tocada  
 Mandaréisme, tal vez, que un fiel retrato  
 Del carácter de Médicis os haga. 795

Oídlo ya de un labio ingenuo al menos:  
 Muchos, Reina, de Médicis parlaban;  
 Pocos empero bien la conocieran:  
 Sondaron pocos bien las enseñadas,  
 Los oscuros secretos y repliegues 800  
 De sus ondas malélicas entrañas.  
 Yo, que de cuatro lustros por espacio,  
 De sus hijos criado en cortes varias,  
 Bajo sus mismos pies, por tanto tiempo  
 Ir formándose he visto las borrascas, 805  
 Con demasiado riesgo a conocerla  
 Aprendido he, por fin, y a descifrarla.  
 «La aventurera muerte de su esposo,  
 Que de su edad la flor segó temprana,  
 Dejó precipitado y libre curso 810  
 A toda su ambición, y sujeta  
 De sus hijos, el uno en pos del otro,  
 La regia educación a su tirana  
 Tutelar dictadura: al que sin ella  
 El cetro ya empuñar, reinar osaba, 815  
 Desde aquel mismo instante le persigue,  
 Por odioso enemigo le declara.  
 Alrededor del solio derramando  
 De discordia y de envidias la cizaña,  
 Oponiendo incesante y harto astuta 820  
 A los Condés los Guisas, Francia a Francia,  
 Con sus mismos contrarios más discordes  
 Pronta siempre a ligarse, y en mudanza  
 De enemigos perpetua, de rivales,  
 De intereses, de bandos y de causas, 825  
 Del deleite y placer, si bien no tanto<sup>10</sup>  
 Como de la ambición, sensual esclava,  
 Y para colmo, además, supersticiosa<sup>11</sup>,  
 Y a su culto también mil veces falsa;  
 La Médicis, Señora, por decirlo 830  
 Sin explicarme más, en dos palabras,  
 Poseía, por fin, del sexo propio  
 Con muy poca virtud todas las faltas...  
 Se deslizó mi lengua. La franqueza  
 Perdonadme, gran Reina. Computada 835  
 No sois ya sobre todo en ese sexo.  
 Déj no tiene Isabel más que las gracias.  
 El cielo, que os formó porque supieseis  
 Imperios dirigir, nos echa en cara  
 A todos vuestro ejemplo, y en la lista 840

Ya la Europa os admira numerada  
De los hombres más célebres y grandes.  
«De una imprevista suerte fiera saña,  
De Francisco segundo, con Enrique  
La reunión en la tumba ejecutara. 845  
Francisco, niño feble, que de Guisa  
Los caprichos seguía y adoraba;  
Joven, cuyas virtudes, cuyos vicios  
Igualmente secretos, se ignoraban.  
Carlos, más mozo aun, tan solo el nombre 850  
Poseía de Rey. Solo reinaba  
Médicis a placer, y a su ley sola  
Todo se humilla ya, todo se espanta.  
En dejar su poder asegurado  
Bien presto su política afanada, 855  
De un hijo, en demasía blando y dócil,  
La infancia al parecer eternizaba.  
De la voraz discordia por su mano  
En la Francia encendiendo la atroz hacha,  
Con sangre, de su nuevo y duro imperio 860  
Los principios la Médicis señala.  
De dos furiosas sectas enemigas,  
La cólera y los celos mueve y arma.  
Las campañas de Dreux, que al viento vieron  
Sus funestas banderas desplegadas, 865  
Primer teatro infausto, campo horrible  
De los trofeos fueron de sus tramas.  
En tan triste jornada, Montmorenci<sup>12</sup>,  
Caudillo que peinaba antiguas canas,  
Del luctuoso paraje poco lejos 870  
Do el panteón de los Reyes se levanta,  
Alcanzado, por fin, y mal herido  
Del mortífero plomo que arrojara  
Una guerrera mano, de cien años  
De marciales trabajos terminada 875  
Su carrera vio allí; y de Orleans cerca  
Fue asesinado Guisa. Por desgracia<sup>13</sup>,  
La vida de mi caro infeliz padre<sup>14</sup>,  
Siempre a la aleve corte encadenada,  
Siempre, y a su pesar, sirviendo humilde 880  
A la cruel Catalina su tirana,  
Siempre sobrado feble, entre ignominias  
Su indecisa fortuna tras sí arrastra;  
Y siempre por su mano preparando  
Sus desdichas él propio y sus infamias, 885  
Ha combatido y muerto de sus mismos  
Fieros perseguidores por la causa.  
Condé, que tierno vástago me mira  
Que de su hermano huérfano restara,  
Oficioso adoptandome, sirviome 890

De padre y de señor. De sus campañas  
 El suelo fue mi cuna. Entre guerreros  
 Allí criado y en fatigas varias,  
 De la corte, a su ejemplo, desdeñando  
 Una indolencia obscura, a tantos grata, 895  
 Y del verde laurel de amargo fruto  
 Prefiriendo gozar la sombra clara,  
 De juegos a mi infancia y de recreos  
 Sirvieron desde entonces sus batallas.  
 «¡O llanos de Jarnac! ¡o en demasía 900  
 Inhumana, alevosa y vil espada!  
 Bárbaro Montesquieu, que de asesino<sup>15</sup>,  
 Más bien que de soldado nombre alcanzas!  
 Condé, que moribundo, que cubierto  
 De gloriosas heridas ya encontraras, 905  
 De tu golpe cayó bajo la furia.  
 Yo descargar lo vide. Yo segada  
 Su vida he visto allí... ¡ah!, que harto joven  
 De flaco brío aún y estéril saña,  
 No pudo ¡ay Dios! no pudo allí mi brazo, 910  
 Ni prevenir su muerte, ni vengarla.  
 «El cielo, protector de mi flaqueza,  
 De héroes al celo ardiente y vigilancia,  
 Mi débil juventud, siempre piadoso,  
 Confiar felizmente decretara; 915  
 Y de Condé, por fin, sucesor digno,  
 La defensa, Coliñi, al punto abraza<sup>16</sup>  
 De mi persona a un tiempo y de mi bando.  
 Yo se lo debo todo, si. Tan grata  
 Confesión de mi deuda, es bien forzosa; 920  
 Pues si la Europa ve, si acaso alaba  
 De virtud en mis hechos algún rasgo;  
 Si esa Roma procaz, que me amenaza,  
 Si aun esa Roma misma, muchas veces  
 El mérito apreció de mis hazañas, 925  
 ¡Vos sois, vos sombra ilustre, a quien lo debo!  
 «Crecí bajo sus ojos. Allí hallara  
 Mi juvenil ardor por tiempo largo,  
 De la guerra la escuela dura y brava.  
 Él mismo, a cada paso, de los héroes, 930  
 Con su ejemplo el gran arte me enseñara.  
 Yo he visto a este guerrero encanecido  
 En trabajosas lides y hechos de armas,  
 Sobre sus fatigados nobles hombros,  
 A una vez sostener con fuerza y calma, 935  
 De la causa común, contra la Reina  
 Y la fortuna infiel toda la carga.  
 En su bando querido, y del adverso  
 No menos respetado, injurias agrias  
 De la fortuna a veces soportando; 940

Más siempre, a su pesar, por su constancia  
 Igualmente temido y peligroso;  
 De destreza, por fin, no menos sabia  
 Al mandar retiradas que combates;  
 Y en sus mismas derrotas, harto infaustas 945  
 Más grande, más glorioso, y más temible,  
 Que Dunois o Gastón serlo logaran,  
 En el triunfante curso de la dicha,  
 Que coronó el suceso de sus armas.  
 «Al cabo de dos lustros ya cumplidos 950  
 De prósperas empresas y desgracias,  
 Médicis, que a ver torna renaciente  
 Un partido que crédula contaba  
 Para siempre deshecho, y cuyas tropas  
 Ya de Francia los campos inundaban, 955  
 De infructíferos triunfos y combates  
 Dados en guerra abierta al fin cansada,  
 Por último maquina, intenta aleve,  
 Sin más vanos esfuerzos en campaña,  
 En el seno apacible de los pueblos, 960  
 Y en su mísera sangre, sufocada  
 De un golpe dejar ya la civil guerra.  
 La corte, desde entonces, de sus gracias  
 Seductores halagos nos ofrece.  
 De vencernos, por fin, desesperada, 965  
 Engañarnos procura, y con propuestas  
 De una paz lisonjera nos aplaca;  
 Más! que paz, justo Dios a quien atesto!  
 ¡Cuanta sangre, gran Dios de las venganzas,  
 Presto inundó, manchó su infausta oliva! 970  
 ¿Y será fuerza ¡cielos! que la raza  
 De los supremos jefes de los hombres,  
 Del delito las sendas allanadas  
 A sus súbditos deje con su ejemplo?  
 «Allá en su corazón fe le guardaba 975  
 Coliñi a su señor. Lágrimas tiernas  
 De profundo dolor le cuesta Francia,  
 Aun cuando, a su pesar, por su bien solo  
 En combatir Franceses se empleara.  
 De este bien arrastrado, abraza, acepta, 980  
 Y aún la ocasión previene, que ostentaba  
 Asegurar propicia del Estado  
 La concordia común tan suspirada.  
 En el pecho del héroe, raras veces  
 Halla abrigo la vil desconfianza. 985  
 Coliñi, entre alevosos enemigos,  
 De una seguridad sobrado incauta  
 Conducido por fin, a París viene,  
 Y allí fija su fúnebre morada.  
 Del Louvre a un tiempo mismo allá hasta el fondo 990

Mis pasos dirigió. Médicis falsa,  
 Recíbeme llorando entre sus brazos;  
 Ternezas me prodiga, me agasaja  
 Cual madre largo tiempo, y a Coliñi  
 La más fina amistad le protestaba. 995  
 Que a lo adelante quiere por su sabio  
 Consejo gobernarse, le declara;  
 Cólmale de favores, y a sublimes  
 Dignidades sus méritos exalta.  
 Muestra a los míos todos, deslumbrados 1000  
 De dulces lisonjeras esperanzas,  
 Fascinantes y astutas apariencias  
 De las gracias del Rey más señaladas.  
 Esperábamos ¡ha! creído hubimos,  
 Gozar de ellas en paz edad más larga. 1005  
 «Sospecharon no pocos la perfidia  
 De estos presentes, si. Se recordaran  
 Cuan temible era el don del enemigo;  
 Más siempre a sus recelos igualaban  
 Del Rey los artificios. Poco hacía, 1010  
 Que de un secreto obscuro allá a la capa,  
 Al perjurio, la Médicis, y al fraude  
 Iba el hijo formando. Preparaba  
 A crímenes atroces de aquel joven  
 El fácil corazón, y por desgracia, 1015  
 El Príncipe infeliz, a sus lecciones  
 Dócil en demasía, y a observarlas  
 Por su genio feroz hartó excitado,  
 En su culpable escuela aprovechaba,  
 Y excesivos progresos consiguiera. 1020  
 «Porque, a un misterio vil de horrible cara,  
 Hermoso y noble velo astuto echase,  
 Su hermana me concede, y ya me llama  
 Su hermano ¡O falso nombre, y cuán funesta  
 Ha sido tu ilusión, tu fe cuán vana! 1025  
 O himeneo fatal, primer presagio  
 De nuestros males todos! Turbias llamas  
 De tu antorcha, soplada y encendida  
 Del cielo por las iras, de mi amada,  
 De mi infelice madre ¡o amarga pena!<sup>17</sup> 1030  
 A estos mis propios ojos alumbraban  
 La tumba funeral. Ligeró, injusto  
 No intento ser, Señora, en esta causa.  
 Yo de imputar no acabo a Catalina,  
 De mi madre la muerte acelerada. 1035  
 Su misteriosa muerte, no pretendo  
 Sin más pruebas cargarle. Tal vez, varias  
 De legales indicios de mí aparto.  
 Es bien inútil ¡Reina! es excusada  
 La pena de buscar a Catalina, 1040

Más número de crímenes y faltas.  
 Murió, Señora, al fin murió mi madre...  
 Perdonadme unas lágrimas, que arranca  
 A mi dolor, tan tierno y fiel recuerdo,  
 Todo se apresta en tanto. Ya es llegada 1045  
 Del desenlace cruel la fatal hora,  
 Que Médicis muy antes reservara.  
 «A favor de las sombras de la noche,  
 Sin estrépito fue la seña dada.  
 De aquel mes, de memoria a Francia horrenda 1050  
 La nuncio desigual que retirara  
 A la tierra de espanto, parecía,  
 De su manchada faz la luz plateada.  
 Del reposo en los brazos dulcemente  
 El incauto Coliñi se entregaba, 1055  
 Y un sueño engañoso, de adormidera  
 Sus órganos con flores recargara.  
 Más de alaridos, pronto, un rudo estruendo  
 Interrumpió, turbó tan dulce calma,  
 Y a arrancar vino de ella sus sentidos. 1060  
 Arrójanle del lecho las alarmas.  
 Escucha: observa atento, y por do quiera,  
 Sólo mira asesinos, que con rabia,  
 Que con paso veloz todo lo corren.  
 Brillando ve mil teas y mil armas. 1065  
 Arder ve su palacio: un pueblo inmenso  
 Vagando ve entre undosas asonadas:  
 Sangrientos sus sirvientes ahogarse  
 Mira entre fuego y humo: en cruel matanza  
 Verdugos de tropel ve encarnizados, 1070  
 Y en voz alta gritando «perdonada  
 Una vida no sea, que es Dios mismo,  
 La Médicis y el Rey, quienes lo mandan».  
 Resonar de Coliñi el nombre siente;  
 Y allá al joven Teliñi, a una distancia, 1075  
 Divisa al mismo tiempo; aquel Teliñi<sup>18</sup>,  
 A quien la mano fiel de su hija cara  
 Amor librara en premio; aquel Teliñi,  
 Horror el más precioso de su casa,  
 Y de su bando todo, a un tiempo mismo, 1080  
 El lisonjero apoyo y la esperanza;  
 A quien, todo sangriento y desgarrado,  
 Los asesinos bárbaros arrastran,  
 Y al amoroso padre en tanta angustia,  
 Su socorro pidiéndole y venganza, 1085  
 Ensangrentados brazos le tendía.  
 Más el héroe infeliz, inerme se halla;  
 Y en tan duro conflicto templando,  
 Que es fuerza perecer, sin que alcanzara  
 Dignamente vengarse, quiere al menos 1090

Morir como viviera, siempre intactas  
 Su gloria y su virtud. Ya numerosa  
 Cohorte de asesinos amenaza  
 Romper con insolente tropelía,  
 Las puertas del salón que le encerraba. 1095  
 Él mismo se las abre. Se presenta;  
 Y sobre todos tiende unas miradas  
 De tanta calma llenas, y con frente  
 No menos majestuosa y sosegada,  
 Que cuando, allá algún día en los combates 1100  
 Dueño de su valor, con dócil saña,  
 O el degüello, benigno detenía,  
 O con rigor guerrero apresuraba.  
 «A su aire venerable y faz augusta,  
 Sorprendida de súbito, y cambiada 1105  
 En confusión no menos que en respeto,  
 De aquellos carniceros la arrogancia,  
 Por una fuerza oculta suspendieron  
 Inmóviles sus pasos y su rabia,  
 «¡Camaradas! les dice, ¿que os detiene? 1110  
 Vuestra obra dejad presto acabada;  
 Y con la yerta sangre de mis venas,  
 Manchad, inexorables, estas canas,  
 Que en la larga carrera de ocho lustros,  
 La suerte respetó de las batallas. 1115  
 Vuestra misión cumplid. Vuestros aceros  
 Descargad; herid ya. No temáis nada.  
 Coliñi os lo perdona. Poco importa,  
 Leve cosa es mi vida. A vuestra saña  
 La abandono. Perderla más quisiera 1120  
 Por vosotros lidiando en las campañas.  
 A estas razones, los sangrientos tigres  
 Caen atolondrados a sus plantas.  
 Del uno, aquí, el espanto saltar hace  
 El puñal, que a su pecho ya tocaba, 1125  
 Allí postrado en tierra, los pies otro  
 De Coliñi abrazando, en llanto baña,  
 Y rodeado en tal lance aquel gran hombre,  
 De una banda confusa y humillada  
 De sus mismos brutales enemigos, 1130  
 A un poderoso Rey se asemejaba,  
 De su pueblo querido y adorado.  
 Pero el malvado Besma, que aguardara<sup>19</sup>  
 En el patio su víctima, impaciente  
 De que tal lentitud le dilatara 1135  
 Su meditado crimen, indignado,  
 Sube, corre afanoso, y la tardanza  
 Del alevoso golpe resolviendo  
 Remediar por su mano, a los pies halla  
 De aquel héroe, sus propios asesinos 1140

Temblando y consternados. En tan blanda  
 Tan patética escena, a Besma solo,  
 Al inhumano solo no embargaban  
 Sentimientos de lástima, a que siempre  
 Su pecho inaccesible se mostrara; 1145  
 Desagradar creyendo con un crimen  
 De alta traición a Médicis, si su alma,  
 De algún remordimiento el más liviano,  
 Sorprendida en tal caso se notara.  
 Por entre los soldados pasa, corre 1150  
 Hacia el bravo Coliñi, que le aguarda  
 Con sereno semblante; y de repente,  
 El furibundo monstruo con su daga  
 Le atraviesa, desviando dél la vista,  
 Llevado del temor, de que una ojeada 1155  
 De aquel augusto rostro, su vil brazo  
 Estremecer hiciese, y su villana,  
 Su selvaje fiereza congelase.  
 «Tal del hombre más grande de la Francia,  
 La funesta catástrofe a ser vino. 1160  
 Con sevicia feroz, con ciega rabia,  
 Después que ya por tierra yace yerto,  
 Aún le insultan impíos y le arrastran.  
 De heridas traspasado su cadáver,  
 Sin común sepultura le colgaran, 1165  
 De los voraces buitres por vil pasto.  
 Su cabeza a la Médicis regalan  
 Y a sus plantas ofrecen, cual trofeo  
 Digno de la impiedad de sus entrañas,  
 Y del índole fiera de un Rey hijo, 1170  
 Que por desgracia en ellas se formara.  
 Con tan fría indolencia la recibe,  
 Que no gozar la pérfida indicaba  
 De su aleve venganza el fruto inicuo.  
 Como de largo tiempo acostumbrada 1175  
 A presentes iguales, ya sin gustos,  
 Ya sin remordimientos, dominara  
 Las impresiones todas del sentido,  
 Que afligirla pudieran, o turbarla.  
 «¿Quién podría fielmente los estragos, 1180  
 Cuya imagen tristísima ostentaba  
 Aquella noche atroz, decir bastante?  
 La muerte de Coliñi aunque harto infausta  
 Primicia de horror tanto, ensayo débil  
 De sus crueldades era y sus venganzas. 1185  
 De un pueblo de asesinos, ya sin freno,  
 La vil haz en matar encarnizada  
 Por deber y por celo, allí corría  
 Mortal hierro blandiendo, y vivas brasas  
 De furor fulminando de sus ojos, 1190

Por rimas de cadáveres, formadas  
 De sangrientos hermanos, con pie impío  
 Los verdugos, trepando, caminaban.  
 Guisa estaba a su frente. Guisa, hirviendo  
 De cólera, con sangre que derrama 1195  
 De cuantos encontraba de los míos,  
 De su padre los manes aplacaba.  
 Nevers, Gondí, Tavanne, por su parte<sup>20</sup>,  
 Sus dagas empuñando, ardor más daban  
 De su inhumano celo en los transportes; 1200  
 Y llevando delante pregonada  
 La lista de sus crímenes, conducen  
 A la muerte, y sus víctimas marcaban.  
 «Pintaros no pretendo, ilustre Reina,  
 Los raudales de sangre, que arroyaba, 1205  
 El tumulto, los gritos, los gemidos,  
 Los horrores, las muertes y las llamas,  
 Que del triste París, por todos lados,  
 Se vieron en tal noche. Asesinada  
 La hija de su madre sobre el cuerpo; 1210  
 Bajo el del hijo el padre que expiraba;  
 Al lado del hermano, boqueando  
 Aún caliente el cadáver de la hermana;  
 Esposos abrazados, bajo el techo  
 Del desplomado hogar agonizaban; 1215  
 Desde las altas torres y azoteas,  
 Sobre la dura piedra ensangrentada  
 Estrellados ¡que horror! niños de cuna...  
 Del odio humano, sí, de su cruel saña  
 Tanto es lo que esperarse puede y debe. 1220  
 Más lo que no podrán sin repugnancia  
 Creer los venideros, lo que apenas  
 Aún ahora vos misma, en mi palabra,  
 Podréis creer, Señora, es, que los monstruos,  
 Ferozmente sedientos en su rabia, 1225  
 Cebándose insaciables a porfía  
 En la mísera y triste sangre humana,  
 Que a derramar concita en todas partes  
 La voz del sacerdote sanguinaria;  
 Al Señor invocaban fervorosos, 1230  
 Mientras que sus hermanos degollaban,  
 Y con mano alevosa y parricida,  
 En sangre de inocentes tan manchada,  
 Esta ofrenda, este incienso abominable,  
 Consagrar en su altar a Dios osaban. 1235  
 ¡Cuantos héroes envueltos allí fueron  
 En las lúgubres sombras de la parca!  
 Renél, y Pardellán, allí bajaron<sup>21</sup>  
 A habitar de los muertos las estancias.  
 Allí, tú periciste ¡bravo Guerchi!<sup>22</sup> 1240

Y tú ¡Lavardín sabio, de más larga<sup>23</sup>  
 Y más próspera vida y suerte digno!  
 Entre tanto infeliz, víctima tanta,  
 Que noche tan sangrienta en los horrores  
 De una eterna dejado ha sepultada, 1245  
 Subissa, y Marsillac, ambos proscritos<sup>24</sup>  
 De su vida los días con audacia  
 Aun defender supieran tiempo largo;  
 Más sangrientas, al fin, acribilladas,  
 Ya respirando apenas, y a empellones, 1250  
 Sus personas acosan, las arrastran  
 Del Luvre abominable hasta las puertas,  
 Y del palacio odioso las entradas  
 Con su sangre regando, en vano imploran  
 Un Rey cuya traición les inmolará. 1255  
 «Tempestad tan horrenda de la altura  
 Del palacio excitando, contemplaba  
 A su sabor la Médicis su fiesta.  
 De diversión curiosa con miradas,  
 Sus dignos e inhumanos favoritos, 1260  
 De sangre ven las olas, que resaltan,  
 Que a sus ojos bullendo aun humo elevan;  
 Y de todo París, envuelto en llamas,  
 Los míseros despojos y ruinas,  
 A estos héroes triunfal pompa labraban. 1265  
 «¿Pero qué digo? ¡o crimen! ¡o vergüenza!  
 ¡O de los males nuestros extremada,  
 Fiera y nefanda suerte! El Rey, Señora<sup>25</sup>,  
 Él mismo, entre verdugos se mezclaba,  
 Y el tropel persiguiendo fugitivo 1270  
 De míseros proscritos, torpe mancha,  
 De sus propios vasallos en la sangre,  
 Una mano a guardarla consagrada.  
 Y ese mismo Valois, a quien hoy sirvo,  
 Ese Rey, que hoy, Señora, vuestra gracia 1275  
 Implora por mi labio, parte habiendo  
 De su bárbaro hermano en unas tramas  
 Tan negramente alevos y afrentosas,  
 Su cólera excitaba a la venganza;  
 No porque de Valois impías fuesen, 1280  
 A pesar de hechos tales, las entrañas:  
 En sangre rara vez tiñó su mano;  
 Más ejemplos del crimen le sitiaron  
 En su primera edad. Su crueldad misma,  
 De flaqueza de espíritu no pasa. 1285  
 «Entre la multitud de asesinados,  
 Algunos el furor burlar lograran  
 Del asesino acero. Prodigiosa,  
 Célebre será siempre, y trasladada  
 A la futura edad de labio en labio, 1290

De Comont, tierno niño, la más rara<sup>26</sup>  
 Favorable aventura. Su buen padre,  
 Que el peso de los años abismaba,  
 Entregárase al sueño, y a su lado  
 Dos tiernos caros hijos acostara. 1295  
 Un solo común lecho, aquella noche,  
 Al padre y ambos hijos cobijaba.  
 Fogosos matadores forajidos,  
 A quienes cruel cólera cegara,  
 Sobre ellos velozmente descargaron 1300  
 Un granizo feroz de puñaladas.  
 Por el lecho al azar la muerte vuela.  
 En sus potentes manos sólo guarda  
 La suerte de los hombres el Eterno:  
 Él sobre nuestros días, si le agrada, 1305  
 Velar sabe, al momento en que las furias  
 Del sangriento homicida ciegas andan.  
 Ningun golpe a Comont hiere ni toca.  
 Un invisible brazo le amparaba  
 En su defensa armado, y de las iras 1310  
 De tanto matador libra su infancia.  
 A su lado su padre moribundo  
 Y de heridas cubierto, le tapaba  
 Con su cuerpo, expirando, todo entero;  
 Y del Rey y del Pueblo así engañada 1315  
 La bárbara crueldad, a su hijo ha dado  
 Segunda vez la vida con su maña.  
 «¿Y qué hacía, qué hacía yo en momentos  
 De tanto horror colmados y desgracia?  
 De juramentos ¡ha! los más solemnes 1320  
 Por demás entregado a la fe santa,  
 Del Louvre allá en el fondo descansando,  
 Muy distante del ruido de las armas,  
 Aún del dulce reposo mis sentidos  
 Los encantos pacíficos gozaban. 1325  
 ¡O sueño el más funesto! ¡O noche horrenda!  
 Lúgubres aparatos de la parca,  
 Al despertar mis ojos perturbaron.  
 Mis más caros domésticos se hallaban  
 Asesinados ya. Por todos lados, 1330  
 Mis pórticos la sangre ya inundaba;  
 Y mis ojos abrí para ver solo  
 Mis míseros sirvientes, que acababan  
 De ser bárbaramente degollados,  
 Tendidos sobre el mármol de su estancia. 1335  
 Los sangrientos verdugos ya se acercan  
 A mi lecho furiosos; ya se avanzan.  
 Sus parricidas manos, atrevidos,  
 Contra mi pecho y cuello ya levantan.  
 Ya el momento llegara en que debía 1340

Mí suerte terminar; ya presentara  
Mi cabeza al cuchillo; ya la muerte  
Resignado por puntos esperaba;  
Cuando, o fuese tal vez porque el respeto,  
Que de antiguo a la sangre tributaran 1345  
De mis regios abuelos, sus Señores,  
A mi favor entonces aún hablara  
De aquellos alevosos asesinos  
Al brutal corazón, o que la rabia  
Ingeniosa de Médicis, por dulce 1350  
Para mí por demás consideraba  
Una rápida muerte; o porque un puerto  
En tanta tempestad se reservara,  
Guardándome por rehenes la prudencia  
De su sagaz furor, yo preservadas 1355  
Para nuevos reveses vi mis horas;  
Pues mi muerte cambiar Médicis manda,  
Más que la muerte dura, en cadenas.  
«Con suerte, a la verdad, menos amarga  
Y de envidia más digna, aquella noche, 1360  
Expirando Coliñi, al menos, nada  
En ella más perdiera, que la vida.  
Su libertad y gloria inmaculadas,  
Le han seguido al sepulcro... Vos, Señora,  
Vos, os estremecéis a tan ingrata 1365  
Bárbara narración. Horrores tantos  
Os sorprenden, sin duda, y os espantan.  
Hasta aquí, sin embargo, solo oísteis  
De ellos la menor parte. Se pensara,  
Que del Luvre fatal desde las torres, 1370  
La seña Catalina diera infausta<sup>27</sup>  
Aquella propia noche al Reino entero.  
Todo imita a París. La muerte asalta,  
Sin resistencia cubre a un tiempo mismo,  
La vasta superficie de la Francia. 1375  
Cuando un Rey quiere el crimen, ya lo impera  
Y obedecido es harto. Su cruel saña,  
Por cien mil asesinos fue servida;  
Y las sangrientas enturbiadas aguas  
De los ríos de Francia, al mar pasmado, 1380  
Solamente cadáveres rastraban».

FIN DEL CANTO II

## Canto III

*Continúa el Héroe la historia de las guerras civiles de Francia. Funesta muerte de Carlos IX. Reinado de Enrique III. Su carácter. El del famoso Duque de Guisa, conocido por el apodo de Balafré. Batalla de Cutrás. Asesinato del duque de Guisa. Extremos a que se vio reducido Enrique III. Mayena Jefe de la Liga. De Omala su Héroe. Reconciliación de Enrique III con Enrique Rey de Navarra. Socorros prometidos por la Reina Isabel. Su respuesta a Enrique de Borbón.*

«Cuando fúnebres días se cumplieran,  
En que a tanta crueldad, del hado impío  
Libre curso el decreto permitiera;  
Y de asesinas turbas, fatigadas 1385  
De incendios y homicidios, a la fiera,  
Ya embotada cuchilla del degüello,  
Más inocentes víctimas no restan;  
El obcecado pueblo, cuyo brazo  
Con bárbara impiedad armó la Reina, 1390  
Abre por fin los ojos, y el fiel lienzo  
Hace de sus delitos, que suceda  
Fácilmente su lástima a sus iras.  
De la Patria el clamor hiere su oído;  
Y bien presto de horror el mismo Carlos 1395  
Sobrecogido todo, se sublevan  
Allá en su corazón remordimientos,  
Que áspides lo devoran y envenenan.  
Del Rey la educación, aunque infelice,  
Aunque a él mismo y sus pueblos tan funesta, 1400  
En sus primeros años de su genio  
El nativo carácter corrompiera:  
Nunca en él, sin embargo, sufocara  
Aquella voz del cielo y la conciencia,  
Que sobre el solio mismo logra oírse, 1405  
Y a los Reyes espanta y atormenta.  
Y si bien, torpes máximas y ejemplos  
De su madre nutriéranle en la escuela,  
Todavía en los crímenes y vicios  
Su corazón no estaba, cual el de ella, 1410  
Irreparablemente empedernido.  
De sus mejores días la flor llegan  
A marchitar tristezas y pesares,  
Y mortal languidez su aliento abrevia.  
El formidable Dios de las venganzas, 1415  
Desplegando, por fin, la más severa,

A este Rey moribundo, de su enojo  
 Con patentes y horribles marcas sella;  
 Aterrar meditando, en su escarmiento,  
 Cualquiera que en pos dél, osado fuera 1420  
 Por sus huellas marchar. Vile expirando;  
 Y su asombrosa imagen aún creyera  
 Delante aquí tener de estos mis ojos,  
 Que el recuerdo entenece de su pena.  
 A gruesos borbotones, por los poros 1425  
 De su cuerpo, la sangre de las venas  
 Lanzándose copiosa, la francesa,  
 Que con tanta impiedad el rigor fiero  
 De sus atroces órdenes vertiera,  
 Parecía querer dejar vengada. 1430  
 Herido se sentía y se confiesa  
 De una invisible mano; y aturdido  
 De catástrofe el Pueblo tan horrenda,  
 Llora una juventud, gime una vida  
 En su abril agostada; un Rey que viera 1435  
 Por perversos al crimen arrastrado,  
 Y que indicios, al fin, de penitencia,  
 De un imperio más dulce, a lo adelante  
 Tal cual feble esperanza prometieran.  
 «Allá del Norte helado desde el fondo, 1440  
 De su muerte al fragor, que allí resuena,  
 Impaciente Valois, rápido parte,  
 Precipitadamente al punto llega  
 A apoderarse al suelo, en que aun bullía  
 Del carnicero estrago sangre fresca, 1445  
 De la sangrienta herencia de su hermano.  
 «Por común elección, con la diadema  
 De su Reino, aquel tiempo, la Polonia,  
 Del dichoso Valois la sien ciñera;  
 De Jagellon al trono le llamara, 1450  
 De su primera edad marciales prendas,  
 Que, sin duda, más célebre y temible  
 De Enrique de Valois el nombre hicieran,  
 Que los más fuertes Príncipes, los votos  
 De cien vastas provincias le granjean, 1455  
 Y al solio le proclaman con aplauso.  
 ¡O lisonjera fama, y cuánto pesas  
 Cuando sobradamente eres temprana!  
 Tan peligrosa carga, no supiera  
 Sobrellevar Valois. Jamás de Enrique 1460  
 Su disculpa se espere. Norabuena  
 Sacrifíqueme yo vida y reposo.  
 Todo le inmolaré, mientras no sea  
 La verdad, que amo más, y le prefiero.  
 Mi corazón le llora y le reprueba 1465  
 Al paso que le auxilio y soy su apoyo.

«Como sombra fugaz, pasada fuera  
 De Enrique de Valois la primer gloria.  
 Mudanza grande, sí; pero no nueva.  
 Visto se ha más de un Rey, de nuestra vida 1470  
 En la siempre voluble y leve rueda,  
 De un vencedor pasar en la campaña,  
 A un esclavo en la Corte. Sólo ¡o Reina!  
 En el humano espíritu fundado  
 Está el digno valor. No recibiera 1475  
 Del Cielo, sino en parte, las virtudes  
 El infeliz Valois. No se le niega  
 La insigne de animoso; pero feble,  
 Y más que Rey, soldado, en él firmeza  
 Solo en días se ha visto de combates. 1480  
 Adulando vilmente su indolencia,  
 Vergonzosos y pérfidos privados,  
 A su antojo gobiernan, doquier llevan  
 De un corazón tan débil la inconstancia.  
 De palacio en el fondo le reservan; 1485  
 Y allí con él cerrados, y allí sordos  
 Al clamor de los pueblos, que la pena  
 De su opresión arranca, por su labio  
 Su voluntad maléfica y funesta  
 A su arbitrio dictaban. Del tesoro 1490  
 De la Francia, y su pública opulencia,  
 Los restos y despojos miserables,  
 Pródigos dilapidan en torpezas;  
 Y consumiendo al pueblo, que suspiros  
 Al viento exhala en vano, se lamenta 1495  
 De su lujo, y pagaba sus placeres.  
 «Mientras que bajo el yugo, que impusieran  
 Sus codiciosos dueños, así oprime  
 Al Estado Valois, así exaspera  
 Con enormes tributos, llega Guisa. 1500  
 El inconstante pueblo, a su presencia,  
 Los ojos vuelve al punto sobre un astro,  
 Que espléndido y propicio se le muestra.  
 De su padre la gloria, sus hazañas,  
 Su bravura, sus gracias, su belleza, 1505  
 Y de agradar, al fin, el don dichoso,  
 Que más que la virtud, se enseñorea  
 Del corazón del hombre, por encanto  
 Los populares votos tras sí llevan.  
 »Nadie mejor que Guisa el feliz arte 1510  
 Supo de seducir. Nadie obtuviera  
 Sobre toda pasión igual imperio.  
 Ninguno con más maña ni destreza,  
 Bajo exteriores supo más falaces,  
 Abrigar de las miras más inmensas 1515  
 La obscuridad más lóbrega y profunda.

De un índole imperiosa, altiva y fiera,  
 Más popular, afable y dulce a un tiempo,  
 Las graves vejaciones, las miserias  
 De los pueblos en público declama. 1520  
 El rigor de las cargas que le aquejan,  
 Con horror maldecía. Todo pobre  
 Venturoso a su hogar de verle llega.  
 Sabía prevenir del vergonzante  
 Ciudadano la tímida pobreza. 1525  
 Su mano liberal, sus beneficios,  
 En París anunciaban su asistencia.  
 De los Grandes, que le eran más odiosos,  
 Ganábase el amor como por fuerza;  
 Terrible y sin regreso, desde el punto 1530  
 En que alguno era herido de su ofensa:  
 Harto astuto y prudente en sus ficciones;  
 Audaz y temerario en sus empresas;  
 Brillante en sus virtudes y en sus vicios;  
 Conocedor del riesgo que desdeña; 1535  
 Príncipe grande, en fin, feliz soldado,  
 Mal ciudadano, empero, Guisa fuera.  
 «Cuando ya su poder por algún tiempo  
 Ensayado tenía, y cuando piensa  
 Fija del ciego pueblo la inconstancia, 1540  
 Ya no se oculta más; ya osado ostenta  
 De su ambición rebelde el atentado;  
 Y con resolución firme y abierta,  
 El fundamento mismo, los cimientos  
 Del trono de su Rey minar intenta. 1545  
 En París, a este fin, forma la Liga,  
 Que fatal y veloz, recorre e infesta  
 De Francia el resto todo: monstruo horrendo,  
 Que los Grandes y Pueblos alimentan,  
 En tiranos fecundo, y que en carnaje 1550  
 De humanales cadáveres se ceba.  
 «Desde entonces, la Francia desgarrada,  
 Con dolor en su seno a mirar llega  
 Dos Monarcas; el uno, que de serlo  
 Insignias solo frívolas conserva; 1555  
 Y el otro, que el terror y la esperanza  
 Por doquier inspirando, tiene apenas  
 Necesidad del título, que solo  
 Llevaba aquél de Rey en apariencia.  
 Aunque sobrado tarde, finalmente, 1560  
 Conmuévase Valois. Valois despierta  
 Del seno de embriaguez en que yacía.  
 El inminente riesgo, que le cerca  
 El soberbio aparato y estampido,  
 Sus recargados ojos entreabrieran; 1565  
 Más de una nueva luz, que le importuna,

Deslumbrada su vista, aún en la fuerza  
 De la extrema borrasca, no divisa  
 El rayo, que amagaba a su cabeza,  
 Que sobre ella tronaba; y de un momento, 1570  
 Cansada de vigilia su indolencia,  
 Nuevamente arrojándose en los brazos  
 Del perezoso sueño, de halagüeñas  
 Delicias y privados entre arrullos,  
 Con mayor languidez todo se enerva, 1575  
 Y al borde espantador del precipicio,  
 Adormida de nuevo su alma queda.  
 «En tan mísero estado, en tal conflicto,  
 Aún de Enrique el amor y fe le restan.  
 Pronto ya a perecer, yo soy tan solo 1580  
 El único socorro con que cuenta.  
 Sucesor de Valois, era de Francia  
 El trono, a falta de él, mi augusta herencia:  
 Mi afecto y mi interés súbito armaron  
 Mi brazo, sin dudar, en su defensa. 1585  
 Un necesario apoyo, que le libre,  
 Apresúrome a dar, a su flaqueza,  
 Y con paso veloz a vencer corro,  
 O con él a morir en la palestra.  
 «Pero, para dañar por demás hábil, 1590  
 Allá en secreto, Guisa, astuto inventa  
 Al uno por el otro derribarnos.  
 El seduce ¡que digo! a Valois fuerza  
 Del único socorro a enajenarse,  
 De salvarle capaz. Al fin, maneja 1595  
 De Religión pretextos ordinarios,  
 Políticos pretextos, con que piensa  
 Tender del vil misterio sobre horrores  
 El más honroso velo. Al pueblo inquieta,  
 La hoguera de sus iras encendiendo 1600  
 Aún no bien apagada. Le recuerda  
 De sus padres el culto, los ultrajes,  
 Que de las nuevas sectas extranjeras,  
 De sufrir acababan templos y aras,  
 Que de antiguo adoró la grey francesa: 1605  
 Y a mí me pinta, en fin, como a un profano  
 Enemigo de Dios y de su Iglesia.  
 Sus errores, les dice, a cualquier parte  
 Que su planta dirige, tras sí lleva.  
 Ejemplos de Isabel sigue arriesgados. 1610  
 Templos mil a su culto alzar proyecta,  
 De ruinas y escombros sobre montes,  
 Que maquina abatir de iglesias vuestras;  
 Y esas predicaciones criminales,  
 Presto en París veréis como resuenan. 1615  
 De su hipócrita celo a estas palabras,

El Pueblo se enfurece, el Pueblo tiembla  
 Por su altar en peligro, y al palacio  
 Del Rey corre alarmado. Miedo afecta  
 La fanática Liga, que insolente, 1620  
 En voz alta de Roma a nombre llega  
 Intimando a su Rey, que ya por Roma  
 Toda reunión conmigo se le veda.  
 Feble el Rey por demás ¡ah! de la Liga  
 A tan audaz insulto se doblega; 1625  
 Sin réplica obedece, y cuando vuelo  
 A vengar sus injurias, tristes nuevas  
 A conocer me dan que ya mi hermano  
 A la Liga sumiso, se aviniera  
 Para perderme a mí con su enemigo. 1630  
 A su pesar sus tropas de la tierra  
 Ya los campos cubrían, y de miedo  
 Declárame una guerra injusta y necia.  
 «Con lágrimas sinceras lamentando  
 De su mísero acuerdo consecuencias, 1635  
 Sin nada contemplar, corro a batirle  
 En lugar de vengarle. Ya en diversas  
 Ciudades de la Francia, y por cien lados,  
 De la Liga el alarma produjera  
 Contra mí gruesas haces; y ministro 1640  
 Precipite Joyeuse de flaquezas  
 Indignas de su Rey, rápidamente  
 Sobre mí con ardor caer intenta.  
 Guisa, por otra parte, nada menos  
 Prudente que esforzado, me dispersa, 1645  
 Cortándoles el paso, mis amigos.  
 Numerosos en Francia, por doquiera,  
 Enemigos y ejércitos me oprimen;  
 Más, sin embargo, yo, todas sus fuerzas  
 A un tiempo desafiando, me apresuro 1650  
 A tentar decidido de la guerra,  
 Propicia a los audaces la fortuna.  
 «Yo allá en Coutrás busqué, y hallar quisiera  
 Al soberbio Joyeuse. Ya sabríais<sup>28</sup>  
 La rota, que en Coutrás sufrió completa. 1655  
 De aquel Caudillo intrépido la muerte,  
 Sin duda no ignoráis. No debo, Reina,  
 Con vanas relaciones molestaros».  
 «Yo no os admito, Enrique, esas modestas  
 Delicadas excusas, le replica; 1660  
 ¿Queréis, dice Isabel, negar con ellas  
 A mi curioso anhelo, narraciones,  
 Que igualmente me ilustran, que interesan?  
 No; de Coutrás el día, aquel gran día  
 En olvido no echéis, y de las penas, 1665  
 De los trabajos vuestros, y virtudes,

De Joyeuse y su muerte dadme cuenta.  
 Vos, ¡insigne Guerrero! el autor solo  
 De hazañas de tal brillo, y tal grandeza  
 Contarlas podrá bien, y quizá digna 1670  
 De escucharlas soy dél». Dijo: a tan bella  
 Lisonjera demanda, sintió el Héroe,  
 Que de un noble sonrojo era cubierta  
 De su frente la tez, y a pesar suyo  
 A hablar ya de sus glorias y proezas 1675  
 De la Reina obligado, el hilo sigue  
 De la historia fatal de esta manera.  
 «De cuantos caballeros en la corte  
 Del infatuado Rey ídolos eran,  
 Entre cuantos adulan su molicie, 1680  
 Y le imponen la ley con insolencia,  
 Por su estirpe, Joyeuse, en Francia ilustre,  
 De favor y privanza tan suprema  
 Era el menos indigno. Le adornaban  
 Virtudes diferentes, y si adversa, 1685  
 No cortase la parca en aquel día  
 De sus más florecientes la carrera,  
 Con un alma, sin duda, ya formada  
 A grandiosas e intrépidas empresas,  
 A su tiempo, Señora, del de Guisa 1690  
 Igualado la gloria y nombre hubiera;  
 Más en medio criado de una corte,  
 Entre la femenil delicadeza,  
 En el seno ablandado de placeres,  
 Y en brazos del amor, solo conserva 1695  
 Excesos que oponerme de bravura,  
 Peligrosa ventaja, que acelera  
 Tal vez de un joven héroe la desgracia.  
 A su suerte adherida, gran caterva  
 De nobles cortesanos, que de abismos 1700  
 Salían de deleites y flaquezas,  
 Galante se avanzaba hacia la muerte.  
 Por prendas en sus trajes de terneza,  
 Con amorosas cifras, de sus Damas  
 Señalados los dulces nombres llevan. 1705  
 Relumbraban sus armas entre rayos  
 De diamantes, que adorno inútil eran  
 De brazos, que enervara un muelle lujo.  
 Fogosos y desnudos de experiencia,  
 En tumulto conducen al combate 1710  
 Su fiereza imprudente y altanera.  
 Con su pompa orgullosos, y pagados  
 De un numeroso campo, sin más regla,  
 Sin más orden, avanzan y se arrojan  
 Con impetuoso paso a la pelea. 1715  
 «De distinto esplendor hiere sus ojos

De mi ejército el campo. Sus hileras,  
En silencio extendidas a su vista,  
Solo por todos lados les presentan  
Ásperos combatientes, al trabajo 1720  
Endurecidos ya, que envejecieran  
En las marciales lides, a la sangre  
Avezados de lejos, y de feas  
Cicatrices y heridas matizados;  
De hacer gala se corren, se desdeñan 1725  
De otro adorno, que espadas y mosquetes.  
Yo, como ellos vestido, sin riqueza,  
Yo sin pompa, y de un hierro igual armado,  
Polvoroso conduzco a la refriega  
Mi sufridor soldado, y de mil muertes 1730  
La tempestad horrísona y sangrienta  
Arrostrando como él, dél me distingo  
Sólo en marchar al frente. Yo desechas,  
Yo tan brillantes huestes vi rendidas;  
Expirando las vi; vilas por tierra 1735  
Bajo el golpe mortal de nuestro acero.  
En horrible desorden vi dispersas  
Sus reliquias en fin, y a pesar mío,  
En sus senos clavé daga, que fuera  
Mejor haber manchado en sangre hispana. 1740  
«Confesaros aquí forzoso es, Reina,  
Que entre los cortesanos que ha abatido  
De su edad en la flor la segur nuestra,  
Ninguno herido fue sino de golpes  
De militar honor, gloria y braveza. 1745  
Todos allí impertérritos y firmes,  
De heroica constancia dieron pruebas.  
Todos allí en su puesto imperturbables,  
Con magnánimo pecho y faz serena  
Hacia ellos la muerte correr vieron 1750  
Sin que ni un solo paso hacia tras dieran,  
Ni sus ojos alguno hacia otro lado  
En el mayor peligro revolviere.  
Este el carácter es ¡Princesa ilustre!  
Esta la nacional fiera nobleza 1755  
Del Francés cortesano. No afemina  
Su ordinario valor la paz. Él vuela  
Del sombrío reposo a los combates;  
Y el vil adulator en París, llega  
En los campos de Marte a ser un héroe. 1760  
«Entre el confuso horror, con que era envuelta,  
La encarnizada lid, en balde mando  
Cuartel dar a Joyeuse. Me lo llevan  
Bien pronto los soldados, ya cubierto  
De la lúgubre sombra y macilenta 1765  
Palidez de la muerte; cual se mira

Tierna flor, que nacer alegre viera  
 La mañana, de llantos de la aurora  
 Y de besos del céfiro; que bella  
 Brilla y luce un momento a nuestra vista, 1770  
 Y cae antes de tiempo a la violencia  
 De los vientos, o al corte de un acero.  
 «¿Más, a qué recordar tristes escenas  
 De triunfo tal? ¡Que yo de la memoria  
 De este horrible suceso, antes no pueda 1775  
 Borrar los sanguinarios monumentos!  
 Hasta ahora mi brazo de francesa,  
 De patria sangre sólo se ha teñido.  
 Nada tiene de grata y lisonjera  
 Mi grandeza a tal precio. De mi duelo, 1780  
 Mi sangriento laurel lágrimas riegan.  
 Este infeliz combate, el triste abismo  
 De que en vano Valois salir intenta,  
 No hizo más que excavar. Más despreciado  
 En sus reveses fue. Menos le presta 1785  
 Su sumisión París. La fiera Liga  
 Su orgullo más exalta y su protervia,  
 Y su amargo dolor más agravando  
 Del de Guisa la gloria, sus afrentas  
 No menos redobló, que sus desgracias. 1790  
 Con más dichosa mano, Guisa venga  
 De Vimori en los campos, sobre huestes  
 Que el Germano en mi pro marchar hiciera,  
 De Joyeuse la muerte, que las mías,  
 Si bien a mi pesar, en Coutrás dieran. 1795  
 Abismando en Onó mis auxiliares,  
 De laureles cubierto, se presenta  
 En París vencedor, y allí aparece  
 Cual un Dios tutelar. Valois observa  
 De su enemigo audaz los altos triunfos, 1800  
 Y éste insultando siempre con fiereza  
 Al Príncipe abatido, más vencerle  
 Que servirle en tal lance osado muestra.  
 «Siempre, al fin, la vergüenza irrita y punza  
 Al pundonor más feble. De la mengua 1805  
 El apático Rey por fin se siente,  
 Y refrenando al cabo la insolencia  
 De un vasallo felón, en París quiere  
 Su autoridad probar; más ya, ya no era  
 El oportuno tiempo. En sus vasallos 1810  
 Ya su temor y afecto se extinguieran.  
 Su audaz Pueblo, al motín siempre propenso,  
 Desde el punto en que el Rey reinar decreta,  
 Tiénele por tirano. Se hacen juntas,  
 Se conspira, y veloz la alarma vuela. 1815  
 Todo habitante entonces fue soldado;

París todo fue ya campo de guerra.  
 Mil vallas, de un momento raro aborto,  
 Amenazan del Rey, las guardias cercan<sup>29</sup>.  
 «Tranquilo entonces Guisa, fiero, ufano, 1820  
 En medio la borrasca, o bien refrena,  
 O del Pueblo las furias precipita.  
 Él, de la sedición es quien gobierna  
 Los secretos resortes, y a su antojo  
 Mueve la enorme masa. Se endereza 1825  
 Con furor a palacio el Pueblo todo.  
 A un acento de Guisa no existiera  
 La vida de Valois; y de sus ojos  
 Cuando una imperceptible leve seña  
 A abismarlo en la nada bastaría, 1830  
 Se satisface solo, se contenta  
 Con hacerlo temblar, y deteniendo  
 De los amotinados la carrera,  
 Él mismo, para huir, a Valois libre,  
 De lástima, el poder y paso deja. 1835  
 Cualquiera que el plan fuese del de Guisa,  
 Para vasallo, al fin, sobrado atenta,  
 Más poco por demás para tirano.  
 Cualquiera audaz mortal, que por fin llega  
 A forzar al temor a su Monarca, 1840  
 Todo temerlo debe, si se queda,  
 Y hasta violarlo todo no se arroja.  
 Sostenido ya Guisa con firmeza  
 En sus grandes designios, desde entonces,  
 De ofender y mostrarse solo a medias 1845  
 Que ya el tiempo pasara, reflexiona,  
 Y con sagaz audacia de ver echa,  
 Que remontado, en fin, a altura tanta,  
 Más sobre un precipicio, ya era fuerza,  
 O subir presto al solio, o al cadalso. 1850  
 Despótico ya dueño de la ciega  
 Revolución de un Pueblo; de esperanza  
 Y de temeridad el alma llena;  
 De Roma en sus empresas apoyado;  
 En ellas socorrido de la Iberia; 1855  
 Ídolo el más querido de la Francia,  
 Y ayudado, además, de la influencia  
 Que sus hermanos logran sobre el Pueblo,  
 Aquel vasallo altivo presumiera  
 Haber antiguos tiempos renovado, 1860  
 En que de la primer estirpe regia  
 Indignos y cobardes descendientes,  
 Cuasi al nacer caídos de la esfera  
 Del supremo poder, bajo lo odioso  
 De una capilla hundían sus diademas, 1865  
 Y por violentos votos entre sombras

Lamentando de un claustro su flaqueza,  
 En las tiranas manos de opresores,  
 Del Gobierno las riendas depusieran.

Sin embargo, Valois, que la venganza 1870  
 De Guisa allá en su pecho difiriera,  
 Estados de la Francia generales  
 Convoca para Blois, y allí celebra.  
 De esta asamblea, Reina, la noticia

Bien puede ser que ya nueva no os sea. 1875  
 De mejora y reformas hartos urgentes,  
 Varias leyes allí se propusieran,  
 Que sin ejecución al fin quedaron,  
 Y la pomposa estéril elocuencia

De diputados mil, detalle inútil 1880  
 De los abusos nuestros hizo en ella;  
 Pues de asambleas tantas y consejos  
 El frecuente suceso que se observa,  
 Es el de revistar los males todos,

Pero sin reformar ni uno siquiera. 1885  
 «En augusta sesión de estos estados,  
 Del altanero Guisa la soberbia,  
 Con desdén de su Príncipe abatido,  
 La regia majestad a insultar llega.

Asiento va a tomar cerca del trono, 1890  
 Y bien asegurado de su empresa,  
 En cada diputado ve un vasallo.  
 Ya sus indignas tropas, con vileza  
 Del tirano vendidas a intereses,

De un imperio absoluto se aceleran 1895  
 A poner en su mano el duro cetro;  
 Cuando de su temor y su indulgencia  
 Hacia el soberbio Guisa fatigado,  
 Medita ya, por último, y se arresta

Valois a reinar libre, y dél vengarse. 1900  
 Su rival cada día más se esmera  
 En mover y exaltar su justo enojo,  
 E insolente enemigo, le desdeña,  
 Sin que ni aún sospeche su arrogancia

En el Príncipe airado, la firmeza, 1905  
 Que a un vil asesinato era bastante.  
 Ciégale su destino. Se le acerca  
 Su hora al deslumbrado, y con indigna,  
 Con villana perfidia, de sorpresa,

A sus ojos el Rey manda inmolarle. 1910  
 Su cuerpo allí traspasan y laceran  
 De acerados puñales mil heridas;  
 Más su orgullo al morir no se abatiera.  
 La frente, que aún Valois temía acaso,

Toda pálida ya, toda sangrienta, 1915  
 Su dueño al parecer aún amenaza.

Esta fue la final trágica escena  
 De aquel vasallo infiel, omnipotente,  
 Que un cúmulo brillante en sí reuniera  
 De virtudes y vicios. El Rey débil, 1920  
 A quien la autoridad robó suprema,  
 Cobarde en demasía le ha sufrido,  
 Y no menos cobarde dél se venga.  
 «Corre presto en París el caso horrible,  
 Y el asombrado Pueblo el aire atruena 1925  
 De horrísonos clamores. Los ancianos  
 De pesar abatidos, y las hembras  
 Lágrimas arrojando, cual perdidas,  
 A abrazar, por do quiera, corren, vuelan  
 Del desgraciado Guisa las estatuas. 1930  
 Y de ilusiones lleno París piensa,  
 Que en situación tan crítica, tenía  
 Que vengar a su padre, y de su Iglesia  
 La causa sostener. Mayenne, entonces,  
 Digno hermano de Guisa, se acelera, 1935  
 Del Pueblo airado en medio, a transportarle  
 A la feroz venganza de su ofensa,  
 Y más por su interés que por su duelo,  
 De aquel enorme incendio con violencia  
 Rápido discurriendo por cien lados, 1940  
 Soplaba la voraz horrible hoguera.  
 Mayenne, largo tiempo ya de Marte<sup>30</sup>  
 En alarmas nutrido, por sus sendas  
 Bajo el soberbio Guisa audaz trepara.  
 Que en su gloria, por tanto, y sus empresas 1945  
 Le suceda resuelven. De la Liga  
 Pasa el cetro a sus manos. Tal grandeza,  
 Dulce a su corazón e ilimitada,  
 Fácilmente la pérdida consuela  
 De un hermano inmolado. A pesar suyo, 1950  
 A Guisa por su jefe obedeciera,  
 Y aunque en triste ocasión de tanto luto,  
 Ya vengarle le agrada y lisonjea  
 Mucho más que servir bajo su mando.  
 Heroico valor el jefe alienta. 1955  
 Se lo confieso, sí. Feliz y sabia  
 Su conducta política, a ver llega  
 Bajo su sola ley servir unida  
 Esa turba de espíritus inmensa,  
 De su dueño enemiga, y de tiranos 1960  
 A un tiempo torpemente esclava ciega.  
 Él, con sagacidad distinguir sabe  
 Los variados talentos que en sí encierra,  
 Y con crítico tino de ellos todos  
 En oportunos casos se aprovecha. 1965  
 De los mismos reveses, sus ventajas

Sacar a veces logra su destreza.  
 Con aura más brillante y seductora,  
 De admiración la Francia dejó llena;  
 Los ojos fascinara el otro Guisa, 1970  
 Que más grande y más héroe en verdad fuera;  
 Pero no que su hermano, más temible.  
 Tal, señora, es Mayenne, y tal su fuerza.  
 Cuanto de lisonjeras esperanzas  
 Funda esa altiva Liga en su prudencia, 1975  
 Otro tanto de orgullo y de bravura  
 De todos en los ánimos subleva,  
 De ese joven Aumale el presuntuoso<sup>31</sup>  
 Soberbio corazón. Es su fiereza  
 El broquel del partido, que hasta el día 1980  
 De invencible el renombre le conserva.  
 Mayenne, que a las lides le conduce,  
 De la Liga es el alma que proyecta;  
 Aumale, empero, el brazo, que ejecuta.  
 «Ese opresor político del Belga, 1985  
 Ese vecino, en tanto, peligroso,  
 Católico tirano y Rey, que encierra  
 Su principal apoyo en su artificio;  
 Ese enemigo vuestro, gran Princesa,  
 Y aún más mío, Felipe, voluntario<sup>32</sup> 1990  
 De Mayenne abrazando las querellas,  
 De los rivales nuestros torpemente  
 La causa criminal insta y fomenta,  
 Y Roma, que apagar de males tantos  
 Debía el voraz fuego, Roma misma 1995  
 La tea atiza más de la discordia.  
 El que de los cristianos nombre lleva  
 Todavía de padre, entre las manos  
 De sus hijos libró daga sangrienta.  
 Del un término al otro de la Europa, 2000  
 Registraron mis ojos con sorpresa,  
 Que a un tiempo las desgracias todas juntas  
 De tropel a París sobrevinieran.  
 Rey, por fin, sin vasallos, perseguido,  
 Sin tener quien le asista ni defienda, 2005  
 Vese Valois por último forzado  
 A implorar el socorro de mis fuerzas.  
 Creyome generoso, y no se engaña.  
 Del estado desastres solo aquejan  
 Mi corazón, Señora, y de su trono 2010  
 Los peligros mi cólera sosiegan.  
 Ya no he visto en Valois más que un hermano:  
 Mi deber lo ordenaba. Se sujetan  
 A su ley mis enojos, y Rey, vuelo  
 A vengar de otro Rey cetro y diadema. 2015  
 Sin guardias, pues, sin rehenes, sin tratados,

A hablar llevo a Valois. La suerte vuestra,  
 Está, señor, le digo, en vuestro aliento.  
 Que a vencer o morir vengáis es fuerza,  
 Del rebelde París en las murallas. 2020  
 Súbito de Valois el alma eleva,  
 Sus espíritus hinche un noble orgullo.  
 Yo no me lisonjeo de que hubiera  
 Capaz sido mi ejemplo, de inspirarle  
 De un guerrero valor llama tan bella. 2025  
 Las desgracias, sin duda, a fuertes golpes  
 Su dormida virtud, al fin, despiertan.  
 El reposo lamenta que a tal punto  
 Abatídole había. A Valois era  
 Tan penoso infortunio necesario. 2030  
 La suerte muchas veces más adversa,  
 Es a los soberanos muy precisa».

Tal ha sido de Enrique a aquella Reina.  
 La simple narración, mientras promueve  
 Del Britano el socorro. Ya altaneras 2035  
 Voces de la victoria, de las torres  
 Del rebelado muro al Héroe apremian  
 Porque a su campo torne. Tras sus pasos  
 Mil jóvenes isleños, con presteza,  
 De los mares el seno a hendir se alistan, 2040  
 Y los combates de la Francia anhelan.  
 A su frente al de Essex llevan ufanos;  
 Al de Essex, cuyo espíritu y braveza<sup>33</sup>,  
 De los fieros y altivos castellanos  
 Confundir supo un día la prudencia: 2045  
 Al de Essex, que orgulloso mal podría  
 Creer que un hado indigno se atreviera  
 A marchitar laureles que su mano  
 Ya consagrado había a su cabeza.

Enrique activo jefe, cuyo impulso 2050  
 Nada parar podía, a Essex no espera.  
 De lidiar y vencer todo impaciente,  
 Por regresar a Francia se desvela.  
 «Id, Héroe digno, andad, la Reina dice.

Bien presto, a la voz mía, vuestras huellas 2055  
 Siguiendo mis guerreros, esos mares  
 Atravesando irán; más no los lleva  
 El servir a Valois; a vos os siguen.  
 Mi amistad solamente los dispensa  
 A vuestras generosas inquietudes. 2060  
 Vos les veréis correr a las peleas,  
 Por socorremos menos que imitaros.  
 Hechos, a vuestro ejemplo, de la guerra  
 Al gran arte, y sus riesgos y fatigas,  
 Ya bajo vuestra sombra, en vuestra escuela 2065  
 A servir se instruirán gloriosamente

Y con mayor ventaja a la Inglaterra.  
 Quiera el cielo que a golpes de este brazo  
 Prontamente la Liga a expirar venga.

Al caudillo Mayenne, de la España 2070  
 Ese ambicioso Rey, astuto obsequia,  
 Vuestra enemiga es Roma. Nuevos triunfos,  
 Id a ganar, Enrique, de la Iberia;  
 Más pensad que, a un gran hombre, vanos rayos  
 Temer de Roma ya gran mengua fuera. 2075  
 Vengada por vos quede de los Pueblos  
 La libertad violada. La fiereza  
 De Felipe abatid, y de ese Sixto.  
 «Felipe, de su padre en la violencia  
 Tirano sucesor, menos que él grande, 2080  
 Menos bravo también; pero en empresas  
 Y en política igual; de sus vecinos  
 La división tramando, falso intenta  
 Sus cadenas echarles, y del fondo  
 De su alcázar el orbe domar piensa. 2085  
 Desde el polvo hasta el solio alzado Sixto<sup>34</sup>,  
 Con un poder menor, un alma encierra  
 Todavía más fiera. De Montalto  
 Pastor humilde un tiempo, regias testas,  
 Príncipes formidables rivaliza. 2090  
 Dar la ley en París osado piensa,  
 No de distinto tono que allá en Roma,  
 Y de un triple magnífico diadema  
 Bajo el pomposo fausto y sacro brillo,  
 Avasallar todo osado intenta, 2095  
 Y hasta al mismo Felipe. Ese violento,  
 Pero en engaños hábil y en cautelas,  
 Enemigo celoso de los fuertes,  
 Y opresor de los débiles se ostenta.  
 Cábalas y manejos, aquí en Londres, 2100  
 Y aun en mi misma corte mil urdiera;  
 Y el mundo, a quien engaña, se halla lleno  
 De la intriga y la trama en que lo enreda.  
 «De vuestros enemigos, Gran Enrique,  
 Tal es la condición y alta ralea, 2105  
 Que mirar es en vos un deber digno  
 Con el desdén que yo. Ambos quisieran  
 Alzarse contra mí; más uno, en balde  
 Con borrascas luchando y la Inglaterra,  
 Hizo ver al Océano en su fuga 2110  
 Sus míseros naufragios. Las riberas<sup>35</sup>  
 De esos mares aún cubren los despojos,  
 Teñidas aún se ven con sangre fresca  
 De sus famosas huestes. Allá en Roma  
 Mudo, el otro, me teme y me respeta. 2115  
 «Vuestros nobles destinos, a sus ojos

Seguid Enrique, pues, con entereza.  
 Sabed, que si una vez el marcial brío  
 De ese Mayenne audaz domado queda,  
 Presto a Roma en pos dél veréis sumisa. 2120  
 El favor o rencor de esta soberbia  
 En los campos podéis reglar vos solo.  
 Inflexible al vencido, y placentera  
 Con todo vencedor; siempre a absolveros  
 Como a anatemizaros tan dispuesta; 2125  
 Encender o apagar, en vuestra mano  
 Tenéis, de sus diplomas las centellas».

FIN DEL CANTO III

▽△

## Canto IV

*De Aumale se hallaba a punto de apoderarse del campo de Enrique III, cuando volviendo el Héroe de Inglaterra, bate a los Ligados, y hace cambiar la fortuna. La Discordia consuela a Mayenne, y vuela a Roma en busca de socorros. Descripción de Roma, donde reinaba al tiempo Sixto V. La Discordia encuentra allí la Política. Vuelve con ella a París. Subleva la Sorbona. Anima a losDez-y-seis, y arma a los frailes. Entréganse al brazo del verdugo magistrados del partido del Rey. Turbaciones y confusión horribles en París.*

Mientras Felipe y Sixto, con descanso,  
 Sus secretos discursos prolongaban;  
 Mientras que allá, entre sí, de los estados 2130  
 Intereses midiendo tan grandiosos,  
 De hacer la guerra al mundo, de turbarlo,  
 De vencerlo, y al fin, su ley dictarle  
 Toda la hondable ciencia apuran ambos;  
 De la funesta Liga los pendones, 2135  
 A discreción del viento desplegados,  
 Sobre sus tristes márgenes sangrientas,  
 Mirando estaba el Sena con espanto.  
 Lejos Valois de Enrique, de inquietudes  
 Sobrecogido todo y agitado, 2140

Con flaca indecisión, de los combates  
 Sobradamente teme inciertos hados.  
 A sus fluctantes votos y designios,  
 Era siempre un apoyo necesario. 2145  
 Esperaba a Borbón, de la victoria  
 Sobre él únicamente asegurado.  
 La inacción, entre tanto, y la tardanza,  
 Atrevimiento dan a los Ligados.  
 De París salir osan sus legiones;  
 Y del soberbio Aumale bajo el mando, 2150  
 El feroz de San-Pól, Namur y Chatre<sup>36</sup>,  
 Brisác y Canillác, del bando alzado  
 Delincuentes e intrépidos apoyos,  
 Al sitiador ejército cargando,  
 Con frecuentes y rápidos progresos, 2155  
 De Valois el espíritu asombraron;  
 Y al arrepentimiento en demasía  
 Propenso el débil Rey, de haber enviado  
 De sí lejos al Héroe, le pesaba.  
 Entre estos combatientes, declarados 2160  
 Émulos de su Rey, ya largo tiempo,  
 De Joyeuse un ligero y feble hermano<sup>37</sup>  
 Osara parecer. Carácter débil,  
 A quien viera París pasar voltario  
 Desde el siglo, de un claustro al fondo obscuro, 2165  
 Y del claustro a la corte. Relajado,  
 Y luego penitente. Anacoreta,  
 Y no menos de pronto cortesano,  
 Toma, deja, y recobra en un instante  
 El cilicio y coraza. Del santuario, 2170  
 Que sus devotas lágrimas inundan,  
 A animar va las furias de su bando,  
 Y en el seno a clavar de nuestra Francia  
 Colmada de aflicción, la misma mano,  
 Que consagrado había al Ser Eterno. 2175  
 Más de tanto adalid, el más bizarro,  
 Aquel, cuyo valor en las legiones  
 Infundía del Rey más miedo y pasmo;  
 Aquel, que un corazón más fiero tiene,  
 Y más fuerte también y fatal brazo, 2180  
 Vos sois ¡Príncipe joven impetuoso!  
 ¡Vos, De Aumale, nacido y animado  
 De la Lorena sangre, en héroes fértil!  
 ¡Vos, el émulo siempre y el contrario  
 De los Reyes, las leyes y el reposo! 2185  
 De jóvenes guerreros alentados  
 La flor, en todo tiempo le acompaña;  
 Y sin cesar, con ella, sobre el campo  
 Lanzábase enemigo; ya en silencio,  
 Ya con enorme ruido, ya a lo claro 2190

De los cielos abiertos, ya a la sombra  
 De la cerrada noche; y atacando  
 Al sitiador, do quiera sorprendido,  
 De su sangre infeliz deja inundado  
 Su mano atroz el suelo. Así en la frente 2195  
 Del Caúcaso, o la cima allá del Athos,  
 Do los ojos divisan a lo lejos  
 Del cielo, mar y tierra los espacios,  
 Las águilas y buitres, suelta el ala,  
 Con un rápido vuelo, atravesando, 2200  
 En un momento hendiendo densas nubes,  
 De la atmósfera inmensa por los campos,  
 Las peregrinas aves arrebatan;  
 En los amenos bosques y los prados  
 Las reses despedazan y aprisionan; 2205  
 Y de sangrientas rocas, do bajaron,  
 A las entrañas fétidas volviendo,  
 En sus garras opresos y gritando,  
 Aún vivientes transportan sus despojos.  
 Lleno ya de esperanzas, y embriagado 2210  
 De gloriosos sucesos, a las tiendas  
 Penetraba del Rey; y redoblando  
 Las sorpresas y alarmas con la noche,  
 Toda cedía ya, todo de espanto  
 Replegaba temblando ante sus armas; 2215  
 Cual de una tempestad torrente inflado,  
 De desbordarse a punto, con un choque  
 Feroz y tenebroso, ya a inundarlo  
 Iba todo de un golpe el fiero Aumale;  
 Y del alba el lucero, ya rayando 2220  
 De la noche rasgaba el negro velo;  
 Cuando el grave Morné, que breve espacio  
 De Borbón el regreso precediera,  
 Y que de cerca estaba ya mirando  
 Del soberbio París las altas torres, 2225  
 De un confuso rumor, de horror mezclado,  
 Sorprendida su oreja, mira, y nota  
 En extremo desorden los soldados  
 De Valois, y aun con ellos los de Enrique.  
 «¡Que veo justos Cielos! ¿Así, bravos, 2230  
 Así nos aguardáis? Ya Enrique viene,  
 Ya llega a defenderos, y entregados  
 A la fuga os encuentro ¡Camaradas!  
 A la fuga!...». A este acento de su labio,  
 No de distinto modo, que allá un tiempo, 2235  
 Del Capitolio al pié, cuando apretado  
 De Roma el fundador por los Sabinos,  
 La fuga refrenó de sus Romanos  
 De Júpiter en nombre; así al de Enrique,  
 De vergüenza rehácense inflamados 2240

Sus dispersos franceses, y al combate  
 Revolviendo de nuevo, exclaman alto:  
 Que venga el Héroe: llegue; que a su vista,  
 Nada nos desalienta, que a su mando  
 Nuestra será sin duda la victoria. 2245  
 Súbito se aparece a todo el campo  
 Tan refulgente Enrique, como en medio  
 Del temporal más negro suele el rayo.  
 A las primeras filas corre, avanza;  
 A su frente combate denodado; 2250  
 Siguen todos su ejemplo, y los destinos  
 De repente por él vense trocados.  
 Contra el campo su mano muertes lanza,  
 Rayos sobre él sus ojos fulminando.  
 Siguiéndole sus jefes en contorno, 2255  
 Con ánimo se empeñan esforzado;  
 Retorna la victoria, y a su aspecto,  
 Desaparecen ya los coligados;  
 Al modo, que del día, que amanece,  
 Los rayos, que se avanzan, de los astros 2260  
 De la noche disipan los fulgores.  
 Sobre aquellas riberas, ha logrado,  
 Sus huestes, que asombradas van huyendo,  
 Detener el de Aumale; pero en vano.  
 Su grito animador algún momento 2265  
 A la lid las ordena, más sus pasos  
 La voz del gran Enrique precipita.  
 Su amenazante frente, con espanto  
 Las trastorna y deslumbra; y si su jefe  
 Aplegarlas consigue, un pronto pasmo 2270  
 Las aturde y dispersa, y en su fuga  
 Revuelto el mismo Aumale va arrastrando;  
 Al modo, que de un monte allá en la cumbre,  
 De cristalina escarcha coronado,  
 En medio de mil nieves derretidas, 2275  
 Y de témpanos mil, un gran peñasco,  
 Que a las nubes altivo amenazaba,  
 Cayendo va rodando y tropezando.  
 Pero ¿qué digo? Aumale aún se detiene:  
 Aumale aún hace cara, y muestra osado, 2280  
 Y aún a su sitiador la frente muestra,  
 Que dél temida fuera tiempo largo.  
 Despréndese fogoso de los suyos,  
 Que tras sí le arrastraban, y afrentado  
 De vivir todavía, entre el degüello 2285  
 Aún la muerte otra vez vuelve buscando,  
 Y al vencedor un rato admira y para:  
 Más de un tropel confuso de mil bravos  
 Comprimido al momento, la audaz furia  
 De su imprudente arrojo y despechado 2290

A refrenar la Parca a vengar iba;  
 Cuando en riesgo de vida tan cercano  
 La Discordia le ve, y al verle, tiembla.  
 Por bárbara que fuese, sabe cuanto  
 Sus días necesita. Presurosa 2295  
 Se remonta en el aire; y a su amparo  
 Arrójase veloz. Llega, y opone  
 Al tropel, de que a Aumale ve cercado,  
 De hierro el broquel vasto e impenetrable,  
 Que acompaña al horror, que impera infracto 2300  
 Sobre la misma muerte, y cuya vista  
 El terror y la rabia va inspirando.  
 ¡O hija inexorable del infierno!  
 Éste ¡o Discordia! ha sido el primer caso,  
 En que de dar socorro capaz fuiste. 2305  
 Un héroe salvas, pérfida, y sus hados  
 Con la mano prolongas formidable  
 De la muerte ministra, con tu mano  
 Tan bárbara y en crímenes experta,  
 Que hasta esta vez, jamás perdón ha dado 2310  
 A sus víctimas propias. Ella arrastra  
 De París a las puertas, en un baño  
 De su sangre al de Aumale, y de unos golpes  
 Que no sintió cubierto. Ella reparos  
 A sus males aplica saludables: 2315  
 Ella su sangre estanca, prodigado  
 Por complacerla solo; pero mientras,  
 Que a su cuerpo vigor va recobrando,  
 Su espíritu, con pócimas mortales  
 Deja míseramente envenenado; 2320  
 No de distinto modo que pudiera  
 La alevosa indulgencia de un tirano,  
 Que cruel en su lástima, de un triste  
 Tal vez suspender quiere el mortal fallo,  
 Porque en útiles crímenes secretos 2325  
 Aprovecharse pueda de su brazo,  
 Y aquellos consumados, al suplicio  
 Tórnale a abandonar pérfido e ingrato.  
 Supo Enrique, entretanto, aprovecharse  
 De la insigne ventaja, con que al hado 2330  
 De los combates plugo, en aquel día,  
 Su valor coronar y sus cuidados.  
 Conocía Borbón, y precio daba  
 Del tiempo a los instantes en los campos.  
 Al absorto enemigo, de sorpresa, 2335  
 Busca, ataca y acosa sin descanso.  
 A campales batallas, que ganara,  
 Que sucedan ordena los asaltos,  
 Y hace trazar su pérdida en contorno  
 De sus muros, trincheras avanzando. 2340

De Valois el espíritu, a este tiempo,  
 Del de su hermano Enrique confortado  
 Lleno ya de esperanzas en su auxilio,  
 El ejemplo presenta a sus soldados,  
 Que de aquél recibía. Los ataques, 2345  
 Las alarmas sereno despreciando,  
 No descuida del campo las acciones,  
 Y del sitio sostiene los trabajos.  
 El afán sus placeres, y el peligro  
 Tiene también a veces sus encantos. 2350  
 Todos los jefes se unen, y sucede  
 Según sus votos todo. En breve espacio,  
 El terror, que marchaba a su vanguardia,  
 Las consternadas huestes disipando,  
 Del trémulo sitiado ya a los ojos, 2355  
 De un lánguido despecho perturbados,  
 Las puertas a romper, a abatir iba.  
 Y en tan grave peligro, aprieto tanto,  
 ¿Que puede hacer Mayenne? Sus legiones,  
 Un pueblo son hundido en duelo amargo. 2360  
 Con lágrimas, aquí, le pide un hijo  
 El padre, que la muerte le ha robado.  
 De un hermano infeliz sobre la tumba,  
 Allí se ve plañir al triste hermano.  
 Gime por lo presente sin consuelo, 2365  
 Desfallece abatido el ciudadano.  
 Teme, en fin, cada cual por lo futuro.  
 Alarmado aquel cuerpo grande y vasto,  
 Reunirse no puede. Se hacen juntas;  
 Se consulta y se agita el duro caso 2370  
 De entregarse a la fuga o al enemigo.  
 Perplejos se hallan todos y embargados;  
 Y nadie resistir osa más tiempo:  
 Así el ligero vulgo suele vario,  
 De la temeridad más altanera 2375  
 Al temor más rastrero dar un salto.  
 Mayenne, que sus haces desmayadas  
 Está viendo, de cólera bramando,  
 Entre opuestos designios vacilante,  
 Revolvía en su mente planes varios; 2380  
 Cuando allí la Discordia al héroe absorto  
 De repente se acerca; entre sus manos  
 Silbar hace irritadas sus serpientes,  
 Y de agrado en un tono aleve y falso,  
 Su acento le dirige en esta forma. 2385  
 «¡O tú, digno heredero procreado  
 De un nombre a los Franceses formidable!  
 ¡Tú, a quien de tu venganza el cruel conato  
 Unió conmigo siempre; tú, que fuiste  
 A mis ojos nutrido, y que formado 2390

Has sido por mis leyes! oye, escucha  
 Tu protectora fiel, y de mi labio  
 Conoce el bronco acento. Nada temas  
 De aquese pueblo imbécil y voltario,  
 Cuyo reciente ardor, en un momento, 2395  
 Una leve desgracia ha congelado.  
 Poseo sus espíritus ¡Mayenne!  
 Sus corazones tengo entre mis manos.  
 Bien presto observarás con cuanto celo  
 Nuestros designios todos ayudando, 2400  
 De mi hiel embriagados, y hechos presa  
 De mi horrible furor, van denodados  
 A combatir audaces, y a la muerte  
 Alegres a arrojarse por tus lauros».

Esto habló la Discordia: y al momento, 2405  
 Más pronta que el relámpago, cortando  
 Con vuelo firme y rápidos los aires,  
 Gira de toda Francia los espacios;  
 Y el rencor, el estruendo, y las alarmas,  
 Que sus ciudades turban y sus campos, 2410  
 De la Discordia ofrecen a los ojos,  
 Objetos de delicia y de regalo.  
 Su pestífero aliento, en mil lugares  
 Inspira la aridez. Inficionado  
 En su germen el fruto, al nacer muere. 2415  
 Abatida la mies, mustio su grano,  
 Yace lánguida en tierra. El sol se eclipsa;  
 Vélese al verla pálidos los astros;  
 Y el rayo, entre relámpagos, que truena  
 Bajo sus pies, de muerte mil presagios 2420  
 A los pueblos ofrece confundidos.  
 Llévala un torbellino, voltejeando,  
 A las orillas fértiles, que baña  
 Con sus ondas el rápido Erídano.  
 Ya su vista cruel a Roma alcanza: 2425  
 Roma, un día su templo; Roma, pasmo,  
 Terror de los mortales, cuya suerte,  
 Hala en todas edades exaltado  
 A ser en paz, no menos que en la guerra,  
 Del mundo la señora, y cuyo brazo, 2430  
 Si triunfante en los campos, entre hierros,  
 Sobre tronos sangrientos vio temblando  
 Todos los fieros Reyes, y abatidas,  
 Bajo el sacro estandarte, en que volaron  
 Sus águilas terribles por el orbe, 2435  
 Las fuerzas todas dél, otro más blando  
 Más apacible imperio ejerce hoy día,  
 En que a su yugo rinde y poder sacro  
 Sus mismos más airados vencedores:  
 En que con un poder de Dios vicario, 2440

Governa los espíritus y tiene  
 Los corazones todos a su mando.  
 Sus dictámenes solos, son sus leyes  
 Y sus solos diplomas sus soldados. 2445  
 Cerca del Capitolio, donde alarmas,  
 Otros tiempos tan grandes dominaron,  
 Sobre pomposas ruinas de Belona,  
 Y de Marte, un Pontífice, sentado  
 De Césares se ve en augusto solio.  
 Sacerdotes no menos fortunados, 2450  
 Con planta huellan firme y faz serena,  
 Las cenizas, aquí, de Emilios Paulos,  
 Y allí, de los Catones los sepulcros.  
 Sobre el altar el trono levantado,  
 De un Señor, ya celeste, ya terreno, 2455  
 En la misma profana y sacra mano,  
 El poder absoluto, a un tiempo mismo,  
 El cetro colocó y el incensario.  
 Allí fundó Dios mismo su sagrada  
 Su primitiva Iglesia, en tiempos varios 2460  
 Perseguida y triunfante. Allí condujo  
 Aquel primer su Apóstol, con lo santo  
 De la verdad, lo cándido y sencillo.  
 Felices sucesores le imitaron  
 Cierta dichosa edad, en que respetos 2465  
 Y elogios de los hombres han captado,  
 Cuanto más se humillaban. Revestida  
 Aun no estaba su frente de algún vano  
 Frívolo resplandor. Su humildad sola,  
 Su rígida pobreza, preservaron 2470  
 La santa austeridad de sus costumbres,  
 Y celosos tan solo del estado,  
 De las glorias, honores y riquezas,  
 A que votos aspiran de un cristiano,  
 Del fondo de las chozas que habitaban, 2475  
 Simplemente al martirio van volando.  
 El tiempo, que lo altera y gasta todo,  
 Bien presto estas costumbres ha cambiado.  
 Para castigo nuestro, ya grandezas  
 Diole el cielo, y potente a lo profano, 2480  
 Desde este tiempo, Roma, abandonada  
 A consejos se vio de los malvados.  
 De su nuevo poder, bases horribles  
 Traición, eran, veneno, asesinato.  
 Los que de Cristo fueron sucesores, 2485  
 En el fondo interior del santuario,  
 Sin pudor ni vergüenza, el adulterio  
 Y el incesto, insolentes, colocaron,  
 Y Roma, que cansaran finalmente,  
 Roma, que han oprimido y abismado 2490

De su execrable imperio con el peso,  
 De sus sacros tiranos bajo el mando,  
 A echar menos llegó sus falsos Dioses.  
 Máximas más prudentes se escucharon  
 En la edad posterior, en que se supo 2495  
 El crimen excusar, o bien velarlo  
 Con artificio y maña menos torpes.  
 Del pueblo y de la Iglesia más reglados  
 Los derechos se han visto, y de los Reyes  
 Árbitra, al fin, fue Roma, no el espanto. 2500  
 La modesta virtud, vuelve ella misma  
 A aparecer de nuevo, con el fausto,  
 El brillo imponente y augusta pompa  
 De su triple diadema regio y sacro:  
 De manejar, empero, de los hombres 2505  
 La pasión e interés, el arte raro,  
 Vino, por fin, a ser, en estos tiempos,  
 La virtud capital de los Romanos.  
 De la Iglesia era, entonces, y de Roma  
 Cabeza, Sixto quinto y soberano. 2510  
 Y si el ser, en verdad, de un hombre grande  
 Con el título ilustre decorado,  
 Consiste en ser falaz, temido, austero,  
 Inscribirse en el número más claro  
 De los más grandes Reyes, debe Sixto. 2515  
 Él, a los artificios de quince años  
 Debió de su destino la grandeza.  
 Ocultar ha sabido tiempo tanto,  
 Sus virtudes, no menos que sus vicios;  
 Y huir el mismo puesto aparentando, 2520  
 Que con ardor ansiaba, porque pueda  
 Por más fáciles medios alcanzarlo,  
 Hace que dél le tengan por indigno.  
 De su brazo despótico al amparo,  
 La pérfida Política, reinaba 2525  
 Del pontificio alcázar en lo arcano.  
 Hija de la ambición y el interese,  
 Que seducción y fraudes abortaron,  
 Este ingenioso monstruo, en mil revueltas  
 Tan fértil, de zozobras abismado, 2530  
 Simple y sereno a un tiempo parecía.  
 Sus ojos, en sus órbitas ahondados,  
 Vigilantes, agudos, y enemigos  
 De la tranquilidad y del descanso,  
 Jamás, en dulce sueño, los vapores 2535  
 De la blanda amapola disfrutaron.  
 Con doblez y cautelas refinadas,  
 Con disfraces astutos y estudiados,  
 De la confusa Europa, sagaz, burla  
 La expectación atónita; y el falso, 2540

El sutil artificio del embuste,  
 Que sus discursos guía, decorando  
 De la misma verdad con los adornos,  
 Del Dios vivo marcó con sello sacro  
 Sus torpes imposturas, e hizo al cielo 2545  
 Servir a las venganzas de su agravio.  
 La Discordia ve apenas, cuando corre  
 Con aire misterioso hacia sus brazos;  
 La acaricia y halaga dulcemente,  
 Con maligna sonrisa y agasajo; 2550  
 Pero súbitamente transportada,  
 Un lúgubre semblante, un tono infausto  
 De tristeza fingiendo «Yo, la dice,  
 No estoy ya en aquel tiempo afortunado,  
 En que pueblos inmensos, seducidos, 2555  
 Sus votos me ofrecían, y a mi mando  
 Toda la Europa crédula sumisa,  
 Las leyes de su Iglesia y culto santo<sup>38</sup>  
 Confundió con las mías. Yo, en tal tiempo,  
 Hablaba, y al instante prosternados 2560  
 Trémulos los monarcas, de sus tronos  
 A mis pies descendían. A mi agrado,  
 Declaraba mi voz al mundo guerras,  
 Y de la cumbre aquí del Vaticano,  
 Mis formidables truenos fulminaba. 2565  
 Vida y muerte pendían de mi agrado.  
 Regalaba, quitaba, y devolvía  
 Las coronas y cetros soberanos.  
 Ya no existen, amiga, ya se huyeron  
 De una vez para mí, de esplendor tanto 2570  
 Esos caducos tiempos tan dichosos.  
 De la altanera Francia, ese Senado,  
 Ya sin temer mi enojo, se ha atrevido  
 Mis rayos a apagar, cuasi en mis manos.  
 Por la Iglesia de amor no menos lleno, 2575  
 Que contra mí de horror, su grito alzando,  
 Con fiera libertad, de las naciones  
 La venda del error hizo pedazos.  
 Él ha sido el primero, que a mi rostro  
 La máscara arrancó, desagraviando 2580  
 La verdad, cuya imagen me encubría.  
 ¿Yo no podré, ¡Discordia! que me abraso  
 En ansias de agradarte, seducirlo,  
 O con rigor, al menos, castigarlo?  
 Vamos pues. Tus antorchas, nuevamente 2585  
 Enciendan de mi trueno ardientes rayos.  
 Empecemos, amiga, por la Francia,  
 A desolar la tierra. Sus estados,  
 Otra vez, y su Rey, a caer tornen  
 En nuestros hierros». Dijo; y como un rayo, 2590

Lánzase rechinando por los aires.  
 A pesar de estos males, entre tanto  
 Con espíritu opuesto, allá distante  
 De las mundanas pompas, y del fausto  
 De Roma, y de sus templos, a indecentes 2595  
 Humanas vanidades consagrados,  
 Cuyo profano brillo, cuyo lujo,  
 Y opulenta soberbia y aparato  
 Al necio mundo imponen, se escondía,  
 En desiertos del hombre poco hollados, 2600  
 La humilde Religión, do santamente  
 Reposaba, con Dios en paz morando;  
 En tanto que su nombre y su decoro,  
 Con sacrílego crimen profanados,  
 Pretextos daba santos en el siglo 2605  
 Al sangriento furor de los tiranos,  
 Y siendo al mundo venda que lo ciega,  
 Del desprecio de Grandes era el blanco.  
 Sufrir y resignarse, es, en la angustia  
 Su destino más plácido y más caro: 2610  
 Bendecir, es su sacra y rica herencia.  
 Ella, en secreto ruega por ingratos,  
 Que vilmente la ofenden y maltratan.  
 Sin la pompa del siglo y fausto vano,  
 Sin adornos, sin arte, sin afeite, 2615  
 Y bella por su gracia y propio encanto,  
 Su modesta hermosura oculta siempre  
 A los ojos hipócritas de tantos,  
 Como importunos corren en sus aras  
 A adorar la fortuna, cual paganos. 2620  
 Se inflamaba su espíritu, y ardía  
 Por Enrique de un celo y amor santo.  
 Esta hija del cielo no dudaba,  
 Que un día, al fin, feliz fuese llegado,  
 En que de sus altares abatidos 2625  
 El legítimo culto vindicando,  
 Con júbilo por hijo adoptaría  
 Al magnánimo Héroe ya ilustrado.  
 Digno, por sus virtudes generosas,  
 De acogerle le juzga entre sus brazos, 2630  
 Y sus fervientes votos, hasta el cielo  
 Desde sus puras aras exhalados,  
 Un momento apresuran tan glorioso,  
 Que por demás sus ansias hallan tardo.  
 La Política impía y la Discordia, 2635  
 Asaltan y sorprenden de rebato  
 A su augusta enemiga, que sus ojos  
 Inocentes, en lágrimas bañados,  
 Alzaba hacia su Dios, quien su constancia  
 Por poner más a prueba, la ha entregado 2640

De las dos implacables enemigas  
 Al bárbaro furor y juicio insano.  
 Estos horribles monstruos, cuya injuria,  
 La santa Religión ha profanado  
 En todas las edades, su vil frente 2645  
 Cubriendo con su velo sacrosanto,  
 Su traje, respetado de los hombres,  
 Insolentes usurpan, y volando  
 Parten hacia París, do acabar piensan  
 Sus perversos designios comenzados. 2650  
 Mañosa la Política y astuta,  
 Con insinuante rostro y sutil paso,  
 De la antigua Sorbona se entromete,  
 Sin sentir, en el seno ilustre y vasto.  
 Congregábanse en ella al mismo punto, 2655  
 Aquellos venerados graves sabios,  
 Que de oscuros oráculos del cielo  
 Misteriosos intérpretes sagrados,  
 Y de remota edad, árbitros justos,  
 Modelos de la grey de los cristianos, 2660  
 Adictos a su culto, y a sus Reyes  
 Sumisos con lealtad y honor intacto,  
 Hasta tan triste día y tenebroso,  
 Un varonil valor han conservado,  
 A flechas del error impenetrables; 2665  
 Más ¡cuán pocas virtudes los asaltos  
 Burlan constantemente a cualquier hora!  
 De aquel astuto monstruo disfrazado  
 Acentos los más dulces y halagüeños,  
 A alterar sus espíritus llegaron. 2670  
 Él, a los más tocados y devotos  
 De la ciega ambición, lisonjeando,  
 Honores y grandezas les promete,  
 Y con el interés y esplendor claro  
 De una mitra, deslúmbrales los ojos. 2675  
 Allá, por otro medio, negociando  
 Con secreta y venal inteligencia,  
 Los sufragios compró del vil avaro.  
 Arrobado también y sorprendido  
 Por un elogio diestro, se vio el sabio, 2680  
 Que la augusta verdad, pérfido, vende,  
 Por el precio de un poco incienso vano;  
 Y al grito aterrador de la amenaza,  
 El feble queda, al fin, amilanado.  
 Congréganse en tumulto; de tumulto 2685  
 Se examina y decide el alto caso,  
 Y de en medio de estrépitos, de gritos,  
 Y empeñadas contiendas, con espanto  
 Del confuso congreso escapa al punto  
 La apacible Verdad, mustia y llorando. 2690

A voz común, entonces, y en el nombre  
 De todos los Doctores, un anciano  
 Esto dijo. «La Iglesia hace los Reyes;  
 Los absuelve o castiga degradando. 2695  
 La Iglesia y su doctrina existen puras  
 En los que aquí reunidos nos hallamos.  
 Su ley en ellos solos se conserva.  
 A Enrique de Valois, aquí, por tanto,  
 Reprobamos formal, solemnemente,  
 Decaído del trono declaramos, 2700  
 Y Enrique de Valois, ya no es Rey nuestro.  
 ¡Juramentos, un tiempo tan sagrados!  
 Vuestras duras cadenas ya rompemos».

Apenas esto el viejo ha pronunciado,  
 Con caracteres hórridos de sangre, 2705  
 La inhumana Discordia, el temerario,  
 El bárbaro decreto, que dictara,  
 A dejar apresúrase estampado.  
 Por ella cada cual jura en seguida,  
 Y lo firma al momento de su mano. 2710  
 Remóntase veloz, y en alto vuelo,  
 A todos los facciosos partidarios,  
 Empresa tan grandiosa y atrevida  
 Va de iglesia en iglesia pregonando.

Bajo el hábito, a veces, de Agustino, 2715  
 Y otras, del de Francisco, tosco y basto,  
 Resonar su voz hace, y altamente  
 Llama a aquellos austeros cuanto varios  
 Espectros, de su yugo riguroso  
 Voluntarios e imbéciles esclavos. 2720  
 «De vuestra Religión amancillada  
 Reconoced, les dice, aquestos rasgos.  
 Yo soy la que a vos vengo; la que en nombre  
 Del Señor, que servís, por despertaros,  
 A vuestro religioso atento oído 2725  
 Acaba de pulsar. Él me ha mandado.  
 Esta espada mortífera y tremenda,  
 Que en mi vibrante pulso está brillando,  
 Este acero, que veis, acero horrible

A nuestros enemigos, empuñado, 2730  
 Para vengar su causa, entre las mías  
 Ha sido de Dios mismo por la mano.  
 Acércanse ¡hijos míos! se cumplieron,  
 Los oportunos tiempos ya llegaron,  
 En que sombras dejéis de esos retiros, 2735  
 Y la paz suspendáis de esos santuarios.  
 Partid de ellos a dar ilustre ejemplo  
 Del celo más intrépido y sagrado;  
 Y a los crédulos pueblos de la Francia,  
 En su fe vacilantes y turbados, 2740

Intimidado dejad, id a enseñarles,  
 Que abatir a su Rey, que asesinarlo,  
 Hacer es a su Dios un gran servicio.  
 Pensad bien, caros míos, recordaos,  
 Que de Leví la antigua electa tribu, 2745  
 De vuestro ministerio augusto y santo  
 Mereció por Dios propio ser honrada,  
 Con manos, a sus aras regresando,  
 En la sangre bañadas de los hijos  
 Del pueblo de Israel: pero ¿qué he hablado? 2750  
 ¿Donde aquel tiempo está, do aquellos días  
 A la muerte propicios, y a mí gratos,  
 En que vi degollar tantos franceses,  
 Por el pío furor de sus hermanos?  
 En tan felices días ¡ha! vosotros, 2755  
 ¡O santos sacerdotes! su cruel brazo  
 Al incendio y degüello condujeráis.  
 Por vosotros tan solo asesinaron,  
 Arrastraron, colgaron a Coliñi.  
 Yo ya en sangre nadé. La que ha restado 2760  
 Vuelva a correr aún. Que os vea el mundo  
 A pueblos, que me adoran, inspirando».

Dijo el horrible monstruo: y al instante,  
 Haciendo la señal, emponzoñados  
 Quedan todos los míseros oyentes 2765  
 Del veneno infernal que le ha inspirado.  
 La hueste monacal iba en su marcha;  
 Hasta París él mismo encaminando.  
 De la Cruz sacrosanta el estandarte  
 En medio de ella flota. Cantan salmos, 2770  
 Frenéticos entonan sacros himnos;  
 Y con devotos gritos destemplados,  
 Los cielos parecían asociarse  
 A su rebelde arrojo. Entre sus cantos,  
 Con fanáticos votos se les oía 2775  
 La imprecación mezclar y augurio infausto  
 A las públicas preces. Sacerdotes  
 Atrevidos, imbéciles soldados  
 Del mosquete y el sable vanamente  
 Sus inexpertos brazos recargaron. 2780  
 Las pesadas corazas relumbrantes  
 Penitentes cilicios van tapando;  
 Y de París al muro, en su socorro,  
 Batallón tan infame al fin llegado,  
 De un pueblo impetuoso entre mil ondas, 2785  
 A Cristo va siguiendo, a aquel Dios blando,  
 De paz al manso Dios, que de tal modo  
 Los devotos guerreros profanaron,  
 Llevándole, sacrílegos, al frente.  
 Mayenne, que a placer está mirando 2790

Tan insensata empresa, allá a lo lejos,  
 Despréciala en secreto, al mismo paso,  
 Que en público teatro la autoriza.  
 Político Mayenne, advierte, y sabio,  
 Cuanto el imbécil vulgo, ciegamente 2795  
 Sin límites sumiso a un celo falso,  
 Con la fiel Religión el fanatismo  
 Suele, rudo, mezclar, unir incauto.  
 Entendía Mayenne, contemplaba  
 El gran arte a los Reyes necesario, 2800  
 De nutrir los errores y flaquezas,  
 Que el pueblo sacrifican al tirano,  
 Y a este irrisorio escándalo piadoso,  
 Da por tanto acogida y aun aplauso.  
 Con grave indignación, vélo el prudente, 2805  
 Y con burla mayor, lo ve el soldado.  
 Más la estólida plebe, hasta los cielos  
 Mil gritos levantaba de entusiasmo,  
 De gozo y de esperanza; y así como  
 Suciedera a su audacia un miedo fatuo, 2810  
 Este, en un solo instante, el lugar cede  
 Al furor y transporte más insano.  
 Así en el seno undoso de Anfitrite;  
 De los mares el ángel, a su agrado,  
 Las olas tal vez calma, tal, irrita. 2815  
 Dez y seis sediciosos, señalados<sup>39</sup>  
 Por sus feos delitos, entre todos  
 Los más viles facciosos, ha nombrado  
 Y en gobierno erigido la Discordia.  
 Estos hombres oscuros y malvados, 2820  
 De su nueva y condigna soberana  
 Insolentes ministros, en su carro  
 Barnizado de sangre, al punto montan,  
 Y la marcha batiéndoles al paso  
 La villana traición, y el fiero orgullo, 2825  
 El frenesí, la muerte, y el estrago,  
 Por sangrientos torrentes, que arroyaban,  
 Van de su fiera ronda el rumbo guiando.  
 En baja oscuridad todos nacidos,  
 De sórdida bajeza alimentados, 2830  
 Su rencor a los Reyes les servía  
 De blasón de nobleza el más realzado.  
 Bajo el dosel traídos por el pueblo,  
 Ya Mayenne con él les ve temblando  
 Sentados a la par. Tal es la insania, 2835  
 Tales son los trastornos ordinarios  
 De la inquieta Discordia y sus caprichos.  
 Ella, frecuentemente nivelados  
 Deja en suerte a los cómplices que induce;  
 No de distinto modo, que allá cuando 2840

Fuertes vientos, tiranos de las aguas,  
 Que su corriente turban y descanso,  
 Las olas revolviendo con su soplo  
 Del Ródano o del Sena, hacen, que el bajo  
 Sucio y grosero lodo, que abatido 2845  
 En sus profundas grutas yace, alzado  
 Se mire a borbollones de las ondas  
 Sobre la superficie; así en los raros  
 Furores de un incendio, que devora  
 Y una ciudad convierte en yermo campo, 2850  
 El hierro, el plomo, el bronce, que liquida  
 El fuego entre las llamas, van mezclados  
 Con el oro más puro, que oscurecen.  
 De sedición en medio y motín tanto,  
 Temis tan solo, Temis resistiera, 2855  
 Librárase del público contagio.  
 Ni sed de engrandecerse, ni temores,  
 Ni esperanzas, ni nada, de sus manos  
 Consiguiera torcer la fiel balanza.  
 Consérvase su templo inmaculado; 2860  
 Y la simple equidad, cual fugitiva,  
 Cerca de ella un asilo va buscando,  
 Habitaba el recinto de este templo,  
 El venerable cuerpo de un senado,  
 Azote formidable del delito, 2865  
 De la inocencia amparo y tutor nato,  
 Que de apoyo del Rey, y de instrumento  
 De la ley, el carácter conservando,  
 Entre el Pueblo y el Príncipe marchaba  
 Con intrépido, igual y firme paso. 2870  
 De unos Reyes benignos y accesibles,  
 En la equidad más dulce confiado,  
 A sus pies ¡cuantas veces trasladara  
 De la Francia las quejas, los agravios!  
 Era el público bien, únicamente, 2875  
 De toda su ambición objeto caro.  
 Lo tirano, en los Príncipes no odiaba  
 Menos, que lo rebelde en el vasallo.  
 De un supremo respeto dirigido,  
 Y de un noble valor siempre inflamado, 2880  
 En las causas del Rey y de su Pueblo,  
 Lo súbdito distingue de lo esclavo.  
 Por nuestras libertades y franquezas  
 Siempre a armarse dispuesto, en cualquier caso,  
 Conoce a Roma bien; como piadoso 2885  
 Hónrala, y la reprime como sabio.  
 De los torpes tiranos de la Liga  
 Una horrible cohorte, puesta al mando,  
 De aquel templo de Temis majestuoso,  
 A cercar llega el pórtico sagrado. 2890

Bussi, vil gladiador, es quien la guía<sup>40</sup>,  
 A honor tan criminal, a poder tanto,  
 Por su audaz arrogancia promovido.  
 Entra del templo augusto al santuario;  
 Y este negro torrente de palabras, 2895  
 A la ilustre asamblea, cuyo labio  
 Del ciudadano regla la fortuna,  
 Osado le dirige: «¡Mercenarios  
 Apoyos de ese dédalo de leyes!  
 ¡Plebeyos, que a la usanza del Romano 2900  
 Os tenéis de los Reyes por tutores!  
 ¡Almas en fin serviles, hombres bajos,  
 Que en la perturbación, y entre cábalas,  
 Que afligen y desolan al estado,  
 Pretendéis, que consista, y se alce fiero 2905  
 El afrentoso honor de vuestros cargos  
 Y venales grandezas! En la guerra  
 Tímidos, y en la paz fieros tiranos,  
 Al Pueblo obedeced, en cuyo nombre,  
 Vengo ¡orgullosos jueces! a intimaros. 2910  
 Escuchad sus edictos liberales.  
 Antes hubo sin duda ciudadanos,  
 Húbolos antes, sí, que hubo señores.  
 Fueros, que nuestros padres prodigaron,  
 O más bien les usurpó tirana fuerza, 2915  
 Sus despojados hijos recobramos.  
 Sobrado tiempo el Pueblo por vosotros  
 Al terror fue sujeto y al engaño.  
 Cansose ya del cetro, y lo ha rotpido.  
 Borrada ya para siempre ¡Magistrados! 2920  
 De plena potestad los grandes nombres  
 Tan temidos, odiosos, y aun ingratos  
 A vuestro mismo oído; e ya del Pueblo  
 Libre y supremo a nombre, dad los fallos,  
 No la plaza del Rey, bajo ese solio 2925  
 Manteniendo, sino la del Estado.  
 La Sorbona imitad. Sino lo hicieréis,  
 Sobre vos los rigores fulminados  
 Ver, temed, de mi enojo y mi venganza».

Fieles y acordes todos, contestaron 2930  
 Con un noble silencio; a la manera,  
 Que en los muros ardiendo ya asolados  
 De la sitiada Roma, allá otro tiempo,  
 Sus graves senadores, de los años  
 Ya por el peso corvos, sin turbarse, 2935  
 En sus curules fijos, aguardaron  
 Fieramente los galos y la muerte.  
 A espectáculo tal, tan no esperado,  
 Lleno de mayor rabia, embravecido  
 De más brutal furor, más no sin pasmo, 2940

«Obedeced al punto, dice Bussi,  
O mis pasos seguid, fieros tiranos».
Súbite alzado Harlay, el digno jefe<sup>41</sup>  
De tan justo impertérrito senado,
Al de los Dez y seis va a presentarse,
Y con la misma frente y grave labio,  
Con que a aquellos malvados damnaría,  
Las cadenas les pide. Déj al lado,  
De justicia otros jefes se admiraban,  
Que de participar en el cadalso  
Del honor del primero, ardiendo en votos,  
Víctimas de la fe que al Rey juraron,  
De los tiranos tienden a los hierros,  
Sus generosas e inocentes manos.  
Vuelve ¡o Musa! a contarme tantos nombres,  
A la Francia tan caros, y héroes tantos,  
A quienes oprimió licencia infame,  
Dígnate consagrar. El probo, el bravo  
De Thou, con Scarrón, y sus colegas<sup>42</sup>  
Molé y Bayoul también, con el honrado  
Potier, hombre el más justo y más constante,  
Y tú ¡ilustre Longuél! tú, joven claro,  
En quien por abreviarte más la gloria  
De tan bello destino, se avanzaron  
La virtud, el espíritu, y la ciencia,  
Al curso de los años ordinario.  
De tan dignos ministros de justicia,  
Todo aquel grave cuerpo, condenado,  
Al través de un vil pueblo, que le insulta,  
Como en público triunfo van llevando  
Al famoso castillo y espantable<sup>43</sup>,  
De la venganza alcázar, do mezclados  
Veces tantas hundir, gemir se han visto  
La inocencia y el crimen. El anciano  
Orden de nuestro reino, así trastornan;  
Del Estado la paz así turbaron  
De un golpe los rebeldes y facciosos.  
La Sorbona cayó. Ya no hay Senado...  
¿Más a que tal concurso y alaridos?  
¿A qué esos instrumentos y aparatos  
Del infame suplicio de culpables?  
¿Quiénes son esos dignos magistrados,  
Que manos de verdugos, a la tumba  
Por orden precipitan de tiranos?  
En París, las virtudes, el destino  
De los crímenes sufren... ¡Desgraciados  
Brissón, Lachér, Tardif, víctimas nobles!<sup>44</sup>  
Tan afrentosa muerte, no ha manchado  
Vuestro honor generoso ¡Puros manes!  
No tenéis porque de ella avergonzaros.

Célebres para siempre vuestros nombres,  
 Viven en la memoria. En el cadalso  
 Quien muere por su Rey, muere con gloria<sup>45</sup>.  
 En medio de los pérfidos alzados,  
 La Discordia, entretanto, se aplaudía 2995  
 Del suceso feliz, que al fin lograron  
 Sus sangrientos y bárbaros designios.  
 Con aire satisfecho y sosegado,  
 Su tranquila crueldad, fiera contempla  
 De la guerra civil los crueles daños; 3000  
 Y muy a su sabor, pasa revista  
 Sobre un muro de sangre ya inundado,  
 A los míseros pueblos, que en la Francia  
 Contra su Rey legítimo ligados;  
 Y entre sí divididos y discordes, 3005  
 Juego vienen a ser desventurado  
 Del furor de contiendas intestinas,  
 Y en tumulto interior y riesgo extraño,  
 De su turbado suelo y mustia patria  
 La perdición fatal apresurando, 3010  
 Por do quier no presentan más que muertos,  
 Carnicería, escombros, y fracasos.

FIN DEL CANTO IV

▽△

## Canto V

*Apriétase vivamente a los sitiados. La Discordia excita a Jacobo Clemente a salir de París, para asesinar al Rey. Llama del profundo de los infiernos al Demonio del Fanatismo, que dirige el parricidio. Sacrificio de los ligados a los espíritus infernales. Enrique III es asesinado. Sentimientos de Enrique IV. Este es reconocido Rey por el Ejército.*

Avanzáranse, en tanto, se aprestaran  
 Las máquinas mortales, que en su seno,  
 De los tercios rebeldes abrigaban 3015  
 La fatal perdición; y por do quiera,  
 Volando el hierro y fuego, que arrojaran  
 Por bocas cien de bronce, con estruendo

Sus murallas batían y aterraban.  
 Ni de los Dez y seis sañosas iras, 3020  
 Ni la sagaz prudencia, que inspiraba  
 Al astuto Mayenne, ni de un Pueblo  
 Con insolencia alzado la arrogancia,  
 Ni de escándalo llenos los discursos,  
 Que de la ley Doctores divulgaran, 3025  
 Otros contra Borbón débiles menos  
 Menos vanos auxilios ministraban.  
 A agigantados pasos la victoria  
 Del Héroe por las huellas se avanzaba.  
 Sixto, Felipe, y Roma, por su parte, 3030  
 Hórridos anatemas fulminaran:  
 Roma, empero, por fin, dichosamente,  
 De ser terrible al mundo ya dejara.  
 Ya impotentes sus rayos, en el aire  
 Con la razón chocando, se exhalaban. 3035  
 Por otro lado, a un tiempo, la indolencia,  
 La pesadez maligna y ordinaria  
 Del vicio castellano, a los sitiados,  
 Un urgente socorro retardaba.  
 Errantes sus soldados por el Reino, 3040  
 Sus ciudades, en tanto, desolaban,  
 Sin que a París jamás socorro dieran.  
 El pérfido político esperaba,  
 Que ya exhausto el Ligado, una conquista  
 A su brazo ofreciese poco cara. 3045  
 El peligroso apoyo, el lazo astuto  
 De su falsa amistad, le preparaba  
 En vez de un aliado un señor fiero,  
 Cuando de un furibundo empresa infanda,  
 Cambiar con mano aleve parecía 3050  
 La suerte por un tiempo de la Francia.  
 ¡Tranquilos habitantes, que los muros  
 De la ilustre París hoy circunvalan!  
 Vosotros, que del Cielo merecisteis  
 A la predilección, la insigne gracia 3055  
 De nacer en más prósperas edades,  
 De perdonarme habréis, si aquí empeñada,  
 Renovase mi pluma a la memoria,  
 La historia criminal, do negras llanas  
 Ocupan vuestros padres seducidos. 3060  
 De sus atrocidades feas manchas  
 Sobre vos no recaen, no os denigran.  
 Todas las cubre al fin, todas las lava  
 Vuestro leal amor a vuestros Reyes.  
 Procreado ha la Iglesia, en eras varias, 3065  
 Solitarios varones, que reunidos  
 Bajo severas reglas, se miraban  
 Cual en todo distintos y arredrados

Del resto de los hombres, y en las aras  
 Votos solemnizando rigurosos, 3070  
 Al servicio de Dios se consagraran.  
 Unos en soledades se sumían,  
 Gozando de la paz profunda calma.  
 En su ascética vida inaccesibles  
 A atractivos del mundo y pompas vanas, 3075  
 Celosos de un reposo dulce y blando  
 Que robarles no pueden, de la humana  
 Mundanal sociedad, que bien pudieran  
 Útilmente servir, huyen las cargas.  
 De ellos, otros no pocos, sus funciones 3080  
 Haciendo de más pública importancia,  
 De la Iglesia a las cátedras subiendo,  
 No poco la sirvieran e ilustraran:  
 Pero bien prontamente, por desdicha,  
 Embriagados e ilusos con el aura 3085  
 Que sus talentos captan lisonjeros,  
 En el siglo esparcidos, sus profanas  
 Costumbres adquiriendo, no ignoraron  
 De una sorda ambición arteras ansias,  
 Y ya de sus intrigas y manejos 3090  
 Más de un país a veces se quejara.  
 Así entre los mortales, el abuso  
 Del más perfecto bien, en desgraciada  
 Fatal fuente del mal llega a tornarle.  
 Los que la vida y regla profesaran 3095  
 De Domingo en España, largo tiempo  
 Viéranla florecer, y de la plaza  
 Más obscura de empleos harto humildes,  
 A los regios palacios de monarcas  
 Remontada bien presto la miraron. 3100  
 No con menos fervor, si limitada  
 A influencia menor y poderío,  
 Prosperó con respeto en nuestra Patria,  
 Asaz bien de los Reyes protegida  
 Apacible, y al fin afortunada, 3105  
 Si en su materno seno, por ventura,  
 Nunca al traidor Clemente cobijara<sup>46</sup>.  
 Desde edad juvenil, llevado había  
 Al retiro, Clemente, en que habitaba,  
 Los tétricos accesos y fiereza 3110  
 De una virtud selvaje y arriesgada.  
 Feble, y crédulo simple, lleno siempre  
 De devoción frenética e insensata,  
 Su espíritu sombrío, rudo y triste,  
 De la facción rebelde y desbordada 3115  
 El torrente seguía. Sobre joven  
 Vertiendo tan insano, en abundancia,  
 La funesta Discordia el cruel veneno

De su boca infernal, tanto le exalta,  
 Que al pié de los altares prosternado, 3120  
 Con criminales votos y plegarias,  
 Cada día más turbido y ferviente,  
 Los Cielos importuno fatigaba;  
 Y aunque cubierto, dicen, y manchado  
 De polvo y de ceniza, a Dios orara 3125  
 Un día en esta horrible impía forma.  
 «¡Dios, que a tu Iglesia vengas, y las tramas  
 De opresores castigas y tiranos!  
 ¿Habrá de verse siempre, que abismada  
 De tus hijos la raza así consientas, 3130  
 Y de un Rey que te insulta, que te ultraja,  
 La sacrílega mano armando impura,  
 El perjurio bendigas por su causa,  
 Y el bárbaro homicidio favorezcas?  
 Con dureza ¡Gran Dios! desmesurada, 3135  
 Los rigores nos prueban de tu azote.  
 Harto ya nos afligen y maltratan.  
 Contra tus enemigos levantarte  
 Dígnate ya Señor. Suspende, aparta  
 De nosotros la muerte y la miseria. 3140  
 Líbranos de ese Rey, sobre la Francia  
 En tu montada cólera arrojado,  
 Y del airado Cielo el furor calma.  
 Ven, Señor: y ante ti marchando venga  
 Del Exterminador la horrenda espada. 3145  
 Ten clemencia ¡mi Dios! Llega: desciende:  
 Ármate, y tus centellas inflamadas,  
 A nuestra vista hieran, quemén, hundan  
 Su sacrílega hueste. Ambos monarcas,  
 Sus jefes y soldados, expirando, 3150  
 Caigan cual hojas leves dispersadas  
 A discreción del viento; y los valientes  
 Católicos, que lidian por tu causa,  
 Salvos de tu justicia y tu clemencia  
 Por el poder inmenso y virtud santa, 3155  
 De ese ejército infiel sobre los mismos  
 Cadáveres sangrientos, de alabanza  
 Eucarísticos himnos te enderecen».

Cruzando por los aires, escuchaba  
 Estos impíos ecos, la Discordia. 3160  
 Recógelos al punto: entre ellos baja  
 Del Tártaro a los lóbregos imperios,  
 De donde la maléfica no tarda  
 En tornar, conduciendo de ellos todos  
 Al más cruel azote y atroz plaga. 3165  
 Llega ya: Fanatismo, horrible nombre,  
 El tirano diabólico se llama.  
 Hijo desnaturalado de la misma

Religión apacible dulce y mansa,  
 Armado de ella en pro, su ruina intenta, 3170  
 Y en su piadoso seno ya lograda  
 Una incauta acogida, al mismo tiempo  
 Que en sus brazos la estrecha, la desgarró.  
 El fue, quien en Rabá, sobre los bordes  
 Condujo del Arnón, feroz guiaba 3175  
 Del desgraciado Ammón los descendientes  
 Cuando a su Dios Moloc, toda bañada  
 En lágrimas la madre, del hijuelo  
 Palpitando ofrecía las entrañas.  
 El de Jephthé dictando el duro voto, 3180  
 Inhumano llevó la fiera daga  
 De su hija al corazón. Él mismo ha sido  
 Quien en Aulida abriendo del cruel Calcas  
 La despiedada boca, por su acento  
 De Ifigenia la muerte audaz reclama. 3185  
 Él, allá en lo sombrío de tus selvas,  
 Habitó largo tiempo ¡o antigua Galia!  
 De tus patrios aromas ha incensado  
 De Teutatés la horrible Deidad vana.  
 Tú quizá, todavía, no olvidaste 3190  
 Los sacros homicidios que en las aras  
 De tus indignos Dioses, frecuentaron  
 Los sanguinarios Druidas. En voz alta,  
 Del Capitolio augusto allá en la cumbre,  
 Herid, a los Gentiles les gritaba, 3195  
 Desgarrad y acabad a esos Cristianos.  
 Más luego que abjurando las paganas,  
 Y del Hijo de Dios la ley siguiendo,  
 De Roma la cerviz le fue postrada,  
 Del Capitolio hundido ya en cenizas, 3200  
 A la triunfante Iglesia veloz pasa,  
 Y su furor frenético inspirando  
 En las devotas almas que infectara,  
 Sus índoles, de mártires piadosas  
 Cambia en perseguidoras y tiranas. 3205  
 La secta turbulenta formó en Londres<sup>47</sup>,  
 Que sobre un Rey imbécil mano armada  
 Ensangrentar osó; y allá en Lisboa,  
 No menos que en Madrid, fiero atizaba<sup>48</sup>  
 Los solemnes braseros, do anualmente 3210  
 Sacerdotes serenos arrojaron  
 En magnífica pompa a los hebreos,  
 En quienes la firmeza castigaban  
 De no querer jamás de sus mayores  
 El culto renegar y fe heredada. 3215  
 En sus disfraces, de ornamentos sacros  
 De ministros del cielo se adornaba,  
 Revestíase siempre: pero adopta

Del Infierno, esta vez, en la morada  
 De una noche eternal, la forma nueva 3220  
 Que a su nuevo delito acomodaba.  
 La Audacia y Artificio, los disfraces  
 Con oportuno amaño le preparan.  
 De Guisa, con el talle, toman luego  
 Los rasgos, que a aquel héroe más marcaban; 3225  
 De aquel soberbio Guisa, en quien se viera  
 Del Estado al tirano, y al monarca  
 De su propio Señor, que en todos tiempos,  
 Y aun después de su muerte desastrada,  
 Poderoso y terrible, de la guerra 3230  
 A los horrores todos y desgracias  
 Nuestra Francia inducía, y de los suyos  
 A ambiciosas empresas arrastraba.  
 De un casco espantador arman su frente,  
 Y empuñan en su mano lucia espada 3235  
 Siempre a la muerte pronta. En su costado  
 Las mortales heridas también graban,  
 Con que a aquel jefe un día de facciosos  
 En la ciudad blesense asesinaran;  
 Y por tales heridas de la sangre, 3240  
 Que corría abundosa, la voz agria,  
 Acusar a Valois aún parecía,  
 Y reclamar sobre él cruda venganza.  
 Tal el lúgubre fue ficto aparato,  
 Con que entre la amapola, que derrama 3245  
 El dulce y blando sueño, y en el fondo  
 Del lóbrego retiro de su estancia,  
 Vino aquel disfrazado horrible espectro  
 A traer a Clemente su embajada.  
 De la fe religiosa el cielo falso, 3250  
 Que una encendida cólera inflamaba,  
 Con la Superstición, su fiel amiga,  
 Y la inquieta y maléfica Cábala,  
 Unidos en su guarda de continuo  
 A Clemente asistían de su estancia 3255  
 Velándole al cancel, por el que al punto  
 Al feroz Fanatismo dan entrada.  
 Llega; y con voz altiva y majestuosa,  
 «Dios tus votos acepta y tu demanda:  
 ¿Pero acaso, le dice, ni otro culto, 3260  
 Ni otro incienso al Señor tu fe consagra,  
 Que un voto estéril y un perpetuo llanto?  
 Otras ofrendas más, son necesarias  
 Al Dios que nuestra Liga ampara y sirve.  
 Él exige de ti, de ti demanda 3265  
 Lo mismo que le pides. Si allá un tiempo,  
 Para salvar Judith su nación cara,  
 Lágrimas solo a Dios, solo clamores

Consagrado le hubiera, si alarmada  
 Por el mal de su pueblo, por sus días 3270  
 Temblado a un tiempo hubiese, las murallas  
 Abatir de Betulia Judith viera.  
 He aquí, he aquí, Clemente, las hazañas,  
 Las sagradas empresas cuyo ejemplo,  
 Cuyo digno valor y ofrenda grata 3275  
 Debrías imitar... más ya, ya miro  
 Que te avergüenzas, si, de la tardanza.  
 Vuela, pues; y tu mano, con la sangre  
 Salvando del Ungido nuestra Patria,  
 Vengue Roma, París, a mí, y al mundo. 3280  
 Por un asesinato vio segada  
 Mi vida ese Valois. Vengada quede  
 Por otro golpe igual su aleve saña.  
 De asesino el vil nombre no te espante.  
 En ti será, Clemente, virtud clara, 3285  
 Lo que en Valois fue crimen. A quien venga  
 La Iglesia, todo es justo. Entonces nada  
 De malo tiene y cruel el homicidio.  
 El Cielo lo autoriza ¡qué! lo manda.  
 Él por mi voz te intima, que tu brazo 3290  
 Para dar ha elegido en su venganza  
 Pronta muerte a Valois ¡Cuánta, Jacobo,  
 Cuánta tu dicha fuera, tu honra cuanta,  
 Si en seguida o de un golpe al mismo tiempo,  
 Al tirano pudieses de la Francia 3295  
 El Navarro juntar; si de ambos Reyes  
 Tu Religión y Patria viendo salvas,  
 Te pudiesen!... más no, no son llegados  
 Esos tiempos aún. Vida más larga  
 Disfrutar debe Enrique. El Dios, que impío, 3300  
 Que insolente persigue, reservada  
 Al brazo de otro tiene tanta gloria.  
 Tú, de este Dios celoso, que en mí te habla,  
 El gran designio cumple, y dél recibe  
 El don que por mi mano te regala». 3305  
 Al decir esto, ostenta y vibrar hace  
 Una daga brillante aquel fantasma,  
 Que del Averno en aguas por el odio  
 Fuera al intento bárbaro templada.  
 Y el don fatal poniendo de Clemente 3310  
 En la mano feroz, súbito escapa;  
 Y en la infernal morada se rehunde.  
 Del solitario joven deslumbrada  
 La gran facilidad, depositario  
 De intereses del Cielo se juzgaba. 3315  
 Besa el fatal presente con respeto.  
 De rodillas hincado, sus plegarias  
 Del Todo-poderoso el brazo imploran,

Y del terrible monstruo que le hablara,  
 Guiado del furor, con aire y tono 3320  
 De santificación, se preparaba  
 Al pérfido y horrendo regicidio.  
 ¡A cuanto error sujeto e ilusión vana  
 Está del hombre el ánimo! Clemente,  
 En horas y ocasión tan desdichadas, 3325  
 De la paz disfrutaba más dichosa.  
 A su espíritu iluso confortaba  
 Aquella confianza leda y dulce,  
 Que de los hombres justos en el alma,  
 Afirman el candor y la inocencia. 3330  
 Místicamente grave el furor marcha  
 Del devoto traidor, bajos los ojos.  
 Su sacrílego voto al Cielo alzaba.  
 Su sosegada frente, marcas ciñen  
 De una austera virtud, y la vil daga 3335  
 Del parricida atroz cubre el cilicio.  
 Seguros sus amigos de tan alta  
 Tan celestial empresa, con mil flores,  
 Que su celo fanático derrama  
 Bajo sus pies, de aromas perfumando 3340  
 El camino cubriendo por do pasa,  
 A las puertas le guían, llenos todos  
 De la veneración más pía y santa.  
 Sus designios bendicen: le reaniman:  
 Instrúyenle, y por fin, su nombre exaltan 3345  
 Al número de tantos, como Roma  
 En sus perpetuos fastos consagrara.  
 De Francia el vengador, en altas voces,  
 Con furioso entusiasmo le proclaman;  
 Y ya con incensarios en las manos, 3350  
 A invocarle propicio se adelantan.  
 No transportados tanto ni fervientes,  
 De la muerte solícitos con ansia,  
 Los primeros cristianos, que de apoyo  
 De la fe de sus padres se gloriaban, 3355  
 Allá en más simples tiempos sus hermanos  
 Con placer al martirio acompañaran,  
 Y de fin codiciando tan felice  
 Las celestes dulzuras, de sus plantas  
 Las venerables huellas tiernamente 3360  
 Con mil devotas lágrimas besaban.  
 El iluso, el fanático más ciego,  
 Ostentar, brillar hizo, veces varias,  
 Un carácter igual al del cristiano  
 Más cándido y sincero. De igual gracia, 3365  
 De igual valor entrambos pruebas dieron.  
 Tiene el error sus mártires, sus palmas.  
 Sus héroes tiene el crimen, y sus glorias.

¡Cuán vanos de los hombres, en las causas  
 Del falso y veraz celo, son los fallos! 3370  
 A los más grandes hombres se equiparan  
 Muchas veces los más facinerosos.  
 Cual zahorí Mayenne, que las tramas  
 Descubría más hondas, de la Liga  
 El maquinado golpe no ignoraba; 3375  
 Ignorarlo, no obstante, astuto finge.  
 Su sagaz artificio, que con maña,  
 Del crimen horroroso asir el fruto,  
 Más sin comprometerse meditara,  
 Cauteloso procede, y con misterio, 3380  
 Deja a los más facciosos, que en el alma  
 Del joven furibundo aliento inspiren.  
 Mientras que de la Liga una vil banda,  
 Al traidor regicida, hasta las puertas  
 De París conduciendo, fomentaba, 3385  
 Los Dez y seis, a un tiempo deslumbrados,  
 Con sacrílego esfuerzo proyectaran,  
 De la empresa fatal sobre el suceso  
 La suerte consultar ¡vana observancia!  
 Curiosa allá en su tiempo Catalina, 3390  
 Audazmente buscó la ciencia insana  
 De arcanos tan odiosos. Cavilosa,  
 Aprendiera a sabor, y profundara  
 Un arte tan ridículo y sombrío,  
 Tan sobrenatural, y veces tantas, 3395  
 Tan quimérico, y siempre delincuente.  
 Todo siguió su ejemplo, y desvariada  
 La imbécil muchedumbre, de los vicios  
 De las cortes secuaz ciega y esclava,  
 Por lo maravilloso loca siempre, 3400  
 Y de la novedad siempre encantada,  
 A tan torpes pueriles impiedades,  
 De tropel neciamente se librara<sup>49</sup>.  
 Entre lóbregas sombras de la noche,  
 Bajo una oscura bóveda, llevaba 3405  
 De la mano el Silencio enderezando  
 A la Asamblea estólida en su marcha.  
 Allá al pálido y lúgubre reflejo  
 De una mágica antorcha, una vil ara  
 Sobre fúnebre tumba se erigiera, 3410  
 Do con hondo rencor de ambos monarcas  
 Los majestuosos bustos colocaron,  
 De su terror objetos y su saña.  
 Su sacrílega mano, al mismo tiempo,  
 Sobre el sórdido altar mezclar osara, 3415  
 A mil hórridos nombres infernales  
 El sacro del Eterno, y ordenadas  
 Sobre aquellas paredes tenebrosas,

Pusiéranse también funestas lanzas,  
Cuyas agudas puntas remojaron 3420  
De sangre en negros vasos; circunstancia  
Del sortilegio horrible amenazante.  
De este templo ministro se ostentaba  
Uno de esos hebreos, que proscritos  
Sobre la tierra ya, sin Rey ni Patria, 3425  
Ciudadanos del Orbe, de unos mares  
A los otros errantes, transportaran  
Su profunda miseria por el Mundo,  
Y de un cúmulo antiguo de cábalas  
Y de supersticiones harto impías, 3430  
Ya tiempo largo había, que infestaban,  
Del Universo henchían las naciones.  
De tan vil sacerdote colocada  
En contorno, y ardiendo en fieras iras,  
La junta de Ligados insensata, 3435  
Con destemplados gestos y clamores  
El torpe sacrificio comenzara.  
Su regicida brazo en sangre tiñen,  
Y a herir, sobre el altar, de Valois saltan  
Veloces y furiosos el costado. 3440  
Si con mayor temor, aún con más rabia,  
Derriban a sus pies de Enrique el busto;  
Creyendo, que a sus furias fiel, volara  
A transmitir la muerte a los dos Reyes,  
La herida de su afrenta y de su lanza. 3445  
Junta, en tanto, el hebreo a preces pías  
De la Iglesia, sacrílegas plegarias,  
Y entre la imprecación y la blasfemia,  
Invoca de consuno, con insania,  
El Infierno, los Cielos, Dios, sus Santos, 3450  
Los inmundos Espíritus, que vagan  
Y el Universo turban, de las nubes  
El rayo, y del Averno al fin las llamas.  
Tal en Gelboé fue un día el sacrificio  
Que a infernales Deidades dedicara 3455  
La ilusa y furibunda Pitonisa  
De raptó en el momento, en que evocaba  
Delante un Rey feroz, el simulacro  
De Samuel espantoso. Así tronara  
De Samaria un tiempo en las alturas, 3460  
De Judá contra el pueblo, voz profana  
De los falsos profetas. De igual modo,  
Del inflexible Ateyo dura saña,  
Allá en Roma, y a nombre de sus Dioses,  
Maldiciones de Craso echó a las armas. 3465  
A mágicos acentos del judío,  
Alcanzar temerarios esperaban  
Los Dez y seis, del Cielo la respuesta.

Por tal medio forzarle maquinaran,  
 A que ya de su suerte el velo alzase. 3470  
 Para castigo el Cielo de su audacia,  
 Escucharles queriendo, de natura  
 El orden y las leyes cesar manda;  
 Y de aquellas profundas mudas cuevas  
 Un lúgubre murmullo se levanta. 3475  
 Redoblados relámpagos, del seno  
 De noche profundísima abortaran  
 Día horrible y fugaz, que por momentos  
 Trémulo renacía y espiraba.  
 En medio de aquel fuego, y de una llama 3480  
 De deslumbrante gloria, se aparece  
 A sus ojos Enrique, de la ufana  
 Victoria sobre un carro. Su serena  
 Noble frente laureles coronaban,  
 Y el cetro de los Reyes en su mano 3485  
 Majestuosa, magnífico brillaba.  
 Parten de un trueno súbito centellas,  
 Que el aire encienden, el altar abrasan,  
 Y envuelto entre mil llamas, cae y se hunde  
 De la tierra en el seno. Tiemblan, pasman 3490  
 Los Dez y seis, absortos y perdidos.  
 Del hebreo de horror se abisma el alma,  
 Y a esconder huyen todos en tinieblas,  
 El crimen y terror, que les acaba.  
 Aquel trueno, aquel ruido, y aquel fuego, 3495  
 Con espanto la pérdida anunciaban  
 De Valois, infalible. Dios, sus días  
 Del alto de su trono ya contara.  
 Lejos dél retirando sus auxilios,  
 Impaciente la muerte, ya esperaba 3500  
 Su destinada víctima; y el Cielo,  
 Por perder a Valois, y en su venganza,  
 Justiciero permite un alto crimen.  
 Clemente, sin pavor, a su Real marcha:  
 Llega a su pabellón: pide su audiencia, 3505  
 Y entre tanto, el hipócrita propala,  
 Que a aquel lugar por Dios es conducido,  
 Donde de la diadema soberana  
 A restaurar venia sacros fueros,  
 Y a revelar arcanos, que importaban 3510  
 Altamente a su Rey. Por largo espacio  
 Se vacila; le observan; se le indaga;  
 Un funesto misterio se recela  
 Bajo su hábito oculto. Sin alarma,  
 Severo examen sufre. Satisface 3515  
 Con simple calma a todo; finge; engaña;  
 Cada cual la verdad ve en sus discursos,  
 Y a los ojos del Rey, al fin, su guardia

Llega ya sin recelo a presentarle.  
 Al devoto traidor, no sobresalta 3520  
 De regia majestad la faz augusta.  
 A sus pies su rodilla prosternada,  
 Con tranquilo y humilde continente,  
 El punto de su golpe atento marca;  
 Y la diestra mentira, que su labio 3525  
 Para empresa tan pérfida ensayara,  
 Esta insidiosa arenga en aquel trance  
 A Clemente dictó. «Sufrid, así habla,  
 ¡O Gran Rey! que mi voz tímida y débil,  
 Al poderoso Dios de las batallas, 3530  
 Por quien los Reyes reinan, se enderece.  
 Permitid, que ante todo, aquí humillada  
 Le ensalce el alma mía por los dones,  
 De que a colmaros va la mano grata  
 De su excelsa justicia. De enemigos 3535  
 Entre el número inmenso, que se alzara  
 Contra vos, generosos y constantes,  
 Impávidos, Señor, fe grande os guardan  
 El virtuoso Potier, con quien ligado  
 El prudente Villroá se conformaba<sup>50</sup>, 3540  
 Y Harley, el gran Harley, de cuyo celo  
 La ardiente intrepidez, la virtud rara,  
 Fue siempre al pueblo infiel tan formidable.  
 Todos, del fondo oscuro, en que moraban  
 De su estrecha prisión entre cadenas, 3545  
 Los ánimos reúnen: juntan, calman  
 Todos vuestros vasallos, y confunden  
 Los de la Liga todos. Miras sabias  
 De aquel Dios, que, tal vez por humil mano  
 Llevar se digna al fin empresas altas, 3550  
 Desdeñando entendidos y potentes,  
 Hasta el virtuoso Harley guió mi planta;  
 Y de sus luces lleno, y por un labio  
 Instruido tan fiel, del celo en alas,  
 En busca de mi Rey volando llevo 3555  
 A entregaros, Señor, aquesta carta,  
 Que el presidente Harley a mi leal mano,  
 Poco ha para vos de fiar acaba».  
 A recibirla incauto se apresura  
 El infeliz Valois, quien por mudanza 3560  
 Tan rápida, los cielos bendecía.  
 «¿Cuándo podré, le dice, ley, fe tanta  
 Recompensar, pagar tu buen servicio  
 De mi justicia a gusto?». A estas palabras,  
 Los brazos le tendía, en cuyo instante, 3565  
 Su asesino puñal el monstruo arranca,  
 Y descargando el golpe, en el costado  
 Con repentina furia se lo clava.

Sangre arroya; se asombran: corren: gritan:  
 Mil brazos en un punto se levantan 3570  
 A castigar del Rey el alevoso,  
 Quien, sin bajar los ojos, los miraba,  
 A todos con desden. Del regicidio  
 Vanaglorioso, y quito con su patria,  
 De rodillas la muerte aguarda en premio; 3575  
 Y en la fiel y tranquila seguridad  
 De ser de Roma y Francia un santo apoyo,  
 Las puertas del Empíreo ver ya francas  
 Para acogerle en triunfo, se imagina.  
 Del martirio a su Dios la ilustre palma 3580  
 Pidiéndole, al caer, los mismos golpes  
 De que expira, bendice como gracias.  
 ¡Terrible ceguedad, ilusión fiera,  
 Digna a un tiempo de lástima y de saña!  
 De la muerte del Rey menos culpable 3585  
 Que la turba, tal vez, desaforada  
 De los sacros Doctores, que enemigos  
 Tan viles cuanto alevos del monarca,  
 Por su labio, de máximas funestas  
 La ponzoña vertiendo sobre el alma 3590  
 De un iracundo joven solitario,  
 Dejó su mente débil extraviada.  
 Ya al infeliz Valois su final hora  
 La mortífera herida le cercaba.  
 Ya anublados sus ojos, solamente 3595  
 De luz un débil resto divisaban.  
 De aflicción con suspiros y lamentos,  
 Sus cortesanos todos le cercaran;  
 Y aunque en secreto allá por sus designios,  
 Discordes entre sí, se concertaban 3600  
 En el lúgubre tono de su llanto;  
 Y todos, a una voz, ayes exhalan  
 De dolor, ora falso, ora sincero.  
 Aquí el uno, a quien dulces esperanzas  
 De la pronta mejora de destino, 3605  
 Que un nuevo orden le ofrece, lisonjeaba,  
 Débilmente en su pecho se afligía  
 Del peligro mortal de su monarca.  
 Y allí el otro, que embarga un servil miedo  
 De arriesgar su interés, solo lloraba 3610  
 En lugar del monarca, su fortuna.  
 Entre el rumor confuso de afectadas  
 O ingenuas erupciones de tal duelo,  
 ¡Vos, Enrique! lloráis; lágrimas sanas  
 Vertéis del corazón. Vuestro enemigo 3615  
 Fuera un tiempo, es verdad; más ¿que importaba?  
 Sensibles corazones, como el vuestro,  
 En tan horribles puntos de desgracia,

Fácilmente se afectan y enternecen.  
No de antiguos agravios se acordaba, 3620  
Sino de su amistad el gran Enrique:  
Del Héroe generoso las ventajas  
En balde con su lástima allí luchan;  
Y que un diadema el Rey le traspasaba  
Por su muerte, a sí mismo se escondía. 3625  
Por un final esfuerzo, una mirada  
De sus lánguidos ya pesados ojos,  
Que la muerte a cerrar se apresuraba,  
Tiende Valois y clava sobre Enrique;  
Y con trémula mano, cuasi helada, 3630  
La del Héroe tocando victoriosa,  
«Contén lágrimas, dice, pena tanta.  
El Universo, amigo, habrá, indignado,  
De lamentar la muerte a tu Rey dada.  
Tú, combate, ¡Borbón! Véngame, y reina. 3635  
Yo muero ¡caro hermano! Entre borrascas,  
Sentado ya te dejo sobre escollo,  
Que cubierto, aunque altivo, todo se halla  
De mis tristes despojos y naufragios.  
Ya te espera mi trono. Herencia es clara 3640  
De tu sangre, Borbón. Manos le gocen,  
Que defendido le han. Nunca olvidada  
Dejarás la verdad, de que le cerca  
En todo tiempo el rayo. Cuando se alzan 3645  
Al trono tus virtudes, a Dios teme,  
Que es quien al trono, Enrique, te levanta;  
Y del culpable dogma, que aún profesas,  
Desengañado, al fin, puedan sus aras  
Restablecer tus manos y su culto. 3650  
A Dios. Reina felice; y de tu guardia  
Ángel más poderoso salvar quiera,  
Tus días de otra vil aleve daga.  
De la Liga conoces la cruel furia;  
Ella el rayo, que a mí de herirme acaba, 3655  
Odiosa a nuestro nombre, que algún día  
Hasta ti vuela eléctrico, prepara.  
Quizá, Enrique, y no tarde, alguna mano  
Más injusta, más bárbara, e inhumana...  
Virtud tan singular ¡O justo Cielo!  
Perdonad, permitid...». A estas palabras, 3660  
Sobre su fría frente inexorable  
Cae, y su suerte ya fija la Parca.  
De su muerte al estruendo, París todo,  
A transportes odiosos se entregara,  
De un delincuente júbilo embriagado. 3665  
Mil gritos de victoria al aire lanza.  
Cesaron los trabajos. De los templos  
Las puertas por do quier se observan francas.

Habitantes estólidos, sus frentes  
 De floridas guirnaldas coronadas, 3670  
 Al regicidio infame aniversarios  
 Perpetuos y magníficos consagran.  
 Borbón, no es ya a sus ojos más que un Héroe  
 Sin apoyo y poder, por quien estaban  
 Su ardor solo y su gloria; más ¿podría 3675  
 Resistir a la Liga ya afirmada,  
 De la Iglesia al enojo, y sus funestos  
 Y tremebundos rayos, de la España  
 Al enemigo auxilio formidable,  
 Y en fin, del Nuevo-mundo a esa su plata 3680  
 De mayor poderío y de más fuerza?  
 Ya guerreros no pocos, que abrigaban  
 Una infausta política en su pecho,  
 Más malos ciudadanos, por desgracia,  
 Que celosos católicos, tapando 3685  
 De escrúpulos con velo sus privadas  
 Ambiciosas hipócritas intrigas,  
 De Enrique el campo dejan, y separan  
 Del pendón de Calvino sus banderas:  
 Pero inflamando al resto más honrada 3690  
 Conciencia y fiel valor, su celo dobla  
 De sus reyes la justa y noble causa.  
 Estos a prueba amigos, estos fuertes  
 Generosos guerreros, que guiara  
 Ya de muy largo tiempo la Victoria, 3695  
 Del imperio francés, que vacilaba,  
 Al legítimo dueño reconocen,  
 Y el campo todo unido, que probara  
 La dignidad de Enrique para el cetro,  
 De Francia, en alta voz, Rey le proclama. 3700  
 Los Civrís y De Aumonts, bravos caudillos,  
 Leales caballeros, que acompañan  
 Los grandes Montmorencis, los Crillones,  
 Y los Saussis, su fe le dan sagrada  
 De seguirle del uno al otro polo. 3705  
 Para el campo más bien que para el aula  
 Formados sus espíritus, constantes,  
 A su Dios y su Príncipe fe guardan,  
 Y al hablar el honor, tras él corrían.  
 «Mis amigos, Borbón así les habla, 3710  
 Vos, los varones sois, cuya fiel mano,  
 De héroes cien de mi sangre, a mi sien ata  
 La heredada corona. Eso de Pares,  
 Esa celeste Ampolla, y esa sacra  
 Regia inauguración, pompas del trono, 3715  
 No los derechos son. Sobre una adarga  
 Vuestros reyes se vieron primitivos,  
 De vuestros nobles padres la fe santa

Recibir de los pleitos homenajes.  
 De la Victoria el campo, sea el ara, 3720  
 Do vuestras justas y triunfantes manos,  
 A las naciones den dignos monarcas».

Esto dijo: y bien presto se apresura  
 El trono a merecer, y fe jurada  
 Por tan bravos e ilustres campeones, 3725  
 A su frente marchando a las batallas.

FIN DEL CANTO V

▽△

## Canto VI

*Después de la muerte de Enrique III los estados de la Liga se juntan en París para elegir Rey. Mientras ellos se ocupan en deliberaciones, Enrique IV da un asalto a la ciudad. Disuélvese la Asamblea de los estados. Sus miembros van a combatir sobre la muralla. Descripción de este combate. Aparición de S. Luis a Enrique IV.*

Sacro y antiguo fuero es en la Francia,  
 Que siempre que la muerte sobre el trono  
 Inexorable extienda su guadaña,  
 Y de la augusta sangre de sus Reyes, 3730  
 Tan preciosa a los pueblos y tan cara,  
 En su postrer canal llegue a mirarse  
 Agotada la fuente, en sus ancianas  
 Primitivas franquezas y derechos  
 La Nación quede al punto reintegrada, 3735  
 Pueda un jefe elegir, mudar sus leyes.  
 Órganos los estados de la patria,  
 Nombran entonces Rey, y libre dejan  
 Tal vez su potestad o limitada.  
 Así de nuestros padres, allá un día, 3740  
 Soberanos decretos, a la plaza  
 De Carlomagno regia, remontaron  
 De los Capetos la reinante rama.  
 En su ciego delirio la audaz Liga,  
 Inquieta osó llamar y temeraria, 3745  
 De estos patrios estados a congreso,

Derechos entendiendo que alcanzara,  
 Por un abominable asesinato,  
 De elegirse su Rey, variar su raza,  
 Y el Estado cambiar. De esta manera, 3750  
 Excluir a Borbón más bien pensaba  
 De un trono imaginario al fuerte abrigo,  
 Y entretener mejor así engañada  
 La estolidez del vulgo. Presumía,  
 Que los designios todos de sus tramas 3755  
 Conciliaría un Rey, y que sus fueros  
 Una sanción más sólida lograran  
 Bajo tan sacro nombre, siendo mucho,  
 Por más que injusta fuera y tumultaria,  
 Que de un Rey la elección hecha quedase; 3760  
 Pues fuese al fin quien fuese, suspiraba  
 Por un dueño el Francés, y un Rey quería.  
 Del famoso congreso a la asonada,  
 Con estrépito acuden velozmente  
 Todos aquellos jefes, que obstinara 3765  
 Y un loco y fiero orgullo conducía.  
 Los Nemours y Lorenas, de la España  
 Con el embajador, de Roma el nuncio,  
 Y un furibundo clero, al Louvre marchan,  
 Con su nueva elección, de nuestros reyes 3770  
 Los manes a insultar. El lujo, infausta  
 Producción de las públicas miserias,  
 La asamblea tiránica prepara  
 Con ruidoso esplendor. No aparecían  
 Allí los grandes príncipes. No estaban 3775  
 Los señores en ella más notables,  
 Que del sublime estado y sangre clara  
 De nuestros rancios pares, majestuosos  
 Potentes sucesores, del monarca  
 Sentados a la par y en otros tiempos 3780  
 Del Reino natos jueces, de tan alta  
 Dignidad y poder, ya caducado,  
 Aun rastros y reliquias blasonaban.  
 De nuestros respetables parlamentos  
 Los sabios diputados allí faltan, 3785  
 Que nuestras ya harto febles Libertades,  
 Con valor defendiesen y constancia.  
 De las Lises allí ya el aparato,  
 La insignia no se ve tan ordinaria.  
 De un extranjero fausto todo absorto 3790  
 Se mira al Louvre ya. De honor preparan  
 Al legado de Roma cierta silla.  
 Cerca dél a Mayenne se levanta  
 Magnífico dosel. Bajo él, con pasmo,  
 Grabadas lee el concurso estas palabras. 3795  
 «Príncipes que juzgáis sobre la tierra,

Cuya culpable mano, con audacia  
 Emprendiéndolo todo, nada ahorra,  
 De Valois en la muerte desastrada  
 A reinar aprended a lo adelante». 3800  
 Ya se juntan al fin; ya entre cábalas  
 Con infernales gritos, bandos varios,  
 Retumbar del congreso hacen la estancia:  
 Ya del error la venda ciega a todos;  
 Y ya cierto ambicioso, de las gracias 3805  
 De Roma esclavo vil, a su legado  
 Lisonjas dirigiéndole, declama;  
 Que llegado era el tiempo, en que las lises  
 Rastrasen con terror bajo la tiara.  
 Que en París al instante se erigiese 3810  
 El tribunal sangriento, cuya planta,  
 Invención era digna y monumento  
 Del poder monacal; que allá aceptara  
 El Español, y él mismo ya detesta;  
 Que las aras vengando, las ultraja; 3815  
 Que de sangre cubierto, y circundado  
 De tormentos, de afrentas y de llamas,  
 Quema, infama y degüella a los mortales<sup>51</sup>  
 Con los sagrados filos de su espada;  
 Como si aún tocásemos la horrible 3820  
 La deplorable edad, en que adoraba  
 Unos Dioses la tierra inexorables,  
 Y a quienes sacerdotes de inhumanas  
 Imposturas autores aún más fieros,  
 De aplacar tantas veces se jactaban 3825  
 Con la inocente sangre de los hombres.  
 De la España también, otra vil alma,  
 Por el oro comprada y corrompida,  
 Con avaricia pérfida, su patria  
 Al Íbero vender y entregar quiere, 3830  
 A aquel Íbero mismo, a quien odiaba.  
 Más ya de un poderoso y fuerte bando  
 Unánimes sufragios, en voz alta,  
 De nuestros viejos reyes sobre el trono,  
 Al caudillo Mayenne colocara. 3835  
 Solo un sacro dictado y un carácter,  
 Un título tan solo le faltaba  
 A su vasto poder. De osados votos  
 Orgullosas y altivas esperanzas,  
 En el profundo arcano de su pecho 3840  
 A placer se nutrieran, se cebaran,  
 Y en el supremo honor tan peligroso  
 Del gran nombre de Rey, se saboreaban.  
 A tal resolución, súbitamente  
 Levántase Potier, y la palabra<sup>52</sup> 3845  
 Para hablar al congreso grave pide.

La rígida virtud, sola formaba  
 Su terrible elocuencia. En unos días  
 Del crimen tan infectos, se admirara  
 Siempre justo a Potier, siempre por tanto 3850  
 Respetado y temido. Veces varias,  
 Con varonil constancia la licencia  
 Reprimir se le viera de su saña;  
 Y sobre ellos intacta conservando  
 Su antigua autoridad, mostrar lograra 3855  
 Su error impunemente y su injusticia.  
 Al levantar su voz, murmullos se alzan:  
 Apresúranse a oírle; le rodean;  
 Y al silencio, escuchándole su plaza  
 Cede el motín ruidoso. Así en la nave 3860  
 Que agitaron las olas, acallada  
 Del marinero ya la gritería,  
 Que los aires hiriendo horrorizaba,  
 Sólo el corte se siente de la proa,  
 Que espumante, y en próspera bonanza, 3865  
 Un mar surca calmoso y obediente;  
 Así Potier, dictando leyes sabias,  
 Como un justo entre el pueblo aparecía,  
 Y a su voz el tumulto mudo estaba.  
 «Vos destináis, les dice, el de Mayenne 3870  
 Al puesto soberano. Vuestra falta  
 Reconozco y la escuso a un tiempo mismo.  
 Virtudes en Mayenne así resaltan,  
 Que nunca por demás serán queridas.  
 Yo propio le eligiera, si juzgara 3875  
 Que elegirle podía; más nosotros  
 Ley tenemos; debemos observarla;  
 Y ese héroe tan insigne, si el imperio  
 Pretende, de él indigno se declara».

Con todo el aparato, en este punto, 3880  
 Y la brillante corte de un monarca,  
 Entra Mayenne ya. Potier le mira  
 Sin leve inmutación. «Sí; la palabra  
 En tono del valor más noble lleno,  
 Vuelve a tomar, «Sí, príncipe. No osara 3885  
 Dirigiros mi voz contra vos propio,  
 En nuestro pro común y de la patria,  
 Si menos para ello os estimase.  
 En vano antiguos fueros se proclaman  
 Para elegir hoy Rey. Restan Borbones 3890  
 Que el trono ocupar deban de la Francia.  
 Nacer os hizo Dios harto bien cerca  
 Del augusto lugar de su real rama,  
 Sólo para con gloria sostenerle,  
 Y no para usurparle con infamia. 3895  
 Desde el sombrío seno de los muertos,

Ya ¡esclarecido príncipe! ya nada  
Que reclamar le queda al grande Guisa.  
Sangre, que ya corrió de su monarca,  
Muy bien a sus cenizas bastar debe. 3900  
Si el murió por un crimen, bien vengada  
Su muerte lo fue ya por otro crimen.  
Tomad con el Estado la mudanza,  
Que al Cielo plugo dar. Tan justo enojo  
Fine ya con Valois y su desgracia, 3905  
Puesto que por Borbón no fue la sangre  
De Guisa vuestro hermano derramada.  
El Cielo, el justo Cielo, que oficioso  
Tanto os honra a los dos, tanto os halaga,  
Para haceros eternos enemigos 3910  
Os dio a entrambos virtudes demasiadas;  
Mas yo el murmullo escucho; sonar oigo  
De ese pueblo los gritos, que propalan  
De hereje y de relapso horribles motes.  
De nuestros sacerdotes transportada 3915  
Observo la piedad. Su falso celo  
Viendo estoy, que empuñando mortal daga...  
Deteneos, y oídme ¡Desgraciados!  
¿Cuál es la ley, ejemplo, o infernal rabia,  
Que vuestros homenajes al Ungido 3920  
Del Señor, así estorba y arrebatada?  
¡Qué! ¿De San Luis el hijo, por ventura,  
A sus votos perjuro, se propasa  
A hundir o desquiciar los fundamentos,  
Do nuestro eterno altar se apoya y alza? 3925  
¿Al pie no pide dél, que se le instruya?  
Él las leyes sanciona, observa y ama,  
Cuyo imperio insultáis vosotros mismos.  
Él, sabe entre las sectas más contrarias  
Las virtudes honrar. Él, vuestro culto 3930  
Igualmente respeta, y aun las faltas,  
Y aun los abusos vuestros, al Dios vivo,  
Cuyos ojos del hombre el fondo calan,  
El divino poder y los derechos,  
Que vuestro error se arroga o vuestra audacia 3935  
De juzgar las conciencias, reservando.  
De regiros cual Padre y cual Rey trata;  
Y aun cual mejor cristiano que vosotros,  
A perdonaros viene. Todo se halla  
En libertad con él ¿Y él solamente 3940  
Ser libre no podría? ¿Qué ordenanza,  
Qué ley pudo, o qué fuero constituiros  
De vuestro Rey jueces? ¡Turba airada  
De pastores infieles! ¡Sediciosos  
Indignos ciudadanos! cuán lejana 3945  
Se ve vuestra conducta, cuán ninguna

Vuestra conformidad y semejanza,  
 De la edad primitiva a los cristianos,  
 Que en medio del desprecio, con que odiaban  
 De yeso y de metal ficticios dioses, 3950  
 Sin murmurar jamás, en paz llevaran  
 De príncipes idólatras el yugo;  
 Con sufrimiento heroico y constancia,  
 Sin quejarse jamás ruidosamente,  
 Entre horribles suplicios dan el alma; 3955  
 Y de heridas y sangre llenos todos,  
 A sus mismos verdugos perdonaban,  
 Los atroces martirios bendecían!  
 Estos, a Cristo solos imitaran:  
 Verdaderos secuaces eran suyos: 3960  
 Mi razón, estos solos, otros no halla.  
 Ellos morir solían por sus reyes,  
 Y vosotros, ¡Franceses! con insania  
 Asesináis los vuestros. Si al Dios justo,  
 Cuyo implacable celo tanto exalta 3965  
 Vuestra imaginación, place el castigo,  
 La sangrienta venganza tanto agrada,  
 Sois, en primer lugar, sí, sois vosotros  
 ¡Bárbaros! de quien tiene que tomarla».

Nadie a un discurso osó tan arrojado 3970  
 Dirigir su respuesta. Se quedaran  
 Al escucharlo todos confundidos.  
 Heridas reconocen sus entrañas  
 De los dardos, que en él, tan libremente  
 El ardiente orador les asestara, 3975  
 Fuertes en demasía y penetrantes.  
 Resistían en balde, desechaban  
 En vano de su pecho, ardiendo en iras,  
 El interno terror con que amilana  
 La verdad al malvado; y el despecho 3980  
 Revolvían y el miedo, y agitaban  
 Su oculto pensamiento, cuando al Cielo,  
 Mil voces de repente remontadas,  
 Resonar hacen ya por todas partes,  
 Entre un confuso ruido estas palabras. 3985  
 «Al arma compañeros, sino somos  
 Perdidos sin remedio, al arma; al arma».

Ya del alzado polvo espesas nubes,  
 Del sol la clara luz turban y empañan.  
 De alarmantes clarines y tambores 3990  
 El estruendo marcial, de horror llenaba,  
 Cual precursor acento de la muerte;  
 No de distinto modo, que escapadas  
 De las cuevas del Norte por la tierra,  
 Precedidas de vientos en su marcha, 3995  
 Y del trueno seguidas, de los aires

El espacio oscurando entre las masas  
 De polvo en torbellinos, con violencia  
 Levantadas del suelo en que posaban,  
 Las fuertes impetuosas tempestades, 4000  
 De el Universo corren por las plagas.  
 Era el terrible ejército de Enrique,  
 Que ya de una inacción sobrado blanda  
 Desairado creyéndose, y ardiendo  
 De fresca sangre en sed, se aproximaba; 4005  
 Su espantosa algazara y alaridos,  
 Hacía percibir a una distancia;  
 E inundando los campos, a los muros  
 Del rebelde París se encaminaba.  
 No empleara Borbón unos momentos 4010  
 De crisis tan salubre, en ordinarias  
 De su finado Rey fúnebres honras;  
 Ni en cuidar, que su tumba fuese ornada  
 De inscripciones brillantes, que a los muertos,  
 De los fieros vivientes miras vanas 4015  
 De distinción y orgullo, comúnmente,  
 De su raza a cadáveres consagran.  
 Sus aguerridas manos, las riberas  
 No cargaran del Sena desoladas  
 De altivos mausoleos, do del hado, 4020  
 Y del tiempo a pesar de cuanto arrasa  
 La devoraz injuria, del olvido,  
 Y de la atroz guadaña de la parca,  
 De los Grandes fantásticos del mundo  
 La vanidad frenética triunfaba. 4025  
 Él solo, por su parte, a Valois piensa,  
 En el lóbrego seno de su estancia,  
 Más dignos de su sombra enviar tributos;  
 Vencer sus enemigos en campaña;  
 Castigar sus alevos asesinos; 4030  
 Y hacer feliz su pueblo, ya domada  
 De su audaz rebeldía la fiereza.  
 Al rumor no esperado que sonara  
 De los rudos asaltos, que de Enrique  
 La sitiadora hueste amenazaba, 4035  
 De los Estados juntos, confundido,  
 Disuélvese el congreso y se separa.  
 Mayenne al mismo tiempo, a lo más alto  
 Corre activo y veloz de la muralla.  
 El soldado, alarmándose, reunido 4040  
 A sus pendones vuela, y en voz alta,  
 Con indigno ademán, al Héroe ilustre,  
 Que a París va avanzándose, insultaba.  
 Todo a punto está ya para el asalto.  
 Todo ya a la defensa pronto se halla. 4045  
 No era de turbación en aquel tiempo,

Nuestro París, lo mismo, que así encanta  
 Al dichoso francés en nuestros días.  
 Cien fuertes, que el furor y el miedo alzarán,  
 En menos anchuroso y largo espacio 4050  
 Su recinto interior circunvalaban.  
 Aquellos en el día tan soberbios  
 Pomposos arrabales, cuya entrada,  
 Cuya salida el mundo entero hoy goza  
 A todas horas libre, a todas franca 4055  
 De la paz por la mano, y que avenidas  
 De una ciudad inmensa son ufanas,  
 Do allá a perderse van entre las nubes  
 Mil dorados palacios, no formaban  
 Más que pobres aldeas y abatidas, 4060  
 Que de sombríos muros circundadas,  
 De París dividían anchos fosos.  
 De Levante hacia el lado, al punto avanza  
 Hasta el muro Borbón. Se acerca: llega:  
 La muerte le precede. Ya entre llamas 4065  
 Por el aire silbando vuela el hierro  
 Del altivo bastión de la muralla  
 Y de la brava mano sitiadora;  
 Y las encaramadas torres altas,  
 Los fuertes, que amenazan riesgos tantos, 4070  
 Y los trabajos y obras que los vallan,  
 De tan recia borrasca bajo el golpe  
 Desplomándose todos, se aterraban.  
 Enteros batallones, derrotados  
 Tendidos se ven ya por la campaña, 4075  
 Y aquí y allí dispersos, horrorizan  
 Lejos de ellos sus miembros, sus entrañas.  
 En polvo reducido cae al punto  
 Todo cuanto a tocar el hierro alcanza,  
 Y cada hueste lidia con el rayo. 4080  
 Con menos arte, un tiempo, en las batallas,  
 Los míseros mortales combatiendo,  
 A su violenta muerte caminarán.  
 Con menor aparato, antiguamente,  
 El soldado al degüello se arrojaba. 4085  
 El acero en la mano, era instrumento  
 A su valor bastante, y a su saña;  
 Más de la cruel industria de sus hijos  
 Refinados esfuerzos, arrebatan  
 De las altas esferas celestiales 4090  
 Fulminadores truenos, que abrasarán,  
 Y con horrendo estrépito se oyeron  
 Las bombas reventar, que tanto espantan;  
 Abominables furias, que de Flandes  
 Las fieras turbaciones abortarán. 4095  
 De bronce en duros globos inflamado,

Por el aire el salitre se dilata;  
 Vuela rápidamente; se alza, y cae  
 Con la misma prisión que le encerraba;  
 Rómpela con estruendo, y de su fondo, 4100  
 Con rábido furor la muerte escapa.  
 Aún con arte mayor y más barbarie,  
 Allá en profundas cuevas sepultada,  
 Sabídose ha oprimir la infernal furia  
 De subterráneos rayos, cuya saña 4105  
 Pronta a inflamarse yace. So un camino  
 De aspecto engañoso, do a la matanza  
 Volando ya el soldado, a sus esfuerzos  
 Librárase valiente, se reparan  
 En un instante abiertos mil abismos. 4110  
 Por los aires de azufre se derraman  
 Denegridos torrentes. Batallones,  
 Que en masa un bravo ardor adelantara,  
 De la explosión al golpe sorprendidos,  
 Estos nuevos Vesubios despedazan, 4115  
 Volar hacen en trozos por los aires,  
 O por bocas del suelo enteros tragan;  
 Tan horroroso y grande era el peligro,  
 Que al intrépido Enrique amenazara.  
 Tanto y tan inminente el riesgo fuera, 4120  
 Que arrostrar a su espíritu agradaba.  
 Por medio de ellos todos, de avanzarse  
 Hasta su digno trono, ardía en ansias.  
 Tal tempestad, tras él, bravos desdeñan  
 Sus guerreros, que entre ella, no se pasman, 4125  
 Cuando bajo sus pies se abre el infierno,  
 Y sobre su cabeza el rayo amaga.  
 La Gloria a par del Rey, ante sus ojos  
 Volando va con él. En ella clavan  
 Sus soldados la vista, y por sus sendas 4130  
 Trepando de ella en pos, con firme planta  
 Por los riesgos caminan sin espanto.  
 De este raudo torrente, que avanzaba,  
 Entre furiosas ondas, por su parte,  
 Con un tranquilo paso y grave calma, 4135  
 Impávido no menos que sereno,  
 El prudente Morné también se avanza.  
 Al miedo y al furor inaccesible,  
 Del cañón al estruendo y la descarga  
 Constantemente sordo, y en el seno 4140  
 Conservando del fuego fresca el alma,  
 Con ojos mira estoicos la guerra,  
 Como funesto azote, como plaga  
 Del Cielo, necesaria, aunque espantosa.  
 A do el honor le guía, en tono marcha 4145  
 De filósofo siempre; y si condena

El sanguinario ardor de las batallas,  
 A su príncipe llora, y fiel le sigue.  
 Al terrible camino por fin bajan,  
 Que de sangre un glacis todo regado, 4150  
 Insuperable hacía. Aquí es do exalta  
 Su denodado esfuerzo el gran peligro.  
 De fajina y cadáveres se allana  
 La vasta cavidad del hondo foso.  
 De muertos y de heridos, que arrastraban, 4155  
 Los montones hollando, parten, corren,  
 Precipitadamente se abalanzan,  
 Y a la brecha se arrojan. Solo armado  
 De un acero sangriento, y de una adarga  
 Cubierto, al frente va, la brecha monta 4160  
 El primero Borbón. Monta; y largada  
 A los vientos, sobre ella ya flotando,  
 Su victorioso brazo enarbolara  
 La triunfante bandera de las Lises.  
 Quedan delante dél de pasmo heladas 4165  
 Las huestes de la Liga, a entender dando,  
 Que en su persona a un tiempo respetaban  
 Su Vencedor y Rey. Ellas ya ceden;  
 Más Mayenne al instante lo embaraza,  
 Y su ardor animando con su ejemplo, 4170  
 Nuevamente a los crímenes las llama.  
 Sus fuertes y cerrados batallones,  
 Por do quiera avanzándose, apretaban  
 Al Rey, cuyas miradas, poco había,  
 Que arrostrar no pudieran cara a cara. 4175  
 Sobre el muro, a su lado, la Discordia,  
 A la lid excitando encarnizada,  
 De la caliente sangre en los raudales,  
 Por ella ya vertidos, se bañaba.  
 De los funestos muros combatiendo 4180  
 Más a gusto el soldado, apunta, y lanza  
 De más cerca más cierto y mortal golpe.  
 Desde entonces no juegan, ya no estallan  
 Los truenos no se escuchan de la guerra,  
 Cuyas bocas de bronce, las campañas, 4185  
 De la tierra, los pueblos, tantas veces  
 Por ellos aturcidos, consternaban.  
 Un feroz trabadísimo silencio,  
 Hijo del cruel furor, allí reemplaza  
 De una manera horrible su estampido; 4190  
 Y con ojos de fuego ardiendo en brasas,  
 Y un brazo decidido a todo trance,  
 Por entre el enemigo abrirse alcanza  
 Cada bravo una senda. Por contrarios  
 Esfuerzos de ambas partes, la muralla, 4195  
 De la muerte teatro, y de la sangre

De unos y otros guerreros barnizada,  
 Ya se gana, se pierde y se recobra.  
 En su mano fatal trémula y varia,  
 Cercano de las Lises, de Lorena, 4200  
 La Victoria el pendón aún tremolaba.  
 Por todos puntos ya los asaltantes,  
 Rechazados y rotos se notaran.  
 Cien veces vencedores, y cien otras  
 Vencidos, a un gran piélagos imitaban, 4205  
 De fuerte tempestad cuando impelido,  
 Que la playa hasta donde su ola avanza,  
 En un instante inunda en otro huye.  
 Jamás tan grande el Rey se demostrara  
 Ni su ilustre rival, como en el día 4210  
 De tan feroz asalto. De la vasta  
 Mortandad y la sangre repasando  
 Uno y otro por medio, de su saña,  
 De su valor y espíritu cual dueños,  
 Disponían, obraban, ordenaban, 4215  
 Miraban todo a un tiempo, y conducían  
 Con una sola ojeada, de sus masas  
 Los rápidos y horribles movimientos.  
 La formidable, en tanto, hermosa y brava  
 Flor de las anglos huestes auxiliares, 4220  
 Por Essex al asalto acaudilladas,  
 Bajo nuestros pendones, a este tiempo,  
 Por la primera vez se adelantaba,  
 De servir en la Francia a nuestros reyes,  
 Al parecer confusa y admirada. 4225  
 Ellas a sostener fieras venían  
 El honor y la gloria de su patria,  
 De luchar y morir haciendo alarde,  
 Sobre los mismos muros y campañas,  
 En que ufanos el Sena a sus abuelos 4230  
 Viera un tiempo reinar. La brecha ataca  
 Por el punto, de Essex, en que apostado  
 El intrépido Aumale la guardaba.  
 Ambos rivales, jóvenes brillantes,  
 A porfía compiten, y se igualan 4235  
 En el marcial ardor de que están llenos;  
 Así allá combatiendo nos pintaran  
 En los muros de Troya semidioses.  
 A los dos, de tropel, auxilio daban  
 En contorno sangrientos sus amigos. 4240  
 Galos, Lorenos, Anglos, que tamañas  
 Ira y bravura a un tiempo allí reuniera,  
 Combatían, herían, avanzaban,  
 Y morían matando todos juntos.  
 ¡Ángel, que su furor y brazo guiabas! 4245  
 ¡Sacro Exterminador, que fuiste siempre

De estos trances el árbitro y el alma!  
 ¿De qué héroe, al fin, tomaste la querella?  
 ¿A favor de cuál de ellos, dí, más grata  
 Del Cielo la balanza se ha inclinado? 4250  
 Sitiados y sitiados de igual saña,  
 Borbón, Mayenne, Essex, y el rival suyo,  
 Hacen en igual tiempo igual matanza.  
 El partido más justo, finalmente,  
 Victorioso consigue la ventaja. 4255  
 Triunfa al cabo Borbón rompiendo paso.  
 Ya más no le resisten fatigadas  
 De la Liga las tropas, que aturdidas,  
 Ceden, y le abandonan la muralla.  
 Así como caer se ve un torrente 4260  
 Del Pirineo allá de cimas altas,  
 Que del valle en la hondura, amenazando  
 Las ninfas extravía consternadas,  
 Y encontrando en su curso fuertes diques,  
 Que al furor de sus olas levantarán, 4265  
 El impetuoso choque un tanto enfrenan;  
 Pero bien prontamente ya arrasadas  
 Sus débiles barreras, más pujante,  
 Ante sí y a muy lejos, lleva, arrastra  
 El estruendo, la muerte, y el espanto; 4270  
 De raíz, al pasar, violento arranca  
 Las encinas altivas y orgullosas,  
 Que cien recios inviernos desafiaron  
 A los cielos tocando, y desprendiendo  
 Del pendiente breñar de la montaña 4275  
 Enormísimas peñas, los rebaños  
 Fugitivos persigue en las campañas;  
 Así, Borbón, del alto de los muros,  
 Que humeando aun se apoderara,  
 A paso y con furor precipitado, 4280  
 Al campo de batalla se abalanza,  
 Y con segur cayendo fulminante  
 Sobre aquellos rebeldes, los segaba  
 Cual la colmada mies siega el colono. 4285  
 Los Dez y seis, temblando a justas sañas  
 Del brazo vengador, ya por el miedo  
 Dispersados y atónitos, se escapan.  
 Manda, por fin, Mayenne, que las puertas  
 Al triunfador Borbón al punto se abran. 4290  
 Entra el Héroe en París con sus cohortes.  
 El hacha en una mano, en otra el arma,  
 Vuelan los vencedores, y de sangre  
 Por tintos arrabales se derraman.  
 Del soldado sin freno la bravura,  
 Tornándose en brutal y feroz rabia, 4295  
 Todo lo lleva a saco, sangre y fuego.

Enrique no lo ve. Raudos picaban  
 Sus ímpetus la fuga, a que, a sus ojos,  
 Con sobrada vergüenza se entregara  
 El deshecho enemigo. Le transporta 4300  
 Su valor, y su gloria le inflamaba.  
 Salta los arrabales; y a la puerta  
 Avanzándose airado, «¡Camaradas!  
 Acá con esa llama y ese hierro.  
 Venid, volad, montad esa muralla, 4305  
 Que orgullosa y tenaz aún nos resiste».

Estas voces apenas pronunciadas,  
 A los ojos de Enrique se presenta,  
 Del fondo de una nube remontada,  
 Un fúlgido fantasma, cuyo talle, 4310  
 Cual majestuoso dueño, que comanda  
 A todos los soberbios elementos,  
 En las alas del viento se acercaba  
 Bajando hacia Borbón. Vivas centellas  
 De la divinidad, su frente ornaban 4315  
 De una inmortal belleza. De ternura  
 Sus ojos y de horror llenos resaltan.  
 «Detente, al punto exclama, demasiado  
 Infeliz vencedor ¿tú la morada,  
 Tú la inmortal herencia de cien reyes 4320  
 Tus augustos mayores, a las llamas,  
 Al pillaje y la muerte entregar osas,  
 Tus tesoros, mis templos, y la patria;  
 Degollar tus vasallos; y sus vidas  
 Por parricidas manos agotadas, 4325  
 Reinan sobre cadáveres y escombros?  
 Detente, le repite». A estas palabras,  
 Aún más que el trueno fuertes, cae en tierra,  
 Y aturdido el soldado el botín larga.

De aquel ardor Enrique todo lleno, 4330  
 Con que la lid su pecho aún agitaba,  
 A un proceloso mar se parecía,  
 Que murmurando ruge aun cuando calma.  
 ¡O fatal morador, dice, de un mundo,  
 Que del hombre a la vista se recata! 4335  
 Declárame, si quieres, te suplico,  
 Lo que a anunciarme viene tu embajada  
 En mansión tan sangrienta y horrorosa».

De una suave, entonces, dulce gracia,  
 Estos llenos acentos, ha escuchado. 4340  
 Yo soy el Rey feliz, a quien en aras  
 Cultos la Francia rinde. Soy el Padre  
 De los Borbones, tuyo, y de tu causa  
 El justo protector; el Luis, que un tiempo  
 Combatió como tú; cuya fe santa 4345  
 Tu dócil corazón con desdén mira;

Aquel Luis, en fin, que tanto te ama,  
 Y con lástima admira. Vendrá el hora  
 En que a ese trono, Enrique, de la Francia,  
 De Dios mismo la mano te remonte. 4350  
 En París, vencedor, harás tu entrada,  
 Aunque de tu clemencia en digno premio,  
 No dél de tu valor y tus hazañas.  
 Dios mismo es, hijo caro, si, Dios mismo  
 Es quien de esto te instruye, y quien me manda». 4355  
 De gozo a tales voces, aquí el héroe  
 Tiernas y dulces lágrimas derrama.  
 Extinguido ya el fuego de su enojo  
 Deja en su corazón una paz santa.  
 Suspira, exclama, adora de rodillas, 4360  
 Y de un horror divino absorta el alma,  
 A la sagrada sombra gratos brazos  
 Tres veces con afán ardiente alarga,  
 Y tres veces su padre se le huye,  
 Y le burla, cual nube, que arrebatada 4365  
 La impetuosa violencia de los vientos.  
 De la altura, entre tanto, descollada  
 Del formidable muro, en armas puesta  
 Aquella inmensidad confusa y vasta  
 De un pueblo alborotado y de una Liga 4370  
 En que las clases todas se mezclaran  
 De jefes, ciudadanos y soldados,  
 Franceses y extranjeros, granizaba  
 Contra el Rey, animosa, hierro y fuego.  
 La virtud del Altísimo, brillaba 4375  
 Derredor de su frente, y de los dardos,  
 Que contra él de intento se arrojaban,  
 La tempestad desvía. El riesgo entonces  
 Llegó Enrique a probar, en que bajara  
 De los Borbones a salvarle el Padre. 4380  
 A París y sus pueblos contemplaba  
 Con tan tranquilos ojos como mustios.  
 «¡Franceses, exclamó, ¡ciudad infausta,  
 Ciudadanos ilusos e infelices,  
 Pueblo feble y sin fe! ¿cuando acabadas 4385  
 Esa audacia serán y loco empeño,  
 De combatir así vuestro Monarca?».  
 A la manera, entonces, que el gran astro  
 De las luces autor, ya completada  
 Su abrasante carrera, con un fuego 4390  
 Lucir se ve más dulce, allá a la raya,  
 Del remoto Occidente, do más grande  
 A los ojos parece, que se escapa  
 Lejos ya de nosotros; así lejos  
 También ya de París y sus murallas, 4395  
 El Héroe se retira, el alma llena

Del Rey santo y del Dios, que le enviaba.  
 Hacia Vincenes marcha, en que allá un día,  
 Justas leyes al Pueblo pronunciara,  
 De una encina, el Gran Luis, al pie sentado. 4400  
 ¡Cuanta fue, desde entonces, tu mudanza,  
 O Vincenes, paraje amable un tiempo!  
 Tú, no eres hoy ya más, que abominada  
 Negra prisión de Estado, viejo fuerte<sup>53</sup>,  
 De despecho lugar, do veces tantas, 4405  
 A despeñarse vienen y sumirse,  
 De cumbres del poder y la privanza,  
 Arrogantes ministros y magnates,  
 Que allá un día lucieran y tronaban  
 Sobre nuestras cabezas, y viviendo 4410  
 De la corte entre escollos y borrascas,  
 Por un hado inconstante, de opresores  
 A oprimidos pasar se les miraba,  
 Y a humillados no menos de soberbios,  
 Siendo el horror del pueblo veces varias, 4415  
 Y otras, siendo su amor. Del Occidente,  
 Do se forman las sombras, ya se avanza  
 A desplegar la noche el negro manto  
 Sobre el triste París, y así recata  
 Al mísero mortal, en tan sangrienta 4420  
 Horrorosa mansión, fieras batallas,  
 Y tendidos cadáveres, que ha visto  
 La luz de un día fúnebre turbada.

FIN DEL CANTO VI

▽△

## Canto VII

*San Luis transporta a Enrique IV en espíritu al cielo y a los infiernos. Le hace ver allí el palacio de los destinos, su posteridad, y los grandes hombres que debía producir la Francia.*

Del divino Hacedor la providencia,  
 Con piedad infinita, a males tantos, 4425  
 Como esta vida amargan lastimera,  
 Por aplicar consuelos que la alienten,

Dejarnos, generosa, quiso en ella  
 Dos benéficos seres, para siempre  
 Amables habitantes de la tierra, 4430  
 Que fuesen nuestro alivio en las fatigas,  
 Y tesoro insondable en la indigencia.  
 El blando Sueño es uno. La Esperanza  
 Consoladora es otro. Cuando llegan  
 A probar los mortales, de su cuerpo 4435  
 Lánguido y abatido la flaqueza;  
 Luego que ya sus órganos rendidos,  
 Sin tono sus resortes y sin fuerza,  
 Desfallecer se sienten, con la calma  
 Más saludable, entonces, y serena, 4440  
 De su naturaleza acude el uno,  
 Al socorro feliz, que la recrea,  
 Consigo al mismo tiempo, un grato olvido  
 Llevándole de cuitas que la aquejan.  
 Nuestros deseos siempre, el otro, inflama. 4445  
 Del hombre el corazón siempre alimenta;  
 Y aun cuando nos engaña, con placeres  
 Nos brinda verdaderos y sustenta;  
 Sin que al mortal querido, a quien el Cielo  
 Propicio se lo envía, jamás pueda 4450  
 Inspirar falsos gozos. De Dios nuncio,  
 Su apoyo entonces trae y sus promesas,  
 Y es tan puro e infalible como él mismo.  
 Requíérelos Luis. De Enrique cerca  
 Al uno y otro llama. «Venid, dice, 4455  
 A mi hijo acostaos, fiel pareja»;  
 Y el apacible Sueño, que le escucha  
 De la secreta hondura de sus cuevas,  
 A las frescas umbrías blandamente  
 Su paso enderezando, a Enrique encuentra, 4460  
 Y del viento, a su vista, calla el silbo,  
 Y el inquieto murmullo se sosiega.  
 Los fortunados Sueños, hijos caros  
 De la Esperanza, en torno revolean  
 Del durmiente, y al Héroe en fin cubriendo 4465  
 Con su amapola, oliva y laurel mezclan.  
 Su diadema, Luis, tomando entonces,  
 Del Vencedor, él mismo, en la cabeza  
 Colócala, y le dice. «Reina, triunfa,  
 Y sé en todo hijo mío. Ya en ti resta 4470  
 Cifrada únicamente la esperanza  
 De mi linaje todo: pero piensa  
 Que el trono no es, Borbón, no es lo bastante.  
 De los presentes todos, de la herencia  
 De Luis, lo más leve, no lo dudes, 4475  
 Lo menos importante, es su diadema.  
 Es un laurel amargo y marchitable,

Una gloria es, Enrique, muy pequeña,  
 La de Conquistador, de Rey, y de Héroe.

A no alumbrarte el Cielo, nada hubiera 4480  
 Hecho aún en pro tuyo. Esos honores,  
 Esa mundana pompa, todo queda  
 En un estéril bien, que frágil premio  
 A virtudes humanas sólo prestan.

Brillo arriesgado son, que pasa y huye 4485  
 A par de la inquietud, su compañera,  
 Y que presto, por fin, la muerte acaba.  
 Otras glorias, Borbón, más duraderas,  
 Otro imperio más sólido y estable,

Más para tu instrucción, que recompensa, 4490  
 A descubrirte voy en este día.  
 Ven: obedece, y sígueme por sendas,  
 Que nuevas te serán. Al alto seno  
 De la Divinidad conmigo vuela

Y llena, hijo dilecto, tus destinos». 4495  
 Así dice: y con rápida presteza,  
 En un carro, uno y otro, luminoso,  
 Los campos de los aires atraviesan;  
 No de distinto modo, que en la noche,

Del un polo hasta el otro de la tierra, 4500  
 Correr se ven relámpagos y rayos,  
 Que la atmósfera hienden; y a manera,  
 Que muy lejos allá de su alta cima,  
 Admirada y confusa vio esta esfera,

Como ardorosa nube arrebatada 4505  
 De Eliseo a los ojos, la presencia  
 Del Señor, elevándole en carroza  
 De fuego celestial en llama envuelta.  
 En el brillante centro de ese espacio,

Do en la noche la vista absorta observa 4510  
 Esos etéreos globos, que matizan  
 Del cielo, con su luz, la región bella,  
 Globos, que ya ocultarnos no han podido  
 Su curso y sus distancias, la lumbrera

Luce mayor del día, que la mano 4515  
 Encendió de Dios propio, y de sí misma  
 Sobre su eje inflamado en torno rota.  
 Sin fin de luz torrentes parten de ella,  
 Y color: al mostrarse, aliento y vida

Derrama en la común naturaleza. 4520  
 Los días y estaciones de los años,  
 A los diversos mundos, que le cercan,  
 Flotando en su contorno, distribuye.  
 Sujetos estos astros a las reglas

Que su armonía fundan, y a las leyes 4525  
 Que precisan su giro y los apremian,  
 Mutuamente se atraen incesantes,

Incesantes se evitan y se alejan;  
 Y sirviéndose a un tiempo entre sí mismos  
 De un apoyo perpetuo y norma cierta, 4530  
 Recíprocos se envían y traspasan  
 La clara luz que aquél a todos presta.  
 Más allá de su curso, allá muy lejos,  
 En espacio en que nada la materia,  
 Y que Dios solo abraza, inmensos soles, 4535  
 Grandes mundos, sin fin la permanencia  
 De su morada fijan luminosa.  
 Por un piélago tal de luz excelsa,  
 De tan glorioso Padre al mortal hijo  
 Franquear plugo a Dios sublime senda. 4540  
 Aún más y más allá de cielos tantos,  
 De ellos formó el Señor su residencia.  
 Aquí ha sido, a do el Héroe fue siguiendo  
 Su conductor celeste. Aquí se crean  
 Los diversos espíritus que animan 4545  
 Nuestros mortales cuerpos, y que pueblan  
 Del universo mundo las regiones.  
 De la muerte a los cortes, por fin, sueltas  
 De su prisión grosera nuestras almas,  
 Engolfadas aquí por siempre quedan. 4550  
 Inexorable Juez e incorruptible,  
 Aquí trae a sus pies, aquí congrega  
 Los espíritus todos inmortales,  
 Que su divino soplo a bien tuviera  
 A su imagen crear. El Ser es este, 4555  
 Que infinito se ignora y se confiesa,  
 Y a quien bajo de nombres los más varios,  
 Sirve toda nación y reverencia.  
 Él desde el alto Empíreo escucha atento  
 Nuestros humildes votos y querellas. 4560  
 Él de nuestros errores disimula,  
 Y con lástima el cúmulo contempla,  
 No menos que la idea y los retratos,  
 Llenos de insensatez y de indecencia,  
 Que del hombre curioso, en sus delirios, 4565  
 La mísera ignorancia y la soberbia,  
 De su sabiduría incomprensible  
 Con sobrada piedad audaz inventa.  
 La Muerte, cerca dél, pensión del hombre,  
 Y del Tiempo fugaz hija funesta, 4570  
 De la mansión efímera y penible  
 Del Universo entero, a sus pies lleva  
 Los habitantes todos, no exceptando  
 Clase, edad, ni nación. Él allí mezcla  
 A un tiempo con los Bonzos los Bracmanes, 4575  
 Discípulos profanos del sistema  
 Del filósofo chino el gran Confucio.

Con ellos también trae a su presencia,  
 Los fieles misteriosos sucesores  
 De los antiguos sabios de la Persia, 4580  
 Que aún en secreto adictos a Zoroastro,  
 Con ciega obstinación siguen su escuela.  
 Pálidos moradores de las frías  
 Regiones, do los témpanos congelan  
 Y esos piélagos sitian hiperbóreos, 4585  
 Y los que allá, de América en florestas,  
 Son errantes y míseros esclavos  
 Del invencible error. A la derecha  
 Busca en balde de Dios, con vista vaga,  
 Atónito el Dervís a su profeta: 4590  
 Y con ojos no menos penitentes  
 Que sombríos, en vano allí se precia  
 De sus votos el Bonzo y sus tormentos.  
 Al instante ilustrados, allí esperan  
 En silencio estos muertos y temblando, 4595  
 De su eterno destino la sentencia;  
 Y Dios, que a un mismo tiempo lo ve todo,  
 Lo escucha y lo conoce, o los condena,  
 O los absuelve de una sola ojeada.  
 No se dirige Enrique, no se acerca 4600  
 Hasta el lugar aquel, trono invisible,  
 De donde a cada instante parten rectas  
 Del tremebundo Juicio de Dios propio,  
 Aquellas decisiones sempiternas,  
 Que de mortales tantos preveer osa 4605  
 El indiscreto orgullo y la demencia.  
 «¿Cual será, Borbón diz, consigo hablando,  
 Cual de Dios la balanza justiciera  
 Sobre aquestos ilusos o ignorantes?  
 ¿Castigarlos él, porque tuvieran 4610  
 Distráídos sus ojos o cerrados  
 A aquella misma luz, que le pluguiera  
 De ellos tanto arredrar? ¡Qué! ¿Dios podría,  
 Cual un Señor injusto, sin fin penas  
 Por la ley del cristiano fulminarles, 4615  
 De que nunca han podido haber conciencia?  
 Pero no: Dios crionos. Él sin duda,  
 Salvarnos quiere a todos. Él enseña,  
 Él, por todo nos habla, y él en todo  
 Humano corazón, sin diferencia, 4620  
 De la naturaleza la ley graba;  
 Ley siempre pura y fiel, siempre una mesma.  
 Por esta ley, sin duda, al gentil juzga;  
 Y si un alma en su error abrigó buena,  
 Cualquier gentil también cristiano ha sido». 4625  
 En tanto, que del Héroe así se arriesga  
 La confusa razón, sobre un misterio

A fijar sus miradas indiscretas;  
 Al pié se deja oír del mismo trono  
 Una voz, a la cual, el Cielo tiembla, 4630  
 Y del Orbe los ejes se estremecen.  
 Sus terribles acentos se asemejan  
 A los del trueno aquel, que ha retumbado  
 Sobre el monte Sinaí, cuando a la tierra  
 Desde su cumbre un tiempo Dios hablara. 4635  
 Para oírla las harpas mudas quedan  
 De su coro inmortal, y a repetirla  
 En su curso los astros se dan priesa.  
 «Guárdate temerario, de guiarte,  
 De tu sola razón por turbia estrella. 4640  
 Dios para amarle sólo te ha criado,  
 Y no para que osado te atrevieras  
 A querer comprender sus altos juicios.  
 Invisible a tus ojos, con fe ciega  
 Reine en tu corazón. Él la injusticia 4645  
 Confunde riguroso; y si dispensa  
 Al no advertido error de los mortales,  
 Con paternal dulzura su indulgencia,  
 También juzga y castiga el voluntario.  
 Abre mortal los ojos, cuando llegan 4650  
 Los rayos de su luz a iluminarte».

En este instante, Enrique, por la fuerza  
 De un recio torbellino arrebatado,  
 De aquel inmenso espacio la carrera  
 Veloz atravesando, a una morada 4655  
 Transportado se vio la más negra,  
 Más informe, selvaje, y horrorosa,  
 Del caos primitivo especie horrenda,  
 Impenetrable siempre, cual de hierro,  
 A los brillantes rayos y centellas 4660  
 De aquellos soles todos, que fulgentes,  
 Del Altísimo son obras maestras,  
 Y como él bienhechoras. Sobre suelo,  
 Que espantoso los ángeles detestan,  
 El germen no ha querido de la vida 4665  
 Derramar nunca Dios. La Muerte fiera,  
 Ella sola, el Horror con el Desorden  
 Y eterna Confusión, la residencia  
 De su lóbrego imperio allí parecen  
 Haber establecido. ¡Qué querellas! 4670  
 ¡Qué de aullidos, O Dios, tan espantables!  
 ¡Qué torrentes de humo, y qué de hogueras!  
 «¿Qué formidables monstruos, Borbón dice,  
 Vuelan por estos climas? ¿Qué cavernas  
 Se entreabren encendidas a mis plantas?». 4675  
 «A tu vista: ¡hijo mío! están las puertas  
 Del perdurable abismo, que la mano

Excavó de Dios propio justiciera,  
 Para eternal estancia del Delito.  
 Ven, hijo mio; sígueme. Las sendas, 4680  
 Fáciles por demás, anchas y llanas,  
 Están de esa mansión por siempre abiertas».

Y de súbito al pórtico caminan  
 Del horroroso Infierno, do se encuentra<sup>54</sup>  
 Verdinegra la Envidia, que al obscuro, 4685  
 Con torva vista de través ojea,  
 Y de su horrenda boca mil venenos  
 Arroja de laurel sobre diademas.  
 El resplandor del día, entre las sombras,  
 Sus centellantes ojos atormenta. 4690  
 Triste amante de muertos, a los vivos  
 Con maléfico horror mira y detesta.  
 Percibe el monstruo a Enrique, y asustada,  
 Se desvía y suspira. Cerca de ella,  
 El Orgullo se admira y se complace. 4695  
 Con mirar abatido, y faz cubierta  
 De una amarilla tez, desmadejada,  
 Allí renquea enclenque la Flaqueza;  
 Tirana, que a los crímenes cediendo,  
 Las virtudes destruye o desalienta. 4700  
 Altanera, feroz, y sanguinaria  
 La Ambición, deslumbrada, loca e inquieta,  
 De panteones, de tronos y de esclavos  
 Por do quiera rodeada, allá se ostenta.  
 La blanda Hipocresía, con sus ojos 4705  
 De dulzura colmados y terneza,  
 El Cielo muestra en ellos, y el Infierno  
 De su pecho en el fondo oculto lleva.  
 Su bárbara doctrina, sus furores,  
 Sus máximas impías y sangrientas 4710  
 Por do quiera pregona el Celo falso;  
 Y el Interés, por fin, pasión funesta,  
 De los crímenes todos fatal madre,  
 Por entre aquellos monstruos serpentea.  
 Del mortal corrompido estos tiranos 4715  
 Sin pudor y sin freno, a la presencia  
 Sorpréndense de Enrique y se confunden.  
 No le vieran jamás. Tan vil ralea,  
 Jamás de su alma noble, que nutrida  
 Fuera por la Virtud, cerca estuviera. 4720  
 ¿Qué mortal, se decían, por un justo  
 Del Cielo conducido, aquí se llega  
 A insultarnos aún y perseguirnos  
 En esta inmensa noche, de horror llena?  
 De espíritus inmundos por en medio, 4725  
 Avanzábase absorto a marcha lenta  
 Bajo profundas bóvedas el Héroe.

Luis su paso guía. «Más... ¡que observa  
 Mi vista, Cielo santo! ¡El asesino  
 De Valois! ¿Monstruo tal, tan atroz fiera, 4730  
 Se presenta a mi vista, excelso Padre?  
 Él empuñado aún, sangriento lleva  
 El parricida acero, que en su mano,  
 A poner, sedicioso, se atreviera  
 El villano y anárquico consejo 4735  
 De aquellos Dez-y-seis ¡oh Providencia!  
 Mientras que allá en París, de un clero indigno  
 La piedad más sacrílega y cruenta,  
 De retratos del pérfido se atreve  
 A afrentar sus altares; que allá ciega 4740  
 Le invoca ya la Liga, y que, al fin, Roma  
 Le ensalza por su parte y loor le presta,  
 Entre horrores aquí, y entre tormentos,  
 El infierno, más justo, le reprueba».  
 «Hijo mio, Luis dícele entonces, 4745  
 Otras más justas leyes y severas,  
 En el lugar, que miras, a los reyes  
 Persiguen y magnates. Mira aquella  
 Multitud de tiranos y opresores,  
 A quienes allá en vida se les dieran 4750  
 Adoraciones mil. Cuanto más fieros  
 Y potentes el mundo los sufriera,  
 Tanto más el Dios justo los humilla,  
 Penando en este puesto la insolencia  
 Ya de sus propias obras, ya de cuantas 4755  
 Dejaron sin vengar, o tal vez fueran  
 Por ellos permitidas. Ya la muerte  
 Riquezas les ha robado pasajeras,  
 Los placeres, el fausto, y del infame  
 Venal adulador las complacencias, 4760  
 Que a sus ojos de orgullo fascinados,  
 La verdad ocultaban con destreza.  
 Esta verdad, Enrique, es la que ahora  
 Su suplicio aquí labra, la que expuesta  
 A su vista está siempre, y que sus vicios 4765  
 Y sus crímenes todos les recuerda.  
 Mira como a su voz esos soberbios  
 Vanos conquistadores, mudos tiemblan.  
 A los ojos del pueblo fueron héroes;  
 A los de Dios tiranos, plagas fieras, 4770  
 Del Orbe entero azotes, que lo afligen  
 Con bárbara crueldad; truenos, centellas  
 Que un día fulminaron, los abisman,  
 Y aquí por fin al mundo a su vez vengán».  
 Oscura galería cerca de ellos 4775  
 De reyes indolentes se presenta;  
 Fantasmas del poder sobre unos tronos,

Que envilecen sus vicios y pereza.  
 Cabe ellos, ansí mismo, el Gran Enrique  
 Sus ministros despóticos contempla 4780  
 Y con horror mayor, de sus delitos  
 En tan digno lugar, a mirar llega,  
 Siniestros y venales consejeros,  
 Cuyas avaras miras e impudencia,  
 Las más sagradas leyes y costumbres 4785  
 Sórdidas corrompiendo, en almoneda  
 Exponer las primeras atentaron,  
 De Temis y de Marte, con afrenta,  
 El ministerio augusto y los honores,  
 Puras e inestimables recompensas 4790  
 Del mérito y virtud de nuestros padres.  
 «¿Y habitaréis también región tan fea,  
 ¡Dulces, febles y mansos corazones,  
 Que de mirto, arrayán y flores bellas  
 En muelle y grato lecho recostados, 4795  
 Sin hiel alguna amarga y sin fiereza,  
 Entregados tan solo a los placeres,  
 En el ocio pasáis y negligencia,  
 Vuestros días inútiles, hilados  
 Por las sensuales manos y halagüeñas 4800  
 De la afeminación y la delicia?  
 ¿Confundidos seréis, en esta escena,  
 Con turbas de malvados ¡o vosotros,  
 Benéficos mortales, de la excelsa  
 Virtud fieles amigos! que de duda 4805  
 Por tan solo un instante o de flaqueza  
 Agostado por siempre habéis el fruto  
 De años tantos de mérito y prudencia?».

No pudo el generoso y tierno Enrique  
 Tener aquí sus lágrimas. «Si en esta 4810  
 Del horror, exclamó, mansión opaca,  
 Verdad es, que a parar a hundirse vengan  
 Cada instante, sin número infelices<sup>55</sup>  
 De nuestra humana raza, y siempre llenas  
 De molestia y dolor sus breves horas, 4815  
 Sin recurso ni fin de pena inmensa  
 Seguidas han de ser, ¿La luz del día  
 No haber visto jamás mejor no fuera?  
 ¡Dichosos en tal caso los mortales,  
 Si de sus madres antes perecieran 4820  
 En el infausto vientre; o si al Dios ese,  
 Que tan severo pintan, le pluguiera  
 Al hombre arrebatarse, sobrado libre  
 Para no obedecerle, esa funesta  
 Infeliz libertad, ese albedrío!». 4825  
 «No, responde Luis, no Enrique creas,  
 Que esas víctimas tristes, que así lloras,

Penas aquí jamás sufran que excedan  
 Del crimen la medida; que el Dios justo,  
 Que ha creado los hombres, placer tenga 4830  
 En desgarrar, cruel, la inmortal obra  
 De su mano y poder por excelencia.  
 Si es infinito Dios, principalmente  
 Eslo, Enrique, en sus premios y clemencias:  
 Pródigo de sus dones, sus venganzas 4835  
 Economiza blando; y si quimeras  
 Le pintan de los hombres, como ejemplo  
 De implacables tiranos, él se muestra  
 Un Dueño aquí benigno, un Padre amante  
 Que sus hijos corrige solamente. 4840  
 Su mano vengadora y justiciera,  
 Con piedad inefable, del castigo  
 Embota dulcemente las saetas.  
 Su bondad no sabría los momentos  
 En que del hombre cae la miseria, 4845  
 Ni sus rápidos gustos y deleites,  
 Que inquietudes y tedios siempre infectan,  
 Y que de leves culpas o veniales  
 En limitados términos se encierran<sup>56</sup>,  
 Castigar con tormentos tan atroces, 4850  
 Que, como él mismo, término no tengan».

Esto de Enrique el Padre excelso dijo:  
 Y al instante, con rápida presteza,  
 A los faustos lugares vuelan ambos,  
 Donde feliz habita la inocencia. 4855  
 Aquí no existe ya de los Infiernos  
 La lobreguez horrible. De la inmensa  
 Inmortal claridad día el más puro,  
 En tan bellas regiones luce y reina.  
 Velas Enrique apenas, y a su aspecto, 4860  
 Pasar al alma siente una paz nueva,  
 Una extraña alegría. Las pasiones,  
 Los cuidados allí jamás inquietan  
 Del hombre el corazón. Allí morando,  
 Derrama liberal a manos llenas 4865  
 El tranquilo Deleite, con sus gracias,  
 Dulzuras mil benéficas y tiernas.  
 En estos climas es ¡o Amor! en donde  
 Todo tu dulce imperio experimenta.  
 No es este aquel amor, que inflamar suele 4870  
 La mundana molición. Es una bella,  
 Una divina antorcha, y del más santo,  
 Más limpio y puro fuego sacra tea.  
 El hijo es de los cielos noble y puro,  
 Que a conocer no alcanza acá la tierra. 4875  
 Déj solo sin hastío para siempre  
 Aquí las almas todas están llenas,

Que gozando incesantes de las dichas,  
 Incesantes, a un tiempo, las desean.  
 De un eternal ardor en suaves llamas, 4880  
 Delicias sin pesares las afectan,  
 Gozan sin inquietudes del reposo.  
 Reinando aquí con gloria verse dejan  
 Los príncipes virtuosos, que del mundo  
 Produjeron, tal vez, felices eras. 4885  
 Los héroes verdaderos aquí moran.  
 Los verdaderos sabios aquí alientan.  
 Sobre un trono sentados de oro puro  
 Del Cielo en lo más alto de la esfera,  
 El grande Clodoveo y Carlomagno, 4890  
 Con oficioso amor atentos velan  
 Del sagrado oriflama de la Francia  
 Sobre el ilustre imperio. Los que fueran  
 Más émulos y fieros adversarios,  
 Como amantes hermanos se contemplan, 4895  
 Desque reunidos son en tal morada.  
 Luis doce, el Prudente, en la floresta  
 Descuella de los reyes, cual el cedro,  
 Y le impone su ley. La Providencia,  
 Propicia a nuestros padres, de los Cielos 4900  
 Les regaló este Rey, que acata y sienta  
 Consigo sobre el solio la justicia.  
 Él dispensó benigno su indulgencia;  
 Sobre los corazones ha reinado;  
 Y del pueblo las lágrimas, que riegan 4905  
 Sus míseros hogares, pío enjuga.  
 De Ambois a sus pies su gloria eleva<sup>57</sup>:  
 Fiel ministro, que amó la Francia solo,  
 Y que solo también fue amado de ella.  
 De su Rey tierno amigo, en su alto puesto, 4910  
 Jamás sus puras manos se le viera,  
 De los pueblos en sangre ni en rapiñas  
 Manchar con injusticia ni vileza.  
 ¡Oh no imitados tiempos! ¡o costumbres  
 Dignas de un acordar, que al tiempo exceda! 4915  
 El Pueblo era feliz. Su Rey dilecto,  
 De la más alta gloria se cubriera.  
 De sus amables leyes, dulces frutos  
 Gozaba el ciudadano. ¡Ah! Vuelvan, vuelvan  
 Bajo un otro Luis días tan faustos! 4920  
 Guerreros, a lo lejos, se le ostentan,  
 Pródigos generosos de sus vidas,  
 Cuyos valientes pechos encendiera  
 El sagrado deber y no la furia.  
 Tales De Foix, Tremvill, y Clison eran<sup>58</sup>. 4925  
 Tal era Montmorenci; y el que un día  
 Osado destructor de reyes fuera

E ilustre vengador, Gueselin: y el fiero<sup>59</sup>  
 El virtuoso Bayardo; y tú, ¡o afrenta  
 Del Britano, bravísima Amazona<sup>60</sup>, 4930  
 Que del trono francés sostén hicieran!  
 «A estos fuertes varones, dice el Padre,  
 A estos héroes, que aquí de cerca observas  
 Ya en el Cielo morando, y que allá ilustres  
 Habitantes un día de la tierra, 4935  
 Sus ojos deslumbraron, fueles cara  
 La virtud cual a ti; más de la Iglesia  
 Hijos fieles, la amaron como madre.  
 Su dócil corazón, con fe sincera  
 Buscó siempre, Borbón, la verdad santa. 4940  
 El mío fue su culto. ¿Porque dejas  
 De seguir sus heroicos ejemplos?».  
 Con lastimosa voz a Enrique apenas  
 Esto de amonestar Luis acaba,  
 Cuando delante de ambos, con sorpresa, 4945  
 Los celestes palacios del Destino  
 Súbito se aparecen. Luis ordena,  
 Que a sus sagrados muros marche Enrique;  
 Y al momento de bronce sus cien puertas  
 A sus absortos ojos quedan francas. 4950  
 Sobre rápidas alas, nunca quietas,  
 Con insensible vuelo, el fugaz Tiempo  
 De aquel alcázar huye, y en él entra,  
 Y sin cesar un punto, a sembrar parte  
 Sobre el suelo mortal, a manos llenas, 4955  
 El cúmulo de males y de bienes,  
 Que asignar al Destino le pluguiera.  
 Sobre un altar de duro y bronco hierro,  
 Un libro indescifrable allí se muestra,  
 Do de lo porvenir constantemente 4960  
 La irrevocable historia se escribiera.  
 Con presciencia infinita, del Eterno  
 La mano en él cifró las ansias nuestras,  
 Y los graves pesares, con los leves  
 Placeres de la vida. A esa soberbia 4965  
 Esclava Libertad, vese allí mismo  
 Por invisibles lazos prisionera.  
 Bajo un yugo escondido a los humanos,  
 Y que nada jamás habrá que pueda  
 Romper ni sacudir, a su alto arbitrio 4970  
 Sabe su autor divino someterla;  
 Más sin tiranizarla, asida estando  
 Y a su suprema ley tanto más presa,  
 Cuanto perpetuamente está a sus ojos  
 Con misterio escondida su cadena, 4975  
 Y cuanto aun ella misma, obedeciendo,  
 Por su elección procede, delibera,

Y a los propios destinos, veces varias  
 Ella misma su ley dictarles piensa.

«¡Hijo mío Borbón! el Padre dice, 4980  
 La morada estás viendo, do dispensa  
 A los hombres, la Gracia, y sentir hace  
 Eficaces auxilios. De esta esfera,  
 De esta celeste estancia, es de do un día,  
 De su triunfante luz una centella, 4985  
 Descenderá a abrasarte, a herirte el alma.  
 Dar no puedes, Enrique, prisa o tregua  
 A este precioso instante, que tú ignoras,  
 Y del cual, solo Dios, cual dueño, ordena;  
 Más ¡cuán lejos aún está ese día, 4990  
 Ese dichoso día, en que Dios quiera  
 En la lista inscribirte de sus hijos!  
 ¡Cuántas debilidades, con vergüenza  
 Te restan que sufrir! ¡cuán largo trecho  
 Que caminar aún por falsas sendas! 4995  
 De la serie de días ¡o Dios mío!  
 Corte de este gran Rey, vuestra clemencia,  
 Todos los lamentables y menguados,  
 Que de vos distrayéndole le alejan».

«¿Más que tropel aquí recorre aprisa 5000  
 Esta vasta mansión? Él sale, él entra,  
 Y sin cesar deslízase al momento».

De esas sacras paredes, ves, que cuelgan,  
 Le responde Luis, fieles retratos  
 De los hombres, que en épocas diversas 5005  
 Nacer deben al mundo. De los siglos,  
 Que aún están por venir, esas perfectas  
 Esas vivas imágenes, que miras  
 Reducidas a un punto, aquí congregan  
 De los lugares todos las distancias, 5010  
 Y sin orden de tiempos, a las eras  
 Se adelantan futuras. De los días  
 Llevan del hombre ya fija la cuenta,  
 Que anterior a los tiempos, a los ojos  
 Del Eterno, ab eterno está completa. 5015  
 Los instantes aquí marca el destino  
 De su natal al uno y su potencia;  
 De otro allá la opresión y abatimiento,  
 Y de todos acá las diferencias  
 A cada suerte adictas, sus mudanzas, 5020  
 Sus virtudes, sus vicios, sus proezas,  
 Su fortuna, y por último su muerte.

«Acerquémonos más; pues te dispensan  
 Generosos los Cielos, que conozcas  
 Y los monarcas y héroes aquí veas, 5025  
 Que de tu augusta stirpe y de ti propio  
 Un tiempo nacerán. De ellos, se ostenta

El primero, Borbón, tu digno hijo<sup>61</sup>,  
 Que en la paz igualmente que en la guerra  
 La gloria sostendrá de nuestras lises, 5030  
 Largo tiempo del Íbero y del Belga  
 Feliz triunfador; más sin que al padre  
 Ni al hijo todavía igualar pueda».  
 Sobre flores de lis, en este punto,  
 Sentados ve Borbón, del trono cerca, 5035  
 Dos altivos mortales, que tenían  
 Todo un pueblo a sus pies entre cadenas.  
 De púrpura romana revestidos,  
 Rodeados de guardias ambos eran  
 De soldados y corte. Los cree reyes; 5040  
 «No te engañas, Borbón, en tus sospechas.  
 Reyes son, sin el título de tales.  
 Del estado y del príncipe se ostentan,  
 Árbitros uno y otro. Mazarino,  
 Richelieu, de memoria y fama eternas 5045  
 Ministros de la Francia, de la sombra  
 De las aras humilde, hasta la misma  
 Alta cumbre del solio, felizmente  
 Se dirigen los dos, los dos se elevan.  
 Hijos de la política y fortuna, 5050  
 Al despótico imperio con firmeza  
 Entrambos volarán sin detenerse.  
 Sublime Richelieu, de un alma fiera,  
 Y enemigo en sus odios implacable;  
 Flexible Mazarino, de alma diestra, 5055  
 Y amigo solapado y peligroso,  
 Contrarios caracteres ambos llevan.  
 Huye el uno con arte, y las borrascas  
 Doblándose paciente, pasar deja.  
 A las airadas olas, su coraje 5060  
 Opone siempre el otro en la tormenta.  
 De los príncipes todos de mi casa  
 Enemigos los dos, a su manera,  
 El pueblo por un lado los admira,  
 Y por otro los odia y los execra. 5065  
 De ambos serán, en fin, la fina industria  
 Los osados esfuerzos y destreza,  
 Útiles a su Rey y a su Patria  
 Funestos su poder y su influencia».

¡O tú menos que aquellos poderoso, 5070  
 Menos vasto también en tus empresas;  
 Tú, en la segunda clase de los hombres  
 El primero, Colbert! de tu carrera<sup>62</sup>  
 Viene bajo los pasos, la abundancia,  
 Hija fiel y feliz de tus tareas, 5075  
 A sembrar de riqueza el franco suelo.  
 Bienhechor generoso, tú desprecias

Los insultos de un pueblo, que pagarte  
 Con ultrajes tus dones vil intenta, 5080  
 Sin dél saber tomar otra venganza,  
 Que el empeñarte más en que florezca  
 De fortuna colmado; semejante  
 Al héroe, a quien Dios mismo se eligiera  
 Por digno confidente, que nutría, 5085  
 En premio de dicterios y blasfemias,  
 Al siempre de Israel ingrato pueblo.  
 «¡Qué escena allí a mis ojos se presenta!  
 Más bien ¡O Dios! de siervos, que vasallos,  
 ¿Qué pomposa y magnífica caterva,  
 De rodillas, de un Rey tiembla a la vista<sup>63</sup>, 5090  
 Y a sus pies humillada le venera?  
 ¡Qué respetos, qué honor, qué adoraciones!  
 Jamás otro algún Rey, cual este, hubiera  
 Sus súbditos en Francia acostumbrado 5095  
 A marcas de homenaje tan extremas.  
 Yo le veo, cual tú, de fama y gloria  
 Animado al igual, otra obediencia  
 Más rígida exigiendo; más temido,  
 Y menos quizá amado. Si diversas  
 Mudanzas de fortuna soportando, 5100  
 Le considero Enrique, de soberbia  
 Sus excesos repruebo en las felices,  
 Y su constancia aplaudo en las adversas.  
 De veinte vastos pueblos la alianza  
 Y el formidable resto de las fuerzas 5105  
 Desafiando él solo, si es que en vida  
 El renombre de Grande se adquiriera,  
 Aún más grande sin duda ha sido en muerte.  
 ¡O gran siglo de Luis! ¡Época excelsa!  
 Siglo, que de sus gracias, de sus dones, 5110  
 Y sus brillantes luces y riquezas,  
 Sin límites un día colmar debe  
 Natura liberal. Tú, de las bellas,  
 De las útiles artes el decoro  
 Llevarás a la Francia. Con sorpresa, 5115  
 Sobre ti van a fijarse las miradas  
 De las edades todas venideras.  
 Del coro de las Musas el imperio,  
 A fijar corre en ti su residencia.  
 El lienzo por do quier se anima y habla, 5120  
 Y los bronces y mármoles alientan.  
 ¡Cuantos sabios, en cónclaves augustos<sup>64</sup>  
 Asociando su esfuerzo, en las esferas  
 Del gran Orbe a estudiar vuelan celestes,  
 A medir su distancia y masa inmensa, 5125  
 Y atrayendo la luz entre la noche,  
 A pesar de sus lóbregas tinieblas,

Con audacia sondar lo más arcano,  
 Que en su seno escondió naturaleza!  
 El presuntuoso Error huye a su vista, 5130  
 Y en pos de la Verdad, dudas los llevan.  
 Y tú ¡feliz también hija del Cielo,  
 Poderosa Harmonía y hechicera,  
 Arte, que así puliste a Grecia y Roma!  
 Yo por do quier escucho de tu lengua 5135  
 Encantadores tonos, soberanos  
 De nuestro corazón y nuestra oreja.  
 Vosotros ¡o franceses animosos!  
 Vencer sabéis, y ledos, de la guerra  
 Las hazañas cantar. Ya no hay laureles 5140  
 Que no ciñan de honor las sienes vuestras.  
 En vuestro feliz clima, nacer veo  
 De héroes un pueblo vasto. Cuales vuelan  
 A los combates noto los Borbones.  
 Al través de mil fuegos, cual penetra, 5145  
 Miro al fiero Condé, que en lances varios<sup>65</sup>,  
 El terror y el apoyo se demuestra  
 De su Rey y señor. De Condé, admiro  
 Generoso rival al de Turena<sup>66</sup>,  
 Menos brillante que él, si más prudente, 5150  
 Y su igual cuando menos en grandeza.  
 A Catinat contemplo, que unir sabe<sup>67</sup>,  
 Por un cúmulo raro, a nobles prendas  
 Del guerrero, del sabio las virtudes.  
 El compás en la mano, verse deja 5155  
 Riéndose Vauban, sobre aquel muro<sup>68</sup>  
 Que su ingenio trazó, de la impotencia  
 De ese horrísono estruendo con que baten  
 De bronce rayos cien; y si en la guerra  
 Invencible, en la Corte desgraciado, 5160  
 Del Austria y gran Bretaña las potencias,  
 A un tiempo temblar hace Luxemburgo.  
 «Repara allá en Denén, con qué braveza,  
 Con qué audacia, Villars, el trueno horrible<sup>69</sup>  
 Disputando a la augusta y altanera 5165  
 Águila de los Césares, es dueño  
 Y árbitro de la paz, que tras sí lleva  
 De la Victoria el carro a las naciones  
 Y que, con gloria tanta, se presenta  
 Apoyo de su Rey no menos digno, 5170  
 Que de Eugenio rival... ¿Qué joven llega,  
 Qué Príncipe se acerca, en cuyo rostro<sup>70</sup>  
 Brilla la majestad sin la aspereza,  
 Y que el honor del solio está mirando  
 Con ojos de desdén o indiferencia? 5175  
 ¡Cielos! ¿qué noche rápida a mis ojos  
 Este Príncipe encubre, envuelto deja?

Incesante la muerte, dél en giro,  
 Sin detenerse un punto revolea.  
 Él cae al pie del trono, en el momento 5180  
 De instalarse sobre él. En él observa,  
 De todos los franceses, hijo mío,  
 El Príncipe más justo. La clemencia  
 Algún día del Cielo, de tu sangre  
 Le hará nacer augusta. ¿Y flor tan bella, 5185  
 Obra tan digna ¡o Dios! de vuestras manos,  
 No haréis más que mostrar, para esconderla  
 De golpe a los mortales? ¡Cuánto un alma  
 Tan virtuosa, en su bien obrado hubiera!  
 ¡Cuán feliz fuera Francia en su reinado! 5190  
 ¡Cuál su paz, su abundancia y su riqueza!  
 Él, por sus solas gracias y sus dones,  
 Llevara de sus días grata cuenta.  
 Él su pueblo amaría. ¡O día infausto 5195  
 De alarma y de dolor! A los franceses,  
 ¡Cuántas verter harás lágrimas tiernas,  
 Cuando en la misma tumba, amontonados,  
 Hijo, padre, mujer y esposo vean!».

Sale un vástago débil de las ruinas<sup>71</sup>  
 De aquel árbol fecundo, que así fuera 5200  
 Cortado por el pie. De Luis los hijos,  
 Que al sepulcro veloces descendieran,  
 Dejaron solamente a nuestra Francia  
 Un Monarca en la cuna, tan expuesta  
 Como dulce esperanza de un Estado, 5205  
 En vacilante y trémula existencia.  
 Cuida ¡Fleuri prudente! de sus días.  
 Sobre su tierna infancia atento vela,  
 Y sus primeros pasos fiel conduce.  
 Dignamente instituye y aconseja, 5210  
 De lo más noble y puro de mi sangre,  
 El precioso depósito, que resta.  
 Aunque haya Rey nacido, a conocerse  
 A sí mismo, filósofo, le enseña.  
 Que aunque hombre, soberano y poderoso, 5215  
 Hombre es al fin mortal, harás que sepa;  
 Y que al verse Señor, ame a su Pueblo,  
 Porque amado también ser dél merezca.  
 Inspírale, que justo reflexione,  
 Que no es Rey, ni ha nacido, ni gobierna 5220  
 Sino para su Pueblo. Y tú, tú ¡o Francia!  
 La gloria y dignidad cobra primera  
 Bajo su fausto imperio; y esa noche,  
 Que de sombras tu luz dejó cubierta  
 Acaba de romper. A coronarte 5225  
 Otra vez con decoro y gracia vuelva  
 La mano de las Artes provechosa,

Que a abandonarte ya se daban priesa.  
 De su profundo piélago en las grutas,  
 Se pregunta el Océano y lamenta, 5230  
 ¿Do existen en el día, qué se hicieron  
 Tus pabellones ¡Francia! que solieran  
 Flotar sobre estas ondas? Del Euxino,  
 De la India, y del Nilo y sus riberas  
 Y sus puntos, te llama allí el comercio, 5235  
 Y te abre sus tesoros. Guarda, observa  
 El orden y la paz, y la victoria  
 No busques con afán. En las querellas  
 De los reyes, ser árbitro le basta  
 A tu honor y tu gloria ¡Cuán funesta, 5240  
 Cuán cara te costó la de haber sido  
 El espanto y terror de sus Potencias!  
 De este Monarca joven en seguida,  
 Con esplendor un héroe se le ostenta<sup>72</sup>,  
 A quien la atroz calumnia, allá a lo lejos, 5245  
 De rabia ardiendo, ladra, y sigue inquieta.  
 Príncipe blando y fácil, más no débil,  
 Lleno a un tiempo de genio y de vehemencia,  
 Amigo con exceso de placeres,  
 Y no menos también de cosas nuevas; 5250  
 Del seno del deleite, revolviendo  
 La redondez inmensa de la Tierra,  
 Con su diestra política y resortes  
 Siempre nuevos y fértiles, suspensa,  
 Dividida la Europa y en paz tiene; 5255  
 Al paso que a las Artes, que fomenta,  
 Sus vigilantes ojos convirtiendo,  
 De gloria, de vigor y de luz llena.  
 Para todos los cargos y destinos  
 Nacido felizmente, en sí concentra 5260  
 Los talentos de todos: de soldado,  
 De jefe y ciudadano. «Él un Rey no era;  
 Más con todo, hijo mío, enseña a serlo».  
 De una borrasca entonces turbulenta  
 En medio de relámpagos, de Francia, 5265  
 A los aires flotando, se despliega  
 El insigne estandarte. De españoles  
 Las huestes precediéndole guerreras,  
 Del Águila germana quebrantaban,  
 En los de sus Castillas, las cabezas. 5270  
 Absorto Enrique, exclama: «¡Padre mío!  
 ¿Qué espectáculo nuevo se presenta?».  
 «Todo cambia ¡hijo mío! le responde.  
 Todo Enrique a su ocaso, por fin, llega.  
 Del Muy Alto adoremos y aplaudamos 5275  
 El arcano saber y providencia.  
 Del fuerte y poderoso Carlos Quinto

Extinguida la raza, ya la Iberia  
 Reyes viene a pedirnos de rodillas<sup>73</sup>;  
 Ya a la España da leyes, ya allí reina 5280  
 Uno de nuestros nietos. Ya Felipe...»<sup>74</sup>.  
 A tan glorioso objeto, Enrique queda  
 De júbilo arrobado, y de su mente  
 Una dulce sorpresa se apodera.  
 «Mitiga de ese gozo, el Padre dice, 5285  
 El ímpetu primero, y la grandeza  
 Teme, hijo mío, aun de tal suceso:  
 Teme, repito, sí; Madrid acepta,  
 Del seno de París un dueño aclama;  
 Más quizá tanto honor, gloria es tan bella, 5290  
 No poco para entrambos peligrosa.  
 ¡O Reyes de mi casa y sangre regia!  
 ¡O Felipe Borbón! o ¡caros hijos!  
 ¡O España y Francia mía! El Cielo quiera  
 Podáis vivir unidas. ¿Hasta cuando 5295  
 ¡Políticos funestos! la cruel tea  
 De las discordias públicas querría<sup>75</sup>  
 Encender vuestro bárbaro sistema?»<sup>76</sup>.  
 Dice: y desde el momento, el Héroe nada  
 Ve más de lo pasado, que una envuelta 5300  
 Quimérica mixtión de objetos varios  
 Confusos entre sí. Las puertas cierran  
 Del templo del Destino; y de los cielos  
 A sus ojos se eclipsan las esferas.  
 Ya con rosada faz la fresca Aurora, 5305  
 Las puertas en Oriente a abrir empieza  
 Del palacio del Sol. Su negro velo  
 La noche va a tender sobre otras tierras.  
 Los Sueños volteadores y medrosos,  
 Húyense con las sombras y se alejan. 5310  
 El Príncipe adormido, en este instante  
 De su arrobado dulcísimo despierta;  
 Y en el fondo del alma un nuevo esfuerzo,  
 Un divinal ardor experimenta.  
 Inspiraban a todos sus miradas, 5315  
 Respetuoso terror y reverencia.  
 Había Dios su frente, de su misma  
 Majestad sacrosanta con diadema  
 De esplandecientes rayos coronado;  
 No de distinto modo que lo hiciera 5320  
 Con aquel de Israel santo caudillo,  
 Ilustre vengador, cuando de vuelta  
 Del tonante Sinaí, donde las tablas  
 De la Ley del Eterno recibiera,  
 De tal lleno de luz cercó su rostro, 5325  
 Que de sus resplandores con la fuerza  
 Trastornados al verle los hebreos,

Envueltos entre el polvo, sus pies besan,  
Sin que mirarle osaran, ni sus ojos,  
De su cara el fulgor sufrir pudieran. 5330

FIN DEL CANTO VII

▽△

## Canto VIII

*El Conde de Egmond viene de parte del Rey de España al  
socorro de Mayenne, y de los Ligados. Batalla de Ivry,  
en que es deshecho Mayenne, y muerto de Egmond.  
Valor y clemencia de Enrique el Grande.*

De los Estados en París reunidos,  
Atónita y confusa la Asamblea,  
Aquel orgullo, de que inflada estaba  
Al principio, a este tiempo ya perdiera.  
De Enrique al solo nombre, los Ligados, 5335  
De horror y espanto llenos, que quisieran  
Un Monarca elegirse, ya en olvido  
Parecían poner. Nada pudiera  
De su furor fijar la incertidumbre;  
Y en medio del temor y la flaqueza, 5340  
No osando coronar, y aún mucho menos  
Destituir al tirano, se abatieran  
A confirmar, en tanto, por edictos  
De la más vergonzosa complacencia,  
El poder y lugar de que gozaba, 5345  
Sin que de los Estados le vinieran.  
De Teniente del Reino, aunque sin jefe<sup>77</sup>  
El que nombre usurpó, Rey sin diadema,  
Conservado hubo siempre en su partido,  
Del poder más supremo la influencia. 5350  
Un obediente pueblo, de que, astuto,  
Ser apoyo afectaba con destreza,  
Gustoso, combatir y dar la vida  
Por su causa y persona, le ofreciera.  
De nuevas esperanzas, de este modo, 5355  
El pecho rebozando de Mayenne,  
A Consejo convoca, y congregados  
Rápidamente en él a contar llega,

Cuantos bravos caudillos, orgullosos,  
 Vengar resuelto habían sus querellas. 5360  
 Los Canillacs, los Chatres y San-Poles,  
 Los Brisacs, los Nemours, y los Lorenas  
 Y aun Joyeuse, el voluble, acuden prontos.  
 La venganza, la rabia y la braveza,  
 La desesperación, y el fiero orgullo, 5365  
 En sus rostros pintados se demuestran.  
 Con un trémulo paso, algunos de ellos,  
 Exhaustos de la sangre que vertieran  
 En mortales peleas, caminaban:  
 Pero esta sangre misma que corriera, 5370  
 Estas mismas batallas y derrotas,  
 Estas heridas mismas, aún abiertas,  
 Los excitaban más, y enfurecían  
 Al vengador desquite de su afrenta.  
 Cada cual, de Mayenne, como un rayo, 5375  
 A colocarse al lado parte apriesa,  
 Y dél, espada en mano, en torno puestos,  
 Vengar juraron todos sus ofensas;  
 Así sobre las cumbres del Olimpo,  
 Y de Tesalia en campos, se fingiera 5380  
 Allá un tiempo, la impía y audaz tropa  
 De los soberbios hijos de la Tierra  
 Amontonando rocas sobre rocas,  
 Y a los Cielos braveando, en su demencia,  
 Con la esperanza estólida embriagados, 5385  
 De destronar los Dioses de su esfera.  
 Al momento, entreabriéndose una nube,  
 La Discordia a la vista se le ostenta,  
 Sobre un carro flamígero montada.  
 Ánimo, sus, les dice, que ya llegan 5390  
 A auxiliarnos, franceses. Ya es forzoso  
 El vencer o morir. Voz halagüeña,  
 A la cual, el primero se levanta  
 Parte corriendo Aumale, y al ver cerca  
 Las relumbrantes lanzas españolas, 5395  
 «Ahí tenéis, exclamó, ved de la Iberia  
 El auxilio rogado largo tiempo,  
 Y siempre diferido al ansia nuestra.  
 El Austria al fin, amigos, sus falanges,  
 Su socorro a la Francia le franquea». 5400  
 Dice: y Mayenne, entonces, afanoso  
 A las puertas se avanza. Verse deja  
 El extranjero auxilio de aquel lado,  
 Do el fúnebre lugar se reverencia,  
 Que de nuestros monarcas, ya de antiguo, 5405  
 Consagrara la muerte a tumbas regias.  
 La formidable masa de las armas,  
 Que blandientes al aire centellean,

El oro refulgente, el lucio acero,  
 Las picas, que afiladas reverberan, 5410  
 Los cascos, los penachos, los arneses,  
 De la pompa el atruendo y la soberbia,  
 Del sol los mismos rayos parecían  
 En el campo retar a competencia.  
 De tropel a su encuentro el pueblo acorre; 5415  
 Y con una algazara y grita fiera,  
 Al jefe, que en su auxilio Madrid manda,  
 Colma de bendiciones, y festeja.  
 Era el joven Egmond, tenaz guerrero:  
 De un padre generoso e infeliz, era 5420  
 El hijo más indigno y ambicioso<sup>78</sup>.  
 De Bruselas los muros nacer vieran  
 Al hijo de Egmond, a quien cegara  
 De la patria el amor, y la cabeza  
 Perdiera en un cadalso, sosteniendo 5425  
 Los sagrados derechos de los belgas,  
 Sus míseros patriotas, de los Reyes  
 Vejados y oprimidos por la fuerza.  
 Ruin hijo de Egmond, procaz soldado,  
 Áulico vil, al fin, adula y besa 5430  
 Largo tiempo la mano que a su padre  
 De un tirano poder víctima hiciera.  
 A destructores males de su patria,  
 Por política, infiel, servicios presta;  
 Y al paso que a París lleva socorro, 5435  
 Cruel persecución trae a Bruselas.  
 Como a un Dios tutelar, el rey Felipe,  
 Del Sena le enviara a las riberas  
 Con auxilio al rebelde, quien creía,  
 Del Rey llevar con él hasta las tiendas, 5440  
 A su vez los terrores y la muerte.  
 Del temerario orgullo va las huellas  
 El impetuoso joven ocupando.  
 ¡Con qué placer, gran Rey, de cerca observas  
 Su fantástica audacia! ¡Con qué anhelo, 5445  
 Tus ansias el instante agujijonean  
 De un combate, del Cual, altos destinos  
 Del Estado pendientes consideras!  
 Del Iton bien cercano a las orillas,  
 Y del Euro a las márgenes amenas, 5450  
 Un campo afortunado deja verse,  
 De la madre natura amor y prenda;  
 Largo espacio de tiempo, por fortuna  
 Supieran respetar furiosas guerras,  
 Los preciosos tesoros de que Flora, 5455  
 Y el Céfiro halagüeño embellecieran  
 Su dichoso distrito. Entre furores  
 De civiles discordias y contiendas,

Los sencillos pastores del contorno,  
 Correr vieran en calma y paz serena 5460  
 Sus días y sus años, protegidos  
 Por la piedad del Cielo y su pobreza.  
 De bálago al abrigo de sus techos,  
 De la desaforada soldadesca  
 Desdeñar parecían la codicia. 5465  
 A cubierto de alarmas, aún no oyeran  
 Del tambor y las armas el estruendo.  
 Los campos enemigos allí llegan,  
 Y la desolación por todas partes  
 Delante de ellos marcha. Se consternan 5470  
 Las riberas del Iton y del Euro.  
 Lleno el pastor de espanto, allá en las selvas,  
 Amilanado todo, va a esconderse;  
 Y su dulce mitad, y madre tierna,  
 Arrebatando en brazos y llorando 5475  
 Sus queridos hijuelos tras él lleva.  
 De esos valles de encantos y gracias llenos  
 ¡Infeliz habitante! no tus quejas,  
 No a tu Rey esas lágrimas imputes.  
 Si él las batallas busca o las acepta, 5480  
 Para darte la paz es solamente.  
 Dones y beneficios con largueza  
 Derramará su mano, en mejor tiempo,  
 Sobre vuestros hogares que hoy molesta.  
 Terminar vuestros males solo quiere. 5485  
 Él os ama cual padre, y os lamenta;  
 Y en esta, en esta misma atroz jornada,  
 Por vuestro solo amor y bien pelea.  
 Siéndole tan preciosos los instantes,  
 Ya por todas las filas Borbón vuela 5490  
 Sobre un fogoso corcel, más que el viento  
 Rápido y adiestrado en la carrera,  
 Que embravecido todo y orgulloso  
 De aquel augusto peso que en sí lleva,  
 Hinchando la nariz, y con pie corvo 5495  
 Excavando arrogante el ancha arena,  
 Llamando estar parece los peligros,  
 Y el fuego respirando de la guerra.  
 Ya brillan, cabe el Rey, cuantos campeones  
 De su honor y su gloria socios fueran, 5500  
 Y de sus mismos lauros ya ceñidos.  
 El anciano de Aumont, que las banderas<sup>79</sup>  
 Siguiera con honor de cinco Reyes;  
 Biron, de cuyo nombre el eco siembra<sup>80</sup>  
 En la enemiga hueste mil alarmas; 5505  
 Su entonces joven hijo, de harto inquieta  
 Ardorosa y violenta bizarría,  
 Que después... más entonces Biron era<sup>81</sup>

Virtuoso aún. Allá más lejos vienen  
 Los que al crimen tenían guerra abierta 5510  
 Y declarado horror, y que la Liga  
 La misma Liga atónita respeta,  
 Por más que los malquiera y los deteste,  
 Sully, Nangí, Crillon, y el de Turena<sup>82</sup>,  
 El que en Sedan, después, la mano, el nombre, 5515  
 Y la soberanía mereciera  
 De la joven Buillón; soberanía  
 Infeliz, mal guardada, y bien apriesa  
 Por Armando oprimida y derrocada,  
 Apenas erigida a su grandeza. 5520  
 Vese con esplendor alzarse entre ellos  
 Cual palma, Essex, airosa y altanera<sup>83</sup>,  
 Que del país mezclando en los jardines  
 A los frondosos olmos, que se elevan,  
 Su noble y grave frente, envanecida 5525  
 De su extranjero tronco gallardea.  
 Su engalanado casco centellaba  
 Con el rojo fulgor de que le cercan  
 Adornos mil preciosos de oro fino,  
 Y el sartal de diamantes y preseas, 5530  
 A porfía brillantes caros dones,  
 Con que de su Señora a la fiereza  
 Del de Essex el valor, o la ternura  
 Más bien, supremamente honrar pluguiera.  
 ¡Ambicioso de Essex! Tú, ser a un tiempo, 5535  
 Un día conseguiste de tu Reina  
 Tierno objeto de amor, y el firme apoyo  
 De tus Reyes, también, y la defensa.  
 Algo allá más distante los Tremvilles<sup>84</sup>,  
 Los Clermons y Feuquieres, se presentan, 5540  
 Y el infeliz De Nesle, y Lesdiguières,  
 De condición y estrella bien diversas;  
 Y el anciano De Elly, a quien ha sido  
 Esta ilustre jornada tan funesta. 5545  
 De heroicos varones tropa tanta,  
 Corre a apostarse, ufana, del Rey cerca,  
 Y la seña aguardando, en su semblante,  
 De la victoria ya gloriosa y cierta  
 Presagios mil felices divinaba.  
 En situación tan turbida, Mayenne, 5550  
 Su corazón sintiendo desmayado,  
 A hallar en él su esfuerzo en vano anhela,  
 Ora fuese, que al cabo, de la causa  
 La injusticia advirtiendo su conciencia,  
 Recele gravemente, que propicio 5555  
 Sus armas proteger el Cielo quiera;  
 Ora, que el alma, en fin, presentimientos,  
 Verdaderos anuncios tal vez tenga,

De los grandes reveses precursores.  
 Dueño no obstante aún de su flaqueza, 5560  
 Con simulado gozo, sabe el héroe  
 Encubrir de su pecho duras penas.  
 Se reanima, se escita, y la esperanza,  
 Que ya él mismo, marchita, no sustenta,  
 Inspirar al soldado conseguía. 5565  
 Junto a él, lleno Egmond de la soberbia,  
 Del confiado orgullo, y la arrogancia  
 Que de ordinario influye la imprudencia  
 En juveniles años, impaciente  
 De ejercer su valor; la marcha lenta 5570  
 Del perplejo Mayenne acriminaba.  
 Hervía su coraje; a la manera,  
 Que escapado del ancho y verde seno  
 De amenas praderías y risueñas,  
 Al eco retumbante de la trompa, 5575  
 Que anima el fiero ardor de su braveza,  
 En los fértiles campos de la Tracia,  
 Inquieto e indócil bruto, en quien humea  
 Un belicioso fuego, suelta al aire  
 De su altanero cuello la crin crespada, 5580  
 Con anheloso aliento, por el campo  
 Trepada, galopa, corre, a la lid vuela,  
 De la rienda impaciente el freno tasca,  
 La oreja eriza, y brinca por la hierba;  
 Así Egmond parecía. Un furor noble 5585  
 Por sus ojos brillando, llamas echa,  
 Y en su animoso pecho late y arde.  
 Lisonjéase ya, ya se recrea  
 En sus próximas glorias, y presume,  
 Que su altivo destino al triunfo impera. 5590  
 ¡Ha infeliz! Él no sabe que el orgullo,  
 La presunción fatal, y la impaciencia  
 De su guerrero ardor y su osadía,  
 Iban de Ivri en los campos, con presteza  
 La tumba funeral a prepararle. 5595  
 De la Liga a las bélicas hileras  
 Avanza el gran Enrique, y a las suyas;  
 Que inflamaba su heroica presencia  
 Tornándose: «Nacido habéis franceses,  
 Y Yo soy vuestro Rey. Ved allí cerca 5600  
 Al pérfido enemigo. A él; seguidme.  
 Vuestros ojos jamás de vista pierdan  
 En lo más empeñado y formidable  
 De la atroz tempestad que nos espera,  
 Este blanco penacho que resalta 5605  
 Flotando al aire, sobre mi cabeza.  
 Vosotros le veréis, a todo trance,  
 Del honor volar siempre por las sendas».

A estas bellas palabras, que ya en tono  
 De vencedor, el Rey les dirigiera, 5610  
 Advirtiéndolo, con júbilo, inflamada  
 De un nuevo ardor su tropa, al frente de ella  
 Marcha ya, de las huestes al Dios grande  
 Religioso invocando. Tras las huellas  
 De ambos jefes a un tiempo, velozmente 5615  
 A la sangrienta lid correr se observa  
 De uno y otro partido los guerreros;  
 Así cuando violentos se despliegan,  
 Y con rápido vuelo precipitan  
 De los montes que Alcides dividiera, 5620  
 Furiosos Aquilones, al momento,  
 De dos profundos mares contrapuestas  
 Las encrespadas olas, a los aires  
 Con espumoso choque se sublevan;  
 A lo lejos allá la Tierra gime, 5625  
 Huye el día; del Cielo el trueno suena;  
 Y de susto temblando el Africano,  
 Que desplomado se hunde el mundo, piensa.  
 Ya en uno y otro campo, dobles muertes,  
 Al mosquete reunida, feroz siembra 5630  
 La mortal y fendiente cimitarra.  
 Aquel arma, que un día, de la guerra  
 Al mal Genio inventar plugo en Bayona<sup>85</sup>,  
 Para que estragos suyos más pudieran  
 Del suelo exterminar la raza humana, 5635  
 Reúne a un mismo tiempo, invención negra  
 Y del Infierno mismo digno fruto,  
 Cuanto en manos maléficas encierran  
 Hierro y fuego, de bárbaro y horrible.  
 Ya se baten y mezclan. La destreza 5640  
 Asociada al valor, la horrible grita,  
 El gemido, el terror, la rabia ciega,  
 La implacable y ferviente sed de sangre,  
 De ceder al contrario la vergüenza,  
 La desesperación, y en fin, la muerte, 5645  
 De fila en fila corren y se ceban.  
 Aquí persigue el uno al propio padre.  
 Huyendo allí un hermano, muerto queda  
 Por el impío brazo de otro hermano.  
 Se estremece a tal ver naturaleza, 5650  
 Y de su triste sangre, a pesar suyo,  
 Se hinche aquella fatal turbia ribera.  
 Por entre picas tantas que erizadas  
 Parecían formar espesas selvas;  
 Por medio de sangrientos batallones, 5655  
 Y de enemigos cuerpos, que atropella,  
 Penetra, Enrique, avanza, y un camino  
 A sus valientes tropas a abrir llega.

Seguale Morné con su frescura,  
 Con su calma de espíritu perpetua, 5660  
 Y cual un Genio excelso y poderoso,  
 En torno de su Rey gira y le vela:  
 Al modo, que allá un tiempo, de la Frigia  
 En los guerreros campos, se fingieran  
 Los móviles eternos e invisibles 5665  
 De los etéreos Orbes, por la tierra  
 En traje de mortales disfrazados,  
 Mezclarse y combatir en las peleas;  
 Y del Dios verdadero, al mismo modo,  
 Que severos ministros, y tremendas 5670  
 Celestes e impasibles potestades,  
 Del oraje el relámpago y centella,  
 En medio de los aires circundados,  
 Con faz siempre impertérrita y serena,  
 El Universo agitan y estremecen. 5675  
 Él de Enrique recibe, a do quier lleva  
 Las órdenes supremas, que emociones  
 Repentinas, intrépidas y fieras  
 Del alma de los héroes, al momento  
 Cambian una batalla, y fijo dejan 5680  
 Su triunfante destino. Él a los jefes  
 A trasladarlas corre con presteza.  
 El caudillo las toma, y velozmente  
 Al eco de su voz, con impaciencia,  
 Las bien disciplinadas prontas haces 5685  
 Su obediente furor mueven y arreglan.  
 Despliéganse ya raudos, se dividen  
 Los trozos de las huestes, ya se cierran,  
 Ya marchan en columnas diferentes.  
 Un espíritu solo, un plan gobierna 5690  
 La acción de cada trozo y movimientos.  
 Morné yendo y tornando, hacia el Rey vuela.  
 Él le sigue y le escolta; y golpes varios,  
 Que contra su persona el campo asesta,  
 Más de una vez, hablándole, le para. 5695  
 Por lo demás, Morné, nunca en la guerra,  
 A sus manos estoicas, en sangre  
 De sus tristes hermanos permitiera  
 Que crueles e impías se mancharan.  
 De su Rey solamente toda llena, 5700  
 Toda ocupada el alma, si su acero  
 Desenvainó, fue sólo en su defensa.  
 Su singular valor, de los combates  
 Declarado enemigo, no recela  
 El arrostrar la muerte, más sin darla. 5705  
 Ya el ánimo indomable de Turena,  
 Rechaza de Nemur, las huestes turba.  
 El de Elly, por do quier arrastra y siembra

La muerte y el terror. Elly, orgulloso  
 Con treinta años de lides, recupera, 5710  
 De marciales combates entre horrores,  
 A pesar de sus canas, nuevas fuerzas:  
 Un guerrero tan solo, a la amenaza  
 De sus golpes se opone en la palestra.  
 Un héroe joven es, que de sus días 5715  
 A la amena y florida primavera,  
 En funciones de Marte se estrenaba,  
 Con tan célebre acción como sangrienta.  
 Del más grato himeneo el dulce cebo,  
 Venía de gustar el mozo apenas. 5720  
 Del amor favorito, de sus brazos  
 De partir acababa. La vergüenza  
 De no ser hasta entonces sino solo  
 Célebre por sus prendas, y la fiera  
 Ambición de otra gloria, le arrojaba 5725  
 A los fieros peligros de la guerra.  
 Su joven bella esposa, en aquel día,  
 Los Cielos acusando, y la crueldad  
 De la batalla y Liga maldiciendo,  
 Su tierno esposo armó triste y violenta. 5730  
 Con un trémulo pulso e incierta mano  
 La pesada coraza le prendiera,  
 Y con amargas lágrimas dejara  
 De un casco preciosísimo cubierta,  
 Una frente de gracias tan ceñida 5735  
 Y a sus amantes ojos hechicera.  
 Con cólera marcial, del novel fiero  
 El juvenil orgullo se endereza  
 Contra el anciano Elly. De polvo y humo  
 Por entre torbellinos, que los ciegan, 5740  
 De muertos, moribundos, y heridos,  
 Uno y otro al través, baten y aprietan  
 De sus fogosos brutos los ijares.  
 Apostados los dos sobre la hierba,  
 Con la sangre teñida y aplanada, 5745  
 Lejos de do campean sus banderas,  
 Se lanzan, y se buscan a seguro  
 Y arrogante galope los atletas.  
 De sus cotas cubiertos y su sangre,  
 Enristradas las lanzas, ya se encuentran, 5750  
 Y con choque espantoso, de repente  
 Se arremeten entrambos y golpean.  
 La tierra retembló del bote al ruido;  
 Y las astas al golpe en trozos quiebran;  
 Al modo que en cargado, ardiente cielo, 5755  
 Dos formidables nubes, que acarrear  
 En su seno los truenos y la muerte,  
 Chocándose en los aires, corren, vuelan

Sobre el furioso viento; de su horrible  
 Conmoción los relámpagos revientan; 5760  
 De allí se forma el rayo, y los mortales,  
 A su vista y estruendo de horror tiemblan.  
 Ya sus brutos dejando lejos de ellos,  
 Por un súbito esfuerzo, se conciertan.  
 En bajarse a buscar muerte distinta. 5765  
 Ya pie en tierra, se vibran, ya centellan  
 Los funestos aceros en sus manos.  
 Acorre la Discordia turbulenta,  
 Y con ella ligados de consuno,  
 El rabioso Demonio de la guerra, 5770  
 Y la pálida parca ensangrentada,  
 Al lado de ambos héroes se presentan.  
 ¡O míseros, o ilusos combatientes!  
 Suspended de esa lucha, de esa ciega  
 Precipitada cólera los golpes: 5775  
 Pero la irresistible oculta fuerza  
 De fatales decretos del destino,  
 Más su furor enciende y los obceca.  
 En el contrario pecho, abrir al alma  
 Intenta cada cual fúnebre puerta, 5780  
 En el pecho, que entrambos no conocen.  
 A los aires resalta, en cascos vuela  
 La acerada armadura que les cubre.  
 A redoblados tajos de su diestra,  
 Lumbres al viento arrojan las corazas. 5785  
 Sangre, que a borbotones corre suelta  
 De sus hondas heridas, rebotando,  
 Su fiera mano mancha y bermejea.  
 Los formidables filos deteniendo  
 Sus cascos y broqueles con destreza, 5790  
 Golpes mil aún le paran y le cubren,  
 De una muerte más pronta los libertan.  
 De resistencia tanta absortos ambos,  
 Admira, cada cual, honra y respeta  
 De su rival el ánimo y esfuerzo. 5795  
 De Elly mano más firme, y más certera,  
 Al joven generoso al fin derriba,  
 De un malhadado golpe a sus pies echa.  
 Sus vivos bellos ojos, para siempre  
 De la luz a los rayos ya se cierran. 5800  
 Sobre el sangriento polvo ya su casco  
 Arrastrando y rodando va dél cerca.  
 Ya de Elly ve su rostro ¡Qué lamentos!  
 Le ve, le abraza, ¡ay Dios! ¡...su hijo era.  
 Inundados en lágrimas los ojos, 5805  
 El desdichado padre ya la horrenda,  
 La parricida espada vuelto habría  
 Contra su corazón, si a tan extremas

Muestras de su dolor, su brazo alzado  
Deteniendo, el suceso no impidieran. 5810  
Parte trémulo todo; corre huyendo  
De una playa de horror y espanto llena.  
Su criminal victoria abominando,  
Llórala eternamente, la detesta.  
A la Corte, a los hombres, y a la gloria 5815  
Para siempre renuncia, y solo anhela,  
Prófugo de sí mismo, al fin del Orbe  
Ir a esconder su tedio y dura pena  
En un triste desierto. Allí, del punto,  
En que su luz el sol torna a la tierra, 5820  
Hasta que de las ondas cristalinas  
En el piélago a hundirla tibia llega,  
A los enternecidos dobles ecos  
De los montes, los valles y las selvas,  
Hacían repetir acentos tristes 5825  
De su acerbo dolor y su querella,  
El nombre, el triste nombre de su hijo.  
Del héroe en la agonía postrimera,  
Guiada del terror la nueva esposa,  
Con una errante vista y planta incierta 5830  
Se acerca y llega, en fin, al campo infausto,  
Do pavorosa busca, y ve... ¡Qué escena!  
Entre el montón de muertos,... ve a su esposo.  
¿Eres tú caro amante?... más sus tiernas  
Cariñosas palabras, que interrumpen 5835  
Sollozos mil, tristísimas endechas,  
Que al viento el labio arroja mal formadas,  
Del esposo adorado ya no afectan  
El exánime oído. Ella aún sus ojos  
Ver quiere, y vuelve a abrir. Ella aún aprieta 5840  
Con sus últimos ósculos su boca,  
Aquella boca, que idolatra aun yerta;  
Ella el cadáver pálido y sangriento  
Entre sus brazos trémulos sustenta;  
Los ojos clava en él; sobre él suspira; 5845  
Estréchale a su seno, y muerta queda.  
¡Padre, esposa y familia deplorables!  
¡Ejemplo lastimero, que amedrenta,  
Y la imagen ofrece de unos tiempos  
De tal ferocidad y tanta mengua! 5850  
Pueda el recuerdo triste y espantoso  
De tan mísera y trágica pelea,  
De todos nuestros nietos más remotos  
Lástimas excitar. Lágrimas pueda  
Arrancar de sus ojos saludables, 5855  
Porque crímenes tales y fierezas  
De sus padres, jamás a imitar lleguen.  
Más ¿quién cielos la Liga así dispersa?

Qué héroe puede, o qué Dios, darle tal rota?  
 Biron el joven es, cuya braveza, 5860  
 Por entre atropellados batallones  
 Denodado consigue abrirse senda.  
 Y el orgulloso Aumale, que la fuga  
 De los suyos infame a mirar llega,  
 De cólera bramando, «Deteneos; 5865  
 ¿Do, cobardes, corréis? Parad: dad vuelta.  
 ¡Huir! ¡Huir, vosotros, los famosos  
 Compañeros de Guisa y de Mayena!  
 ¡Vosotros los valientes, que hoy de Roma  
 La causa, de París, Francia, y la Iglesia 5870  
 Con tanto honor debéis dejar vengadas!  
 Del antiguo valor y virtud vuestra  
 Acordaos, amigos, y seguidme  
 Con aliento mayor a la refriega.  
 Batíos bajo Aumale, e ya vencisteis»; 5875  
 Volando a su socorro, gente llevan  
 El feroz de Saint-Pol, Beauveau, y Foyussa  
 Con Joyeuse. Las haces ya dispersas  
 A este refresco junta. Con miradas  
 Enciéndelas de fuego. Las ordena, 5880  
 Y a su frente revuelve a un nuevo ataque.  
 Tras él con paso rápido regresa  
 De su parte a ponerse la fortuna.  
 De Biron el valor y la firmeza,  
 Con rara intrepidez, paran en vano 5885  
 El impetuoso curso y la violencia  
 Del torrente de huestes, que furioso,  
 En sus ondas hundirle, ahogarle intenta.  
 Parabére expirando ve a su lado.  
 Entre el montón de muertos, ya por tierra 5890  
 Mira a Fouquier, Clermont, Angenne y Nésle,  
 Entre el polvo tendidos ya no alientan.  
 De exhalar sus suspiros postrimeros  
 Lleno él mismo de heridas, se halla cerca.  
 Así Biron, así finar debiste. 5895  
 En campos del honor muerte tan bella  
 Tan célebre caída, la memoria  
 De tu primer virtud eterna hicieran.  
 El extremado trance, a que un exceso  
 Del valor de Biron, su vida arriesga, 5900  
 De Enrique el corazón inquieto advierte.  
 Le amaba, no cual Rey, no a la manera  
 De un severo señor, que sólo sufre  
 Se aspire al alto honor, a la suprema  
 Ventura de agradarle, y cuyo duro 5905  
 Corazón, inflexible en su soberbia,  
 La sangre de un vasallo, bien pagada  
 Con sola una mirada considera.

La noble llama, Enrique, conocía  
 De la amistad; de la amistad; la prenda 5910  
 El don del alto Cielo, y de almas grandes  
 Dulce placer y encanto; de la tierna  
 Oficiosa amistad, que allá los Reyes,  
 Los ilustres ingratos, de su esfera  
 Por bastante desgracia no conocen. 5915  
 A socorrerle al punto Enrique vuela;  
 Y el mismo activo ardor, que fino guía,  
 Que al socorro sus pasos veloz lleva,  
 Más vigor a su brazo, y a su vuelo  
 Impulsiones prestaba más violentas. 5920  
 Biron, a quien ya asaltan, ya circundan  
 De una prójima muerte sombras negras,  
 De su valiente Rey y augusto amigo,  
 Confortado a la súbita presencia,  
 Hace un postrer esfuerzo; e incontinente, 5925  
 De Borbón a la voz, llama y releva  
 De su vida los restos. Huye todo,  
 De Borbón al desnudo todo ceja.  
 Tu Rey ¡joven Biron! tu Rey te arranca  
 Al tropel de enemigos, que fin dieran 5930  
 Con redoblados golpes a tu aliento,  
 Sin darte de su amor tan fina prueba.  
 Vives, Biron. La vida a tu Rey debes.  
 Vivirle siempre fiel, al menos, piensa.  
 ¿Qué estrépito espantoso deja oírse? 5935  
 La Discordia es, maligna y turbulenta,  
 Que del héroe oponiendo a las virtudes  
 Su implacable furor, de un ira nueva  
 Los ligados enciende. Al frente de ellos  
 Pónese el monstruo horrible, y la trompeta 5940  
 Del infierno, a lo lejos, por el soplo  
 De su boca fatal, hórrida suena.  
 A sus acentos bárbaros, de Aumale  
 Harto bien conocidos, se subleva  
 Su cólera, se inflama, se embravece; 5945  
 Y repentinamente, a la manera  
 Que va del arco elástico impelida  
 Por los aires silbando una saeta,  
 Busca al héroe, y sobre él solo se arroja.  
 En tumulto una tropa se descuelga 5950  
 De ligados allí; del modo mismo  
 Que en hondos matorrales de florestas,  
 Con ojo ensangrentado, hasta su fondo  
 Precipitados corren y penetran  
 El alano y lebre, fieros esclavos 5955  
 Del amo que los nutre y los arriesga  
 A ensangrentadas luchas, cual nacidos  
 Para presas y muertes carniceras,

A un jabalí valiente en torno acosan;  
 Sus bravíos furoros exacerban, 5960  
 Y con cólera ciega encarnizados,  
 Los riesgos no advirtiéndolo, la corneta  
 Su belicoso instinto irrita al lejos,  
 Y las rocas, los montes y las cuevas,  
 De alaridos retumban y ladridos: 5965  
 Así enemigos mil a Enrique cercan,  
 Y él solo contra todos, de la suerte  
 Impía abandonado: de una espesa  
 Muchedumbre entre abismos, y sitiado  
 De la muerte en tal trance, se contempla. 5970  
 Del alto de los cielos, en peligro  
 Tan horrible y extremo, invicta fuerza  
 Presta Luis al héroe a quien amaba,  
 Y que a modo de roca, que altanera,  
 Amenaza las nubes, de los vientos 5975  
 El ímpetu rechaza, y la violencia  
 De las olas quebranta, que le embisten.  
 ¡Quién fielmente narrar aquí pudiera  
 La sangre y mortandad, de que vio entonces  
 Cubrir el Euro triste sus riberas! 5980  
 ¡O vosotros sangrientos sacros manes  
 Del más valiente Rey que el mundo cuenta!  
 Mi espíritu ilustrad y mi memoria;  
 Por el eco explicaos de mi lengua.  
 Él ve como al socorro velozmente 5985  
 Acude de su Rey su fiel nobleza;  
 Cual muere por su Rey, al mismo paso,  
 Que por ella, también, su Rey se arriesga.  
 El terror y el espanto le preceden. 5990  
 De sus golpes en pos la muerte vuela;  
 Cuando a su indignación y fiera saña,  
 A exponerse el de Egmond osado llega.  
 Había este extranjero, en lo más fuerte  
 De batalla tan hórrida y sangrienta,  
 De su valor iluso, largo tiempo 5995  
 Del Rey andado en busca. Su soberbia,  
 Irritaba el honor de combatirle,  
 Por más que a extrema costa tal vez fuera,  
 De que su temerario y loco orgullo,  
 A la tumba fatal le condujeran. 6000  
 «Ven, Borbón, le gritaba, a alzar tu gloria.  
 Combatamos los dos. Acción es nuestra  
 La victoria fijar». A estas palabras,  
 Un relámpago, al punto, augural seña,  
 Frecuente mensajero del destino, 6005  
 Iluminando, hiende y atraviesa  
 Los espacios del aire. Que su trueno  
 Retumbe sobre el campo, al punto ordena

El árbitro y señor de los combates.  
 Bajo sus pies temblar siente la tierra 6010  
 Atónito el soldado. Que su apoyo  
 Los Cielos le debían, Egmond piensa;  
 Que su causa defienden, y en pro suyo,  
 A combatir de lo alto se dan priesa;  
 Que la naturaleza atenta toda 6015  
 Al grandioso interés de tal palestra,  
 Celosa de su gloria, por las voces  
 De aquel trueno, su triunfo a entender diera.  
 De Egmond logra alcanzar, y en el costado  
 Hierre por fin al héroe. Se contempla<sup>86</sup> 6020  
 Con derramar su sangre ya triunfante.  
 El Rey, que se halla herido, y de ver echa  
 Sin turbarse el peligro, su ardor noble  
 A medida del riesgo activo aumenta. 6025  
 Su grande corazón, de haber hallado  
 Del honor en los campos, competencia  
 De rivales tan fieros, y tan dignos  
 De su insigne valor, se lisonjea.  
 De entorpecerle lejos, más le aviva  
 La herida que recibe; y con braveza, 6030  
 Con impetuoso ardor, incontinente  
 Sobre el rival ufano, se despeña.  
 De un golpe más seguro derribado,  
 De repente el De Egmond tendido queda. 6035  
 Del centellante acero fue en un punto  
 Su pecho traspasado. Sobre él trepan,  
 Con sus teñidos pies en fresca sangre,  
 Los inquietos caballos. Las tinieblas  
 De la parca, sus ojos eclipsaron;  
 Y entre rabiosas furias toda envuelta, 6040  
 De los muertos, volando parte su alma  
 A la región obscura, do en presencia  
 De su padre, remuerdos la devoran.  
 Españoles tan fieros, hueste íbera,  
 Terrible tanto un tiempo y decantada! 6045  
 La muerte del de Egmond, vuestras guerreras  
 Virtudes abismó. Vosotros visteis  
 La faz al miedo allí, por vez primera.  
 De helada turbación y mustio espanto  
 Sobrecoge el espíritu, y aterra 6050  
 Al alarmado ejército. En un vuelo  
 Pasa de fila en fila y al fin, llena  
 Todo el confuso campo. El tino pierden;  
 Embárganse los jefes, y se encuentran  
 Perdidos los soldados. Los primeros, 6055  
 No aciertan a ordenar, de mandar cesan;  
 Y a su vez, los segundos no obedecen;  
 Sus banderas arrojan; grita horrenda

A los vientos despiden; y entregados  
 A una afrentosa fuga, en medio de ella, 6060  
 Y del ciego pavor, unos con otros  
 Tropezando, chocando, y dando en tierra,  
 Se dispersan confusos y extraviados.  
 Ríndense al Vencedor sin resistencia,  
 Sus cadenas, los unos, de rodillas 6065  
 Pidiéndole por gracia. Otros, intentan  
 El alcance evitar en rauda fuga,  
 Y del Euro ganando las riberas,  
 Estúpido terror los precipita  
 En su profundo abismo, y con la misma 6070  
 Muerte, de que huir quieren, al fin topan.  
 Las ondas de cadáveres cubiertas,  
 Del río interceptando la corriente,  
 Retrocede espantado, y se nivela  
 De su frente a la altura originaria 6075  
 Mayenne, que de espanto incapaz era,  
 Sereno, aunque afligido, en tal desorden  
 De su espíritu dueño, aún firme observa  
 Su fortuna cruel; y a sus reveses  
 En jornada cediendo tan funesta, 6080  
 En otra más propicia a lo adelante,  
 Aún aguarda, animoso, triunfar de ella.  
 Cerca dél, al contrario, Aumale fiero,  
 Con un mirar rabioso, acusa, execra  
 Los Flamencos, el Cielo y la Fortuna. 6085  
 «Todo perdido se ha ¿Qué es lo que resta?  
 Morir ¡bravo Mayenne! morir solo».  
 Dejad de tal furor tan vanas muestras,  
 El caudillo responde. No, de Aumale.  
 Vivid para un partido que os aprecia 6090  
 Tanto como le honráis, para que un día  
 La derrota del de hoy reparar pueda,  
 Y el daño redimir, en mejor tiempo,  
 De la suerte que en este nos fue adversa.  
 Vivid, valiente Aumale, y con constancia, 6095  
 De este revés en hora tan funesta,  
 Junto con Rois-Dauphin, los tristes restos  
 Aplegad de la rota soldadesca,  
 Y de París seguidme hasta los muros.  
 Las reliquias batidas y dispersas 6100  
 De la Liga reunid. Así, excedemos  
 Del vencido Coliñi la fiereza».  
 Al oírle el de Aumale, se enfurece,  
 Y de cólera llora. No sin pena,  
 Parte a cumplir un orden que abomina; 6105  
 Cual el fiero león, que mano experta  
 Domar de un moro supo, al dueño dócil,  
 Más feroz y terrible a otro cualquiera,

A la frecuente mano que conoce,  
 Somete horriblemente su cabeza; 6110  
 Le sigue aunque con aire formidable;  
 Feroz, rugiendo aún, le lisonjea,  
 Y amenazar parece obedeciendo.  
 El caudillo, entre tanto, se acelera  
 A dejar escondidas, con su fuga, 6115  
 De París entre muros sus afrentas.  
 Victorioso Borbón, por todas partes  
 Correr ve los ligados, sin defensa,  
 A implorar sus piedades. Al momento,  
 Las bóvedas del Cielo allí entreabiertas, 6120  
 Los Manes visto se han de los Borbones,  
 Que desde él a los aires descendieran,  
 Y el inmortal Luis, rodeado todo  
 De la augusta celícola Asamblea,  
 Por mejor contemplar a su hijo Enrique, 6125  
 Bajó del firmamento a tanta escena.  
 De los Borbones vino el jefe excelso,  
 A observar como el héroe usar supiera  
 De sus ilustres triunfos, y acabara  
 De merecer la gloria que le cerca. 6130  
 Cabe el Rey, sus soldados, los vencidos,  
 Que a su golpe mortal huir pudieran,  
 Con ojos de furor miran, y rabian.  
 Los prisioneros trémulos, que llevan  
 De Enrique a la presencia, absortos, mudos, 6135  
 De su suerte final el fallo esperan.  
 En sus errantes y turbados ojos,  
 Con el mortal despecho, y la vil mengua,  
 Pintaban, y el espanto, su desastre.  
 Sus miradas, Borbón, de gracia llenas, 6140  
 Y en que a un tiempo reinaban la dulzura  
 Y la audacia, sobre ellos caer deja.  
 «Libres estáis, les dice. De hoy más quede  
 Sólo a la voluntad y elección vuestra,  
 El ser mis enemigos o vasallos. 6145  
 Entre mí ya podéis y el de Mayena  
 Reconocer un dueño. Ved, franceses,  
 Quién de los dos más bien serlo merezca.  
 O esclavos de la Liga, o, de un Rey socios;  
 Id, si os place, a gemir bajo de aquélla, 6150  
 O a triunfar bajo de éste. Elegid digo».

A estas palabras, que de un Rey salieran  
 Ya de gloria cubierto, sobre un campo  
 De batalla, en el seno de la misma  
 Victoria, desvariados, sorprendidos 6155  
 Vense los prisioneros: se demuestran  
 Contentos de su rota; y a gran dicha  
 Teniendo el ser vencidos, se clarean

Sus anublados ojos, y en su pecho,  
 Muere todo el rencor, que en él viviera. 6160  
 De Borbón el valor los ha vencido;  
 Y tanto su virtud los encadena,  
 Que ya del mero nombre de soldados  
 Del Rey, alarde haciendo, solo anhelan  
 Su crimen a expiar, con ley ardiente 6165  
 Marchando, a lo adelante, tras sus huellas  
 Benigno el vencedor, y generoso,  
 Que cese ya el degüello presto ordena.  
 Dueño de sus guerreros, su coraje  
 Cede a su regia voz, y se sosiega. 6170  
 Ya no es Enrique el León, bañado todo  
 En sangre de la lid, que fiero lleva  
 La muerte y el terror de fila en fila.  
 Un Dios es, que benéfico, ya suelta  
 De su potente mano el rayo horrible, 6175  
 Y que la tempestad calma y enfrena,  
 Consuelos dando al mundo. Dulces rasgos  
 De la benignidad, la paz ya sella  
 Sobre aquella terrible, amenazante,  
 Y ensangrentada frente. Vida nueva, 6180  
 Por sus humanas órdenes recobran,  
 Los que la luz del día ven apenas;  
 Y sobre sus peligros, sus trabajos,  
 Y sus necesidades y miserias,  
 Sus cuidados extiende, y cual un padre, 6185  
 Atento y oficioso se desvela.  
 De lo veraz lo mismo que lo falso,  
 La peregrina rápida y parlera,  
 Que a medida que avanza, abulta y crece,  
 Y más leve que el viento, en alas vuela 6190  
 Hasta allá mucho más de inmensos mares,  
 De un polo al otro pasa de la tierra,  
 Y el Universo ocupa. De este monstruo,  
 De ojos lleno, de bocas y de orejas,  
 Que igualmente celebra de los reyes 6195  
 Los prodigiosos hechos, que las menguas;  
 Que bajo sí reúne con el miedo  
 Duda y credulidad, y que concierta  
 Con el afán curioso, la esperanza,  
 La retumbante voz, fue cual trompeta, 6200  
 Del héroe de la Francia, de sus glorias,  
 Y sus ilustres triunfos pregonera.  
 Del Tajo al Erídano, vuela al golpe  
 El grandioso y sonoro ruido de ella.  
 Espántase el soberbio Vaticano. 6205  
 Salta el Norte a tal voz de complacencia:  
 Y Madrid, por su parte, entristecido,  
 Tiembla de espanto, al fin, y de vergüenza.

¡O infelice París! ¡o ciudadanos,  
 Que engañados vivís en lid tan terca! 6210  
 ¡Falaces sacerdotes! ¡Infiel Liga!  
 ¡De dolor con que gritos, con que quejas  
 Vuestros templos entonces resonaron!  
 Allí, desmelenadas las cabezas  
 De ceniza cubristeis. ¿Y aún maquina 6215  
 Adular vuestro espíritu Mayena?  
 Él de esperanzas lleno, aunque vencido,  
 Del retiro afrentoso en que se encierra,  
 Con sagaz artificio disfrazaba  
 A la atónita Liga, ya perpleja, 6220  
 Lo irreparable y cruel de su derrota.  
 Contra una suerte de armas tan adversa,  
 De nuevo asegurarle pretendía.  
 Su desgracia ocultándole, aún espera  
 Repararla tal vez, y quiere en tanto, 6225  
 Por mil falsos rumores que audaz siembra,  
 Su celo reanimar y antiguo orgullo.  
 A pesar, entretanto, de consejas,  
 Y de invenciones tantas y artificios,  
 La Verdad, siempre clara, siempre fiera, 6230  
 La Verdad a sus ojos le desmiente,  
 Su impostura confunde, y al fin vuela,  
 De boca en boca, helando y abatiendo  
 Los corazones todos que imbuyera.  
 Obstinada y astuta la Discordia, 6235  
 De ello por fin se aflige, de ello tiembla,  
 Y su furiosa rabia redoblando,  
 «Yo no he de ver jamás, dice, que sean  
 Arruinadas mis obras; que en los muros  
 De este mi Pueblo fiel, ya se vertieran 6240  
 Por mí ponzoñas tantas; que encendida  
 Fuese tanta voraz horrible hoguera;  
 Y que de sangre, al fin, por tantas olas,  
 Cimentada tuviese mi potencia,  
 Para dejar a Enrique el vasto imperio 6245  
 De la Francia, que al mio vi sujeta.  
 Por más que formidable, fuerte e invicto  
 Ese glorioso Príncipe ser pueda,  
 El arte todavía no me falta  
 De enflaquecer su ardor. Si con la fuerza 6250  
 Vencerle no he podido, afeminarle  
 Podré al menos bien pronto. A su braveza,  
 A su excelsa virtud, esfuerzos vanos  
 No opongamos de hoy más. Probado queda,  
 Que al indomable Enrique, con suceso 6255  
 Jamás podrá oponerse, en competencia,  
 Otro algún vencedor; que Enrique mismo,  
 Sólo a su corazón es a quien deba

Ese Borbón temblar. Por él hoy quiero  
 Solamente asaltarle, y de sorpresa 6260  
 Mal herirle y vencerle». Dijo; y pronto  
 Del Euro abandonando las riberas,  
 Sobre un carro teñido en sangre humana,  
 Y del odio tirado en nubes densas,  
 Que el día tornan pálido, ya parte, 6265  
 Y en busca del Amor rápida vuela.

FIN DEL CANTO VIII

▽△

## Canto IX

*Descripción del templo del Amor. La Discordia implora su poder para afeminar el valor de Enrique IV. Este héroe es retenido algún tiempo cerca de Mma. De Estrée, tan célebre bajo el nombre de la bella Gabriela. Morné le arranca a su amor y el Rey vuelve a su ejército.*

Del país, que el antiguo llamó Idalia,  
 Sobre aquellos confines venturosos,  
 Señalados lugares, donde el Asia  
 Su principio, y la Europa su fin tienen, 6270  
 Un vetusto palacio se levanta,  
 Que el tiempo respetó. Naturaleza,  
 Sus primordiales bases allí labra;  
 Y su rústica y simple arquitectura,  
 Ornando en pos del arte mano sabia, 6275  
 Por atrevidos rasgos de su genio,  
 A la naturaleza se adelanta.  
 De su alegre distrito las campiñas,  
 Todas de verde mirto allí pobladas,  
 De sañudos inviernos los ultrajes 6280  
 No sufrieron jamás. Especies varias  
 Nacen allí y maduran por do quiera,  
 De frutos de Pomona, entre mil galas  
 Y dones aromáticos de Flora.  
 Oficiosa la tierra, allí no aguarda, 6285  
 Para ofrecer copiosas ricas mieses,  
 Ni del hombre los votos, ni ordinarias

Estaciones fructíferas del año.  
 En la paz más profunda, ledos hallan,  
 Gozan allí los hombres cuantos gustos 6290  
 En la primera edad del mundo fausta,  
 De la naturaleza le ofreciera  
 La bienhechora mano. Eterna calma,  
 Días puros, serenos y apacibles,  
 La dulzura y placer, que la abundancia 6295  
 Suele ofrecer risueña a los mortales,  
 Los bienes, en fin, todos, y las gracias  
 De la edad primitiva, de ellas sólo  
 La cándida inocencia exceptuada.  
 Otro estrépito allí jamás se escucha, 6300  
 Que el de conciertos músicos, que encantan,  
 Y con dulce armonía, languideces  
 Por las voces inspiran y palabras  
 De mil amantes, y mil tiernos tonos  
 Con que les corresponden sus amadas, 6305  
 Y en que, a veces, celebran su vergüenza,  
 Y hacen de sus flaquezas, gloria vana.  
 Véseles cada día, con sus frentes  
 De floridas guirnaldas coronadas,  
 Implorar de sus dueños los favores; 6310  
 Y en la maña y las artes poco cautas  
 De imponer y agradar, ir en su templo  
 A ensayarse a porfía y afanadas.  
 Del Amor, por la mano, a los altares,  
 Con faz siempre serena, la Esperanza 6315  
 Plácida y lisonjera las conduce.  
 Del sacro templo aquel, siempre cercanas  
 Las Gracias, al desdén, medio desnudas,  
 A su melosa voz, ingenuas danzas  
 Con donaire entrelazan y conciertan. 6320  
 Allí el muelle Deleite, en quietud blanda,  
 Sobre un lecho de céspedes tendido,  
 Sus canciones escucha, y se solaza.  
 Oficiosas le asisten a sus lados,  
 La dócil Complacencia, la Confianza, 6325  
 Los amantes Cuidados, los Placeres,  
 Los Suspiros, en fin, y tiernas Ansias,  
 Aún de más dulce llama y seductora  
 Que los placeres mismos. Tal la entrada  
 Es del célebre templo, y tan amable; 6330  
 Más cuando del mortal liviana planta,  
 Bajo la sacra bóveda, hasta el fondo  
 Del santuario mismo, audaz avanza,  
 ¡Qué espectáculo, entonces, tan funesto,  
 Los ojos de sorpresa en él espanta! 6335  
 De Placeres, allí, ya no aparece  
 Aquella tropa, un tiempo, tierna y cara,

Ni sus suaves conciertos amorosos,  
 Los oídos patéticos halagan.

Las Querellas, tan solo, y el Fastidio, 6340  
 El Temor e Imprudencia temeraria,  
 En un lugar transforman de horror lleno,  
 Tan hermosa mansión y afortunada.  
 De tez pálida y lívida, sombríos,  
 Con pie trémulo, allí, los Celos andan, 6345  
 Tras la inquieta Sospecha, que los guía.  
 La Cólera y el Odio, ante ella marchan  
 Vomitando venenos y blandiendo  
 Un matador puñal. De vista zaina  
 La Malicia, los ve, y al paso aplaude, 6350  
 Con maligna sonrisa y afectada,  
 La comparsa frenética y odiosa.  
 De su error, cerca de ella, y de su rabia,  
 El Arrepentimiento, aunque harto tarde,  
 Los bárbaros furores detestaba, 6355  
 Y aquel horrible séquito cerrando,  
 Confundido suspira, y mustio baja  
 Bañados en mil lágrimas los ojos.  
 Aquí en medio de corte tan infausta,  
 Siempre ingrata e infelice compañera 6360  
 Del humano gozar, su eterna estancia  
 El Amor escogiera. De este niño,  
 Tan tierno como cruel, la mano flaca,  
 Los destinos pendientes de la tierra  
 Lleva siempre a placer. Guerra o paz manda 6365  
 Con sólo un simple gesto, y derramando  
 Por todo lo criado, en abundancia  
 Su dulzura falaz, anima el mundo,  
 Y en todo corazón albergue alcanza.  
 Sobre un fúlgido trono, sus conquistas 6370  
 Contemplando, a sus pies fiero arrojaba  
 Las más soberbias testas, y engreído  
 Más bien de las crueldades de su llama,  
 Que de sus beneficios, daba señas  
 De holgarse de los males que causaba. 6375  
 Guiada por la rabia, la Discordia,  
 Los placeres de allí desvía airada.  
 Ábrese un libre paso, y agitando  
 Las encendidas hachas que empuñaba,  
 Con ojos brasas hechos, y con frente 6380  
 Iracunda y teñida en sangre humana,  
 «¡Hermano mío! dice ¿Qué se hicieron  
 Las terribles saetas de tu aljaba?  
 ¿Para quién esas flechas invencibles  
 Conservaras, Amor, así guardadas? 6385  
 Si de tu fiel hermana la Discordia  
 Las teas encendiendo, a crudas sañas

De tus locos furores, siempre ansiaste  
 La ponzoña mezclar de sus entrañas;  
 Si a la madre común Naturaleza, 6390  
 Con horrible trastorno perturbada  
 Dejé en obsequio tuyo, tantas veces,  
 Ven: y sobre mis huellas, la venganza  
 Vuela al punto a tomar de mis injurias.  
 De un victorioso Rey la fuerte planta, 6395  
 Mis serpientes aprensa. Su audaz mano,  
 De la guerra al laurel, terrible enlaza  
 De la paz la agradable y mansa oliva.  
 La Clemencia, que asidua le acompaña,  
 Con un tranquilo paso, generosa, 6400  
 De su guerrero impulso el ardor calma,  
 Y en el túrbido seno y desgarrado  
 De la guerra civil, por mí excitada,  
 Ya bajo sus banderas victoriosas,  
 Flotando por do quier, todas las almas 6405  
 Por mí sola discordes, va a reunirse.  
 Una victoria más, en polvo, a nada  
 Reducido será mi altivo trono.  
 Del rebelde París a las murallas  
 El rayo lleva Enrique, y a batirle, 6410  
 Vencerle y perdonarle se adelanta.  
 Con cien grillos de bronce aprisionarme  
 Su brazo premedita. A ti, la hazaña  
 Toca ya de enfrenar ese torrente  
 En su curso feroz. Sus, parte, marcha 6415  
 La fuente a emponzoñar de tan sublimes  
 Y valerosos hechos. Ya postrada,  
 Bajo tu yugo ¡Amor! su gloria gima.  
 Haz que a tu tierno halago y dulce magia,  
 De la misma virtud quede en el seno, 6420  
 De su esfuerzo rendida la constancia.  
 Tú has sido ¡Amor! tú has sido, acordaraste,  
 Cuya mano fatal urdió la trama  
 De hacer caer de un Hércules las fuerzas,  
 A los pies arrastrándolas de Omphala. 6425  
 ¿Y no se viera a Antonio entre tus hierros  
 Cautivo y quebrantado, abandonada  
 La pretensión por ti del Orbe entero,  
 Delante huir de Augusto con infamia,  
 Y tras tus huellas solo, de Neptuno 6430  
 A la región librándose salada,  
 Del universo mundo al alto imperio,  
 Anteponer gustoso a su Cleopatra?  
 Vencer te resta a Enrique, además de tantos  
 Orgullosos guerreros de alta fama. 6435  
 En sus soberbias manos, ve de un vuelo  
 A marchitar laureles, que las cargan.

De mirto y de arrayan, su sien altiva  
 Parte al punto a dejar tan solo ornada.  
 Entre el mimo y arrullo de tus brazos, 6440  
 Adormece su bélica arrogancia.  
 A mi trono en peligro y vacilante,  
 Corre a servir de apoyo. Ven: mi causa  
 Es la tuya, y también tu reino el mío». 6445  
 Así dijo aquel monstruo: y retembladas  
 Las bóvedas del templo, repetían  
 Los ecos de su voz, que espanto daban.  
 Amor, que allí entre flores recostado,  
 A su sabor la plática escuchara,  
 Al tono respondió de sus furores, 6450  
 Con sola una sonrisa fiera y grata:  
 De sus doradas flechas se arma, en tanto,  
 Y del Cielo la bóveda azulada,  
 En un punto, cual rayo, veloz hiende.  
 De Placeres, de Juegos, y de Gracias 6455  
 Guiado por los aires, y traído  
 De los céfiros blandos en las alas,  
 A los franceses campos raudo vuela.  
 Del mezquino Simois presto las aguas  
 En su carrera avista, con los campos 6460  
 Donde un tiempo fue Troya. En estas playas,  
 Tan célebres un día, el rapaz fiero  
 Ríese al contemplar de torres altas,  
 De suntuosos palacios las cenizas,  
 A que las redujeron torpes llamas 6465  
 De su adúltera tea. Allá a lo lejos,  
 Fábricas ve soberbias, ve murallas,  
 Que sobre un golfo erguidas, parecía,  
 Que entre sus ondas móviles bogaban.  
 Venecia es la que ve, del mundo asombro, 6470  
 Cuyo destino al ver Neptuno pasma,  
 Y que a las vagas ondas encerrando  
 Con su seno esposadas, fiera manda.  
 Desciende a descansar, y alto Amor hace,  
 De la fértil Sicilia en las aisladas 6475  
 Fructíferas campiñas, donde un tiempo  
 A Virgilio y Teócrito inspiraba;  
 Y do también se cuenta, que allá un día,  
 De su poder la fuerza arrebatara  
 Del amoroso Alfeo los raudales 6480  
 Por ocultos caminos. Se levanta:  
 Y las orillas plácidas dejando  
 Del amable Aretusa, veloz pasa  
 En campos de Provenza hacia Voclusa,  
 Más dulce asilo aún y suave estancia, 6485  
 Donde en sus bellos días, sus amores  
 Suspirara, y sus versos el Petrarca.

Las paredes de Anet ve remontarse  
 Del Euro a las riberas, cuya magna  
 Elegante estructura trazó él mismo 6490  
 Y do por diestras manos aún grabadas,  
 Visibles hasta el día se conservan,  
 Las amorosas cifras de Diana<sup>87</sup>.  
 Las Gracias, al pasar, y los Placeres,  
 Sobre su tumba, flores, que brotaran 6495  
 Bajo sus lindas huellas, derramaron.  
 Termina ya el Amor su veloz marcha,  
 Y a Ivri llega por fin; do a partir pronto  
 Para empresas mayores el monarca,  
 Aún en medio del ocio, activo y bravo, 6500  
 Útil y dulcemente conciliaba  
 La laboriosa imagen de la guerra,  
 Con los regios solaces de la caza,  
 Y en tan marcial recreo, algún instante  
 Su trueno reposar en paz dejaba. 6505  
 Mil jóvenes guerreros, a su lado,  
 Y al través de los campos, acosaban  
 Diestramente los huéspedes del bosque.  
 Una alegría bárbara e inhumana  
 Siente a su vista Amor: aguza flechas; 6510  
 Sus cadenas apresta; lazos arma;  
 Y los aires agita y alborota,  
 Que a proposito él mismo serenara.  
 Habla: y súbitamente vense armados  
 Los elementos todos. De la plaga 6515  
 Más remota del mundo, hasta la opuesta,  
 La tempestad llamando, su voz manda  
 Que congreguen los vientos mil nublados;  
 Que desprendan al pronto, de las aguas  
 Los torrentes suspensos en el aire; 6520  
 Y que sobre aquel suelo al punto traigan  
 Con la noche relámpagos y rayos.  
 A sus órdenes fieles e irritadas  
 Del Aquilón las furias, en los cielos  
 Despliegan anublados, fieras alas. 6525  
 La más horrible noche, a un día hermoso  
 Suceder se ve ya. Gime, se espanta,  
 Y la Naturaleza a Amor conoce.  
 De aquella vasta y húmeda campaña  
 Por entre cenagosos y hondos surcos, 6530  
 Un pie incierto, Borbón, encaminaba  
 Sin guía y sin escolta. Amor, entonces,  
 De su antorcha excitando la cruel llama,  
 Hace delante dél ir alumbrando  
 Este nuevo prodigio. En la intrincada 6535  
 Umbría de las selvas, de los suyos  
 Abandonado el Rey, tras la luz marcha

De aquel astro enemigo, que entre sombras  
 Brillando de la noche, le guiadaba.  
 Cual se vieran, a veces, los viajeros 6540  
 Ir, errantes, siguiendo en sus jornadas  
 Varios ardientes fuegos, que la tierra  
 De sus senos recónditos exhala,  
 Pasajeros vapores, cuyas luces  
 Maléficas los llevan, deslumbrada 6545  
 La vista, al precipicio, hasta el momento,  
 En que ellas le iluminan, y él los traga.  
 Hacía poco tiempo, que fortuna,  
 De una ilustre mortal la bella planta  
 A estos lúgubres climas condujera. 6550  
 De una tranquila quinta solitaria  
 En el fondo apacible, allá bien lejos  
 Del horroroso estruendo de las armas,  
 Esperaba la joven a su padre,  
 Que a sus príncipes fiel, y honrosas canas 6555  
 De la guerra adquiriendo entre los riesgos,  
 Nunca del Gran Enrique abandonara  
 Los gloriosos y regios estandartes.  
 Era de Estrée su nombre. Mano franca<sup>88</sup>  
 De la naturaleza, sin medida, 6560  
 De sus amables dones la colmara.  
 No con tanto esplendor, a las riberas  
 Del Eurotas, un día, rutilaba  
 La criminal belleza, que a su esposo  
 Menelao, la fe, torpe violara. 6565  
 Menos por cierto hermosa e interesante,  
 Ostentar viera Tarsis en sus playas,  
 La suprema beldad, que del Romano  
 Al formidable dueño esclavizara,  
 Cuando mortales razas de habitantes, 6570  
 Que allá a orillas del Cidano moraban,  
 Por la Diosa acatándola de Chipre,  
 En su culto incensarios manejaran.  
 Ella en la edad rayaba... ¡Edad terrible!  
 Que hace de las pasiones más tiranas 6575  
 Inevitable y grato el dulce yugo.  
 Su corazón naciera, y se formaba  
 Para el amor más fino: pero votos,  
 Aún, fiero y generoso, no aceptara  
 De algún ansioso amante; parecida 6580  
 A la mimosa rosa, en la mañana  
 De su fresca apacible primavera,  
 Que su natal belleza al nacer guarda,  
 Y en sus primeros días, recatando  
 De los vientos de amor a las oleadas, 6585  
 Los preciosos tesoros de su seno,  
 Ábrelos a su tiempo, y los regala

Sólo a los rayos dulces y suaves,  
 De un día de serena y pura calma.  
 Entre tanto, el Amor, que a sorprenderla, 6590  
 Bajo un supuesto nombre se aprestara,  
 Cerca de ella de súbito aparece  
 Sin su antorcha, sus flechas, y su aljaba.  
 La voz de un simple niño y la figura  
 Toma, y esto le cuenta. «En las cercanas 6595  
 Riberas dejó verse ese famoso  
 Vencedor de Mayenne, que se avanza  
 Hacia aquestos lugares»; y al decirlo,  
 Allá en su corazón un ansia extraña,  
 Un deseo ignorado introducía 6600  
 De agradar a aquel héroe, y animada  
 Viose de nuevas gracias su tez bella.  
 Aplaudíase Amor, al contemplarla  
 Hermosa tanto entonces, y ayudado  
 Del tropel de atractivos, que la agracian, 6605  
 ¿Qué no debió esperar? él, de Estrée, lleva  
 Al encuentro del Rey, la linda planta.  
 El arte, con que él mismo, simplemente  
 Su traje y sus adornos preparara,  
 A seducidos ojos parecían 6610  
 De la naturaleza propia gala.  
 De sus blondos cabellos oro fino,  
 Que del viento a merced, en él flotaba,  
 Ora, revoleando, los nacientes  
 Tesoros va a cubrir de su garganta, 6615  
 Ora expone a los ojos sus encantos,  
 Sus inefables y picantes gracias,  
 Que aún más preciosas hacen su modestia:  
 No aquella austeridad feroz y opaca,  
 Que a la misma beldad, que al amor mismo 6620  
 De sí lejos arredra, y los espanta,  
 Sino el pudor, que dulce, que inocente,  
 Que aniñado, colora, enciende, esmalta,  
 De un divino sonrojo los semblantes;  
 Que inspirando respeto, aviva e inflama 6625  
 Mucho más el deseo, y los placeres  
 Del que puede vencerlo, más exalta.  
 Aún hace más Amor, a quien milagro  
 No es imposible alguno; pues encanta  
 Por invisible hechizo estos lugares. 6630  
 Mirtos entrelazados por sus ramas,  
 Que sumisa la tierra, en un momento  
 Abortó de sus pródigas entrañas,  
 Sobre el suelo extendían del contorno,  
 Verde frondosidad embovedada. 6635  
 Bajo su fatal sombra, incautamente,  
 Cualquier mortal apenas su pie estampa,

Cuando por mil secretos blandos lazos  
 Siéntese detener. Allí le agrada;  
 Estarse allí le place. Allí se turba: 6640  
 Salir de allí no puede. Un onda clara,  
 Bajo estas sombras plácidas huyendo,  
 Embelesa la vista, y la arrebata.  
 Los dichosos amantes, embargados  
 De una embriaguez allí tan dulce y cara, 6645  
 De todo su deber un pleno olvido  
 A vasos llenos beben y sin tasa.  
 En todo aquel recinto delicioso,  
 Triunfa y reina el Amor. En él alcanza,  
 Y un poder probar hace irresistible. 6650  
 Todo parece allí que el Amor cambia,  
 Y todo corazón allí suspira.  
 Todos embelesados allí se hallan,  
 Del encanto que inspiran y resuellan.  
 Todo allí de Amor habla. Amores cantan, 6655  
 Y aves gorjean mil, y mil redoblan  
 Por los amenos campos y enramadas,  
 Sus ósculos, sus trinos, y caricias.  
 El segador activo, que se avanza  
 A la Aurora, y cantando, a segar corre 6660  
 La que espiga le ofrece ya dorada,  
 La estación ardorosa del Estío,  
 Cual trabado en su marcha, allí se embarga;  
 Allí se inquieta todo; allí se agita;  
 Y de ayes puebla mil aquellas auras. 6665  
 Su corazón se admira, se sorprende  
 De tan nuevos deseos. Él, su estancia  
 Embebecido, fija, y encantado  
 En tan bello retiro, y empezada  
 Deja su mies preciosa. El que apacienta 6670  
 Cabe dél, hato rico, la zagala  
 Olvidando, y temblándole la mano,  
 Ya de ella, sin sentir, se le resbalan  
 Los bolillos al suelo. De este hechizo  
 A poderío tal, a fuerza tanta, 6675  
 ¿Qué hacer pudo de Estrée, cuando atraída  
 De un invencible encanto es la cuitada?  
 Ella que combatir tenía, a un tiempo,  
 En ocasión y en horas tan menguadas,  
 Su edad, su corazón, su amor, y un héroe. 6680  
 De Enrique, por un tiempo, la gran alma,  
 La inmortal valentía, allá en secreto  
 Su inacción reprobando, le llamaran  
 De su glorioso campo a las banderas:  
 Pero mano invisible le ligaba 6685  
 A su pesar allí. Apoyo, en vano,  
 En su primer virtud Borbón buscara.

Su virtud le abandona; y su alma absorta,  
 No conoce, no ve, no escucha, no ama  
 Más deber que su Estrée, más gloria y dicha. 6690  
 De Enrique, en este tiempo, la morada  
 Sus jefes ignorando, de él distantes,  
 ¡Con qué afán por su Rey se preguntaban  
 Los unos a los otros! ¡qué confusos,  
 Cuán sin ánimo y mustios todos andan! 6695  
 Por sus días solícitos y ansiosos,  
 Agitábanse todos y temblaban:  
 Creer, empero, alguno no pudiera,  
 Que en tan fatal ausencia, sin infamia  
 Temblar también debiese por su gloria. 6700  
 En balde por do quier se le buscaba;  
 Y sus bravos guerreros, desmayados,  
 No llevándole al frente, que quedaran  
 Parecía dispersos y vencidos.  
 Pero el Genio feliz, que de la Francia 6705  
 Preside a los destinos, tiempo largo  
 Ausencia no sufrió tan arriesgada.  
 A la voz de Luis baja del Cielo;  
 Y con vuelo veloz, sobre sus alas,  
 De su hijo al socorro parte al punto. 6710  
 Luego que, descendiendo, el pie descansa  
 Sobre nuestro hemisferio, por que pueda  
 Con un sabio encontrarse, atenta ojeada  
 Por la tierra tendió; más sin buscarle  
 En aquellas mansiones veneradas, 6715  
 Que al estudio los hombres, al silencio,  
 Y al penitente ayuno consagraran,  
 A encontrarle en Ivri rápido vuela.  
 Entre aquella licencia relajada,  
 Donde de los soldados victoriosos, 6720  
 La arrogante insolencia se desata,  
 Fija el ángel feliz de los franceses  
 Su vuelo celestial. Allí se para;  
 Y en medio de los fieros estandartes,  
 De los que de Calvino hijos se llaman, 6725  
 Se dirige a Morné, por enseñarnos,  
 Que la sola razón, mil veces basta  
 A conducirnos bien: de la manera,  
 Que, entre paganas gentes, ya guiara  
 A los Marcos Aurelios y Platones, 6730  
 Vergüenza y confusión de las cristianas.  
 Morné, prudente amigo, nada menos  
 Que filósofo austero, no ignorara  
 El arte tan discreto como raro  
 De agradar reprehendiendo. Él enseñaba 6735  
 Más que con el discurso con su ejemplo.  
 Las virtudes más sólidas, del alma

De Morné, los amores fueran todos.  
 Ávido de trabajos, sin más ansias,  
 Y a los blandos placeres insensible, 6740  
 Al borde, con pie firme, caminaba  
 Del mayor precipicio. Nunca el tono  
 De la corte, ni su aura envenenada,  
 La pura austeridad de su constante  
 Corazón, corrompiera ni alterara. 6745  
 Así ¡bella Aretusa! de Amfitrite,  
 A tu inviolado tránsito, pasmada,  
 Hasta el seno feroz y borrascoso,  
 Rodar hacen tus ondas dulces aguas,  
 Limpios cristales claros, a que nunca, 6750  
 De los piélagos vicia, ni contagia  
 La salobre amargura, por do corren.  
 Generoso Morné, cuyas pisadas  
 La Prudencia dirige, a su par vuela  
 En alas del afecto a la morada, 6755  
 En que la femenil dulce molicie,  
 En sus brazos prendiendo, esclavizaba  
 Al vencedor terrible de los hombres,  
 Y con él los destinos de la Patria:  
 Multiplicando Amor sus tiernos triunfos, 6760  
 Sus dichas cada instante acrecentaba,  
 Por desmenuar más bien sus altas glorias.  
 Los deleites, que rápida duranza  
 Suelen sólo lograr, embelesando  
 Sus momentos, sus días renovaban. 6765  
 Colérico el Amor, en medio de ellos,  
 La severa Prudencia, colocada  
 Del virtuoso Morné descubre al lado.  
 Transpórtase furioso; y en venganza,  
 Contra el sabio guerrero una saeta 6770  
 Lanzar quiere cruel, con que pensaba  
 Hechizar sus sentidos, y creía  
 Herir su corazón: pero se engaña.  
 Su cólera, Morné y agudas flechas,  
 Sus encantos, Morné, menospreciaba. 6775  
 Impotentes sus puntas, se rompían  
 En su armadura todas, o embotaban.  
 Con circunspecto acuerdo, que a sus ojos  
 Se le ofreciese el Rey, modesto aguarda;  
 Y entre tanto, con vista y ceño airado, 6780  
 Aquel hermoso sitio contemplaba.  
 Del sombrío jardín allá en el fondo,  
 Y a orillas de un raudal de limpias aguas,  
 Bajo un mirto amoroso, del misterio  
 Verde y ameno asilo, prodigaba 6785  
 A su amante la Estrée sus gracias todas.  
 Unido el uno al otro, cual pegada

Suele al laurel la hiedra, entre los brazos  
 De su Estrée nuestro Enrique se abrasaba, 6790  
 De amor desfallecía. De los tiernos  
 Suavísimos coloquios, que alternaban,  
 Nada, en tales momentos, capaz fuera  
 De alterar el hechizo. Se llenaran  
 De lágrimas sus ojos y desmayo,  
 De aquellas dulces lágrimas, que labran 6795  
 La gloria y el placer de los amantes.  
 Ellos allí sentían, y gustaban  
 Aquella embriaguez, aquel arrobó,  
 Aquel muelle transporte y furia mansa,  
 Que solo un amor tierno gustar hace, 6800  
 Y que explicar también él solo alcanza.  
 Juguetones placeres y festivos,  
 Amores mil de un índole aniñada,  
 De su dulce reposo allá en el seno,  
 Aquel fuerte guerrero desarmaran. 6805  
 Aquí, el uno, agarraba y revolvía  
 Aún teñida de sangre su coraza.  
 Al héroe manoseando y desciiendo  
 Otro, allí, la terrible cimitarra,  
 Se reía a placer, y entre sus manos 6810  
 Débiles e infantiles, jugueteaba  
 Con el hierro, que apoyo era del trono,  
 Y a los hombres horror y espanto causa.  
 La Discordia, a lo lejos, acechando  
 Sus humanas flaquezas, le insultaba; 6815  
 Y el afecto cruel de su contento,  
 Exprimía con pérfidas risadas.  
 Su actividad aleve, no prodiga  
 Tan críticos momentos. Sin tardanza,  
 Las sierpes de la Liga a irritar corre; 6820  
 Y mientras que a los brazos se entregara  
 Del reposo Borbón, del bando opuesto  
 Las infernales furias despertaba.  
 Por fin en los jardines, do yacía  
 Su virtud en el ocio aletargada, 6825  
 Parecer ve Morné. Vele, y se afrenta.  
 Uno de otro, en secreto, recelaba  
 La presencia al igual. Se acerca el sabio,  
 Y un sombrío silencio grave guarda;  
 Más su silencio mismo, el mirar triste 6830  
 De su abatida vista ¡Cuánto daban  
 Que entender a Borbón! Sobre aquel rostro  
 Humildemente severo, en que reinaba  
 La dura pesadumbre, su flaqueza  
 Fácilmente y rubor Borbón repara. 6835  
 Odia Amor sus sorpresas. Raras veces,  
 Suele amarse al testigo de sus faltas.

De Morné, cualquier otro, los cuidados  
 No hubiera agradecido, a mal llevara<sup>89</sup>.  
 «¡Caro amigo! el Rey dice, mis enojos 6840  
 Temer no debes, no. Quien me señala,  
 Quien mi deber me advierte, de agradarme  
 Seguro puede estar. Ven: llega. Aún se halla  
 Digno de ti tu Rey, y su alma dócil.  
 No más, no más, Morné; te he visto, y basta. 6845  
 Tú me has vuelto a mí mismo ¡caro amigo!  
 Ya la virtud antigua, que robara  
 De mi pecho el amor, a cobrar vuelvo.  
 De esta inacción tan torpe y desairada  
 Los males evitemos. De este estado 6850  
 La afrenta huyamos ya, la torpe infamia.  
 De este lugar huyamos tan funesto,  
 Donde mi corazón aún quiere, aún ama,  
 Aún pide, amotinado, el dulce grillo,  
 Con que el Amor en él le aprisionaba. 6855  
 De hoy más, de mi pasión la fiera fuga,  
 Mi victoria será más noble y cara.  
 En los brazos partamos de la gloria,  
 A retar del Amor las asechanzas.  
 De la guerra, al momento, los terrores, 6860  
 Las rápidas sorpresas, las alarmas  
 Hacia París, intrépidos, llevando,  
 Lave ya de mi error obscuras manchas,  
 En la española sangre nuestro acero».

De un valor generoso, a estas palabras, 6865  
 A su dueño, Morné, ya reconoce;  
 Y de alborozo lleno: «El mismo, exclama,  
 El mismo sois, Enrique, que hoy mis ojos  
 Tornan de nuevo a ver. ¡Vos, de la Francia  
 Augusto defensor! ¡Vos, de vos mismo 6870  
 El vencedor ilustre, y el monarca  
 De vuestro corazón! Las glorias vuestras,  
 Con nuevo brillo, Amor, hoy día esmalta.  
 Feliz hombre es aquel que Amor ignora,  
 Y héroe más raro aquel que le avasalla». 6875  
 Dijo: y de tales sitios a alejarse  
 Ya se apresura el Rey ¡Qué pena amarga!  
 ¡Cuánto dolor! ¡o Cielo! ha enternecido  
 Aquel último adiós! Absorta el alma  
 De tan gracioso objeto y tan amable, 6880  
 De quien huyendo va, y aun adoraba,  
 Condenando sus lágrimas, a un tiempo  
 Sin libertad Enrique las derrama.  
 Del Amor a una parte arrebatado,  
 De Morné conducido a la contraria, 6885  
 Ya se aleja, ya torna, ya en fin parte,  
 Parte desesperado. Desmayada

Cae al punto de Estrée, sin movimiento, Sin color y sin vida. Subitánea	
Negra y fúnebre sombra, a eclipsar llega	6890
De sus hermosos ojos la luz clara.	
Amor, que lo percibe, se estremece, Y a los aires, furioso, un grito lanza.	
Recelaba el aleve, y se afligía,	
De que una noche eterna le robara	6895
Una ninfa, a su imperio, tan hermosa; Y el dulce hechizo aquel, aquella llama	
De unos hermosos ojos, que debían En la Francia encender hogueras tantas,	
Para siempre apagase inexorable.	6900
Él la toma en sus brazos: él la halaga: Él la fomenta; y presto a su voz dulce,	
Vélese de la amante desolada Los párpados a abrir amortiguados.	
A su querido nombra veces varias;	6905
Por él pregunta a Amor, do quiere le buscan Solícitos sus ojos, y se apagan,	
Se cierran al no hallarle. Cerca de ella, El Amor en mil lágrimas se baña.	
Del día a la luz bella, que aborrece,	6910
Tiernamente una vez y otra la llama. Con esperanzas mil consoladoras,	
Sagazmente procura confortarla, Y a males, de que sólo el autor era,	
Alivios y consuelos aplicaba.	6915
Morné, siempre inflexible, siempre austero, A su Señor, en tanto, que notara	
Demasiado sensible, sostenía. La virtud y la fuerza, les mostraban	
Del honor los caminos. Con laureles	6920
En las manos, la gloria les guiaba; Y el indignado Amor, como vencido	
Por el justo deber, de Anet escapa A esconder, de allí lejos, con su pena,	
Su furor, su vergüenza, y su desgracia.	6925

FIN DEL CANTO IX

▽△

## Canto X

*Vuelve el Rey a su ejército. Renuévase el sitio. Combate singular del vizconde de Turena y el caballero de Aumale. Hambre horrible, que consume la ciudad. El Rey alimenta a los mismos sitiados. El Cielo recompensa, por fin, sus virtudes. La Verdad viene a iluminarle. París le abre sus puertas, y acábase la guerra.*

Tan peligrosas horas prodigadas  
En la afeminación y la pereza,  
Su flaca situación a los vencidos  
Hicieran olvidar. Ya el de Mayena,  
Preparádose había, a punto estaba 6930  
De otra lid arrostrar, otras empresas,  
Y de esperanzas nuevas embriagado,  
Era el pueblo infeliz víctima de ellas.  
Más nada al impaciente Enrique embarga,  
Que a poner alta cima se acelera 6935  
De su infiel capital a la conquista.  
Y París espantado, con sorpresa,  
Del campo de Borbón, que se acercaba,  
Flotantes a ver vuelve las banderas.  
Al pie de sus murallas nuevamente, 6940  
El héroe formidable se presenta;  
Murallas, do su rayo aún humo exhala,  
Murallas, que en cenizas no pudieran  
Resolverse a dejar, en aquel día,  
En que de la feliz nación Francesa 6945  
El Ángel tutelar, aparecido,  
Su indignación calmando, suspendiera  
De su triunfante brazo los rigores.  
Todo el campo, del Rey a la presencia,  
De gritos de alegría puebla el viento. 6950  
Y hacia París mirando, cual su presa,  
Ya con ávidos ojos le devora.  
Los de la Liga, en tanto, que consterna  
El más justo terror, en torno todos  
Del prudente Mayenne a unirse vuelan, 6955  
Allí el audaz Aumale la palabra  
El primero tomando, con fiereza  
De todo acuerdo tímido enemiga,  
Del general Consejo a la Asamblea,  
Este lenguaje impávido dirige. 6960  
«Hasta el día, a escondernos con vergüenza  
Aprendido no hubimos. A nosotros  
Ese enemigo viene. Que allá afuera  
A encontrarle marchemos, nos importa.  
Allá es do llevar nos interesa 6965

Un dichoso furor. De los franceses  
 El ímpetu conozco en las refriegas.  
 Su arremetiente ardor, la obscura sombra  
 De los muros entibia, y es a medias  
 Vencido ya el francés que es atacado. 6970  
 La desesperación, veces diversas  
 Victorias consiguió. Todo lo espero  
 Del activo vigor de nuestra fuerza,  
 Y nada de la inerte de esos muros.  
 ¡Héroes que me escucháis, almas guerreras! 6975  
 A los campos volad del fiero Marte.  
 ¡Pueblos que me seguís en su carrera!  
 Vuestros jefes serán vuestras murallas».

Y calló; más de audacia tan extrema,  
 Claramente indicando los ligados, 6980  
 Acusar en silencio la imprudencia,  
 De rubor encendido, lee con rabia  
 En sus confusos ojos la respuesta,  
 Que a su arenga el temor dictado había.

«Y bien, Franceses, dice, pues mis huellas 6985  
 A seguir no se atreven vuestros pechos,  
 Sobrevivir no quiero a tal afrenta.  
 Vos teméis los peligros; más yo solo  
 A provocarlos salgo. De mí aprendan  
 A vencer vuestros ánimos, o al menos, 6990  
 A morir con honor en la palestra».

Pronto una puerta abrir de París hace;  
 Y del inmenso pueblo que lo cerca  
 Arredrando la escolta, al campo avanza.  
 Cual de duelos ministro, a la pelea 6995  
 En su marcha un heraldo le precede,  
 Que del Rey penetrando hasta las tiendas,  
 En alta y hostil voz, así pregona.

«Cualquiera que la gloria en algo aprecia,  
 En singular batalla, salga al punto 7000  
 Al campo del honor; al punto venga  
 El lauro a disputar de la victoria.  
 Aquí el de Aumale os llama, y aquí os reta.  
 Pareced caballeros enemigos».

De tan osado bando a la voz fiera, 7005  
 Cada Jefe, a porfía, aspira ardiente,  
 De su celo impelido, nuevas pruebas  
 Contra de Aumale a dar de sus esfuerzos,  
 Tan ilustre elección, tal preferencia,  
 Todos cerca del Rey con ansia intrigan. 7010  
 Todos de su valor tan bella prenda,  
 Tenían de antemano bien ganada,  
 Más de todos, al fin, en competencia,  
 Ventaja tan preciosa, blasón tanto,  
 Se arrebató el intrépido, Turena. 7015

En sus manos, el Rey, el nombre todo,  
 La gloria de la Francia deja puesta.  
 «Ve Turenne, le dice, presto corre  
 A abatir de un soberbio la insolencia.

Por tu Patria, este día, por ti mismo, 7020  
 Y a un tiempo por tu Príncipe pelea.  
 Sus armas en efecto dél recibe».

Y su espada al decírselo, le entrega.  
 «No, sin duda, gran Rey, así responde,

Su rodilla abrazando, el noble atleta, 7025  
 Jamás vuestra esperanza saldrá vana.  
 Este acero, señor, por mí lo atesta.  
 Yo lo juro por vos». Dijo; en sus brazos,  
 Al punto de partir, el Rey le estrecha,

Y hacia el puesto se arroja velozmente, 7030  
 Donde de Aumale ya, con impaciencia,  
 Que un campeón pareciese ufano aguarda.  
 Del pueblo de París la turba inmensa  
 Sus muros coronaba. Los soldados

De Borbón, cerca dél, el duelo observan. 7035  
 Sobre el uno y el otro combatiente,  
 Todos sus ojos fijan en la escena;  
 Y cada cual de entrambos, en el uno,  
 Viendo a su defensor, coraje intenta

Con su gesto inspirarle y con sus gritos. 7040  
 Sobre París, entonces, verse deja  
 Una nube pendiente, que en su seno,  
 Conducir parecía entre la recia  
 Tempestad, el relámpago y el rayo.

Sus fogosas entrañas rubinegras 7045  
 Allí al golpe estallando fuera arrojan  
 De monstruos del infierno una caterva.  
 El Fanatismo horrible, la Discordia  
 Sanguinaria, feroz, y turbulenta,

De falso corazón y vista zaina 7050  
 La Política umbría, y de la guerra  
 Respirando el mal Genio sus furores,  
 De sangre finalmente, que bebieran,  
 Embeodados Dioses, Dioses dignos

De los Ligados, caen, y se sientan 7055  
 De la ciudad rebelde sobre el muro.  
 Por Aumale a luchar todos se aprestan;  
 Cuando allí sobre el campo, a un mismo tiempo;  
 A los cielos la bóveda entreabierta,

En la región del aire, sobre un trono, 7060  
 Descender se ve un ángel, con diadema  
 De rayos mil ceñido, que flotando,  
 Y entre llamas hendiendo su carrera  
 Sobre fúlgidas alas, tras sí lejos,

De surcos de la luz, que le rodea, 7065

El Occidente deja iluminado.  
 En una mano, sacra oliva lleva,  
 De la paz siempre amable y suspirada  
 Consolador presagio. En otra, ostenta,  
 Y de un Dios vengador hace que brille 7070  
 Aquel horrible acero, que blandiera  
 Del exterminador la fiera mano,  
 Cuando a la indignación de Dios tremenda  
 Plugo un tiempo librar a voraz muerte,  
 De una indómita raza altiva y necia, 7075  
 Los hijos primogénitos. De espada  
 Tan terrible al aspecto, se consternan  
 Los infernales monstruos, desarmados,  
 Atónitos y estúpidos se quedan.  
 El terror en cadenas los envuelve; 7080  
 Y un poder invencible, las saetas  
 De su inflexible tropa abate todas.  
 Al modo, que otra vez, caer hiciera  
 En sangre humana tintas, de sus aras,  
 Aquel fiero Dagon, deidad horrenda 7085  
 Del fuerte filisteo; cuando un día,  
 Del Gran Dios de los Dioses, ya traspuesta,  
 En su templo, a sus ojos espantados,  
 Del Testamento el Arca se expusiera.  
 El Ejército, el Rey, París entero, 7090  
 El Cielo y el Infierno, a fijar llegan  
 En combate tan célebre sus ojos.  
 Al punto ambos guerreros en ley entran  
 De la terrible lid a la estacada;  
 Y del campo de honor ya la barrera 7095  
 Abre a la usanza el Rey. El peso enorme  
 De la adarga, sus brazos no molesta,  
 Ni sus pechos intrépidos ocultan,  
 De una intrincada malla cotas recias,  
 Duros bustos de acero, que ornamento 7100  
 De antiguos caballeros ser soliera,  
 Refulgente a la vista, y a los golpes  
 Impenetrable a un tiempo. Ellos desprecian  
 Arreos que pesada más harían  
 Y menos peligrosa la palestra. 7105  
 Era su arma una espada. No les cubre  
 Otra defensa más; y toda expuesta  
 Al riesgo la persona, el uno al otro  
 Mutuamente avanzándose se acerca.  
 «¡Gran Dios, Turena exclama, Árbitro eterno 7110  
 De mi Príncipe! baja, y su querella,  
 Su causa juzga ya. Por él combate,  
 Y pelee conmigo tu alta diestra:  
 ¿Qué importará el valor, que de tu brazo  
 La protección divina no sostenga? 7115

Es bien poco, Señor, lo que este día,  
 Confiado en ti sólo el de Turena,  
 Espera de sí mismo; pero todo  
 Del poder de tu mano justiciera».

«Yo, responde de Aumale, yo lo espero 7120  
 Únicamente todo, de la fuerza  
 De mi propio valor y de este brazo.  
 De las luchas la suerte fausta o adversa,  
 De nosotros depende solamente.

A la Deidad suprema, en vano apela, 7125  
 En vano el hombre tímido la implora.  
 Tranquila allá en el Cielo, acá nos deja  
 Sólo a nosotros mismos entregados.  
 El partido más justo en las contiendas  
 De poder a poder entre los hombres, 7130  
 Es el del que triunfante sale de ellas.  
 El esfuerzo, Turena, el valor sólo,  
 El Árbitro y el Dios son de la guerra».

Dijo: y con una ojeada, que de furia  
 Y altanera arrogancia centellea, 7135  
 De su rival insulta la confianza,  
 No menos grave y digna que modesta.  
 Ya resuena el clarín. Ya velozmente  
 Parten los dos campeones a su seña.

Ya a arremeterse llegan, y los riesgos 7140  
 Del combate por fin, ambos comienzan.  
 Todo cuanto pudieran hasta entonces  
 El brío y el valor, con la firmeza,  
 El ardid y constancia combinados,  
 De ambas partes campaba en tal pelea. 7145  
 Si cien golpes se tiran, cien se paran,  
 Y se cubren con rápida presteza.  
 Tan pronto, con furor, el uno de ellos  
 Veloz se precipita, y con la misma  
 Rapidez, el contrario quita el golpe. 7150  
 Tan pronto, aproximándose, que llegan  
 A abrazarse parece. Su peligro,  
 Que renace inminente, y se acrecienta  
 Cada instante, un placer presta horroroso.

Gusto daba el mirar cómo se observan, 7155  
 Cómo los dos se temen mutuamente:  
 Cómo se avanzan ambos, y repliegan;  
 Cómo entrambos se miden, y se aguardan.  
 El centellante acero, con destreza  
 Desviado, la vista ilude y turba 7160  
 Con fintas, que aquí encaran, y allí asestan.  
 Tal se mira del sol la luz fulgente,  
 Que sus rayos de fuego dobla y quiebra  
 En el onda diáfana, en que rotos,  
 Y más y más dispersos por mil sendas 7165

Del paso en que refringen, a los aires,  
 De donde ya partieran, dan la vuelta  
 Desde el móvil cristal. Sobresaltada  
 La espectadora turba, y sin que pueda  
 Comprender lo que ve, perpleja toda, 7170  
 Por momentos su triunfo o ruina espera.  
 Es el joven Aumale más ardiente,  
 Fuerte más y furioso. No es Turena  
 Tan impetuoso, no; pero más diestro,  
 Dueño de sus sentidos, no le obceca 7175  
 La cólera jamás, sólo le anima,  
 Y a placer su rival cansa y molesta.  
 En mil vanos esfuerzos empeñado  
 Del de Aumale el vigor, exhausto queda;  
 Y bien presto su brazo, inútilmente 7180  
 Quebrantado y rendido, ya no presta  
 Servicio a su valor. Notando, entonces  
 Turena, que lo mira, su flaqueza,  
 Se reanima, le acosa, le comprime,  
 Le persigue, y al fin, hiere y penetra 7185  
 De una mortal herida su costado.  
 Tendido ya de Aumale, se revuelca  
 Entre olas de su sangre. Del Infierno  
 Todos aquellos monstruos, braman, tiemblan,  
 Y estos acentos lúgubres se oyeron 7190  
 En los aires sonar: «Cayó por tierra  
 El trono de la Liga para siempre.  
 Has vencido Borbón. Nuestra potencia,  
 Nuestro Reino pasó». A estos acentos 7195  
 Su lamentable grito el pueblo mezcla.  
 Exánime de Aumale, ya postrado  
 Sin aliento y vigor sobre la arena,  
 Que aún su rival retaba parecía;  
 Pero ¡o vano furor! Ya se le suelta 7200  
 El formidable acero de la mano;  
 Y aun todavía, bravo, a hablar se esfuerza;  
 Más su voz entre el labio opresa expira.  
 De verse así vencido la vergüenza,  
 Dábale con horror más fiero aspecto.  
 Quiere alzarse: recae. Entreabre apenas 7205  
 Un ojo moribundo: a París mira,  
 Y suspirando muere. Tú le vieras,  
 Desgraciado Mayenne, agonizando;  
 Tú le viste y temblaste ¡audaz Mayena!  
 Y en momento tan mísero y horrible, 7210  
 La imagen funestísima ya cerca  
 Presentose a tu espíritu turbado,  
 De tu infalible pérdida completa.  
 De París entre tanto, hacia los muros,  
 El cadáver de Aumale, a marcha lenta 7215

Taciturnos soldados devolvían.  
 Tan funeraria pompa y lastimera,  
 Por medio de un gran pueblo consternado  
 Atónito y confuso, avanza y entra.

Temblando, cada cual, mira aquel cuerpo 7220  
 Desfigurado todo: macilenta,  
 Manchada observa en sangre aquella frente;  
 Aquella boca advierte medio abierta;  
 La cabeza hacia un lado descolgada,  
 Suelta y de polvo sucia la melena; 7225  
 Ve por fin unos ojos, en que todos  
 Sus estragos y horror la muerte ostenta.  
 Ya no corren más lágrimas. Se embargan  
 Los públicos lamentos. La vil mengua,  
 La lástima, el pavor y abatimiento, 7230  
 Los sollozos ahogan, y las quejas  
 Reprimen populares. Todo calla.  
 Todo ya compungido solo tiembla;  
 Cuando un ruidoso son, de horror colmado,  
 Sobreviene de súbito, y aumenta 7235  
 El lúgubre terror de aquel silencio.  
 Hasta el Cielo lanzándose, se elevan  
 Del fiero sitiador hórridos gritos.  
 Caudillos y soldados, se reunieran  
 Del Rey cerca, pidiéndole el asalto; 7240  
 Más el augusto Luis, que el ángel era  
 De la Francia custodio, y de su hijo,  
 La cólera de Enrique, el ardor templa;  
 Así suele, mil veces, de aquilones,  
 Pendientes en los aires, la braveza, 7245  
 Domeñar de los fieros elementos  
 El invisible Móvil. Él barreras  
 A los mares fijó, donde las olas  
 A estrellar sus furores siempre vengan.  
 Él ciudades abisma, y en ruinas 7250  
 Las convierte su enojo, y las dispersa.  
 Del hombre el corazón tiene en su mano.  
 Enrique, cuyo fuego reprimiera  
 El compasivo Cielo, los furores  
 De sus triunfantes huestes encadena. 7255  
 Sentía al fin, Borbón, cuánto aún ingrata,  
 De su Patria el amor su pecho afecta.  
 Quiérela redimir: Salvarla quiere  
 Del calor de su cólera guerrera.  
 De sus vasallos propios execrado, 7260  
 De su Pueblo ofendido, sólo anhela  
 A darles su perdón. Ellos son solos  
 Los que perderse quieren, cuando él piensa  
 Solamente en ganarles. Por felice  
 Tendríase, si audacia tan proterva 7265

Solo a fuerza venciendo de bondades,  
A aquellos infelices redujera,  
Y a pedirle su gracia les forzara.  
Arrastrarlos pudiendo entre cadenas,  
Benigno y generoso, su bloqueo 7270  
A formar se limita; y así deja  
De arrepentirse tiempo a sus delirios.  
Creyó, que sin batallas más, sangrientas,  
Sin alarmas, ni asaltos, ni degüellos,  
El hambre solamente y la miseria, 7275  
Más fuertes y apremiantes que sus armas,  
Le entregarían ya, sin resistencia,  
Y sin desastres más, ni más fatigas,  
Un exánime pueblo, a la laceria  
Del lujo trasladado y la abundancia, 7280  
En que nutrido y avezado fuera;  
Y que vencido al cabo de sus males,  
Y flexible por fin a la indigencia,  
En venir no tardase, de rodillas  
A implorar sin recurso su clemencia; 7285  
Más ¡ay! el falso celo, que no puede  
Ceder en ningún caso, cruel enseña  
A aventurarlo todo y resistirlo.  
La ignara multitud, la turba necia  
De los amotinados, cuya vida 7290  
Perdonar, conservar, piadoso intenta  
La vengadora mano que ultrajaran,  
Por flaqueza del Príncipe interpreta  
Su virtud generosa, y más altiva  
Con sus raras piedades, sus proezas, 7295  
Su valor olvidando, tan buen Dueño,  
Tan benéfico Rey aún más desprecia,  
Su ilustre Vencedor más desafía,  
Y la ociosa venganza de su ofensa,  
Bárbara y obstinada más insulta, 7300  
Como un mísero indicio de impotencia.  
Más cuando de las aguas, finalmente,  
El curso cautivado ya del Sena,  
De transportar cesara a tan gran pueblo  
Los copiosos tributos, que le pechan 7305  
De ordinario, las mieses abundosas  
De su vasta y feraz circunferencia,  
Y pálida y cruel fue en París vista  
El hambre, que la Muerte le presenta<sup>90</sup>  
Marchando de ella en pos, entonces se oyen 7310  
Horribles alaridos y querellas.  
La soberbia París, viose bien pronto  
De desgraciados seres toda llena,  
Que una trémula mano y desecada,  
A la piedad tender pueden apenas; 7315

Cuya transida voz agonizante,  
 En vano mendigaba, por do quiera  
 El sustento y la vida; cuando en medio  
 De sus mismos tesoros, la opulencia  
 Después de esfuerzos mil, en balde todos, 7320  
 Presto el rigor sufrió del hambre negra.  
 Pavorosos de allí ya huido habían  
 Los convites, los juegos y las fiestas,  
 En que de mirto y rosa coronadas  
 Por Venus y por Baco las cabezas, 7325  
 Donde, en medio de gustos y delicias,  
 Siempre de duración harto ligera,  
 Vinos mil perfumados, mil viandas  
 De las más decantadas y selectas,  
 Bajo dorados techos, donde habita 7330  
 La lúbrica molicie y se recrea,  
 Del hastiado gusto melindroso,  
 Irritaban la lánguida pereza.  
 Horror y espanto daban las figuras  
 De tantos voluptuosos, ya desechas, 7335  
 Lívidas y amarillas, que llevando  
 En sus ojos la muerte, y de riquezas,  
 Y de un lujo magnífico en el seno,  
 Acorando, muriendo ya de inedia,  
 De su fortuna y bienes detestaban 7340  
 La inútil abundancia. En medio de ella,  
 Aquí un anciano padre, cuyos días  
 A finir iba el hambre, el hijo observa,  
 Que sin pecho en la cuna gime y muere.  
 Una familia, allí, perece entera 7345  
 Entre accesos furiosos de la rabia.  
 Tendidos, más allá, yacen por tierra  
 Y entre el polvo se vuelcan, miserables,  
 Que en medio de agonías, aún pelean  
 Por desechos del suelo los más viles. 7350  
 Al impulso del hambre impía y fiera,  
 Ultrajando estos hórridos espectros,  
 A la humana común naturaleza,  
 En la fétida hondura de las tumbas  
 A buscar su sustento se enderezan. 7355  
 Los huesos de los muertos espantados,  
 Cual si trigo el más limpio y puro fueran,  
 Por aquellos hambrientos se preparan  
 Y con ansia devoran. ¿Qué no atentan  
 Las extremas miserias? Se le ha visto, 7360  
 Por postrimer recurso, de las mismas  
 Cenizas de sus padres sustentarse.  
 Manjar tan detestable, le acarrea  
 Anticipada muerte, y su comida,  
 Ha sido para ellos la postrera. 7365

Los Doctores fanáticos, en tanto,  
 Que lejos, por su parte, de que en estas  
 Calamidades públicas sufriesen,  
 A sus necesidades redujeran  
 Todas sus paternales atenciones, 7370  
 Nadan entre la copia, que reservan<sup>91</sup>  
 A la sagrada sombra de las aras,  
 Y del Dios, que así ofenden, la paciencia  
 Atestando, y corriendo todo el pueblo,  
 Su constancia animaban y firmeza. 7375  
 A los unos, a quienes ya los ojos  
 La muerte a cerrar iba, en recompensa,  
 Sus liberales manos, del empíreo  
 Las puertas les abrían. A otros muestran,  
 Con proféticos ojos, ya pendientes, 7380  
 Y del trueno encendidas las centellas  
 Sobre el Príncipe hereje. En breve espacio,  
 Por inmensos socorros, que ya llegan,  
 Salvo a París anuncian, y del Cielo  
 Pronto a caer maná que les provea. 7385  
 Atractivos tan huecos ¡ah! tan vanos  
 Estériles anuncios y promesas,  
 A aquellos desdichados encantaban  
 Fáciles de engañar. Por la caterva  
 De insidiosos ministros, seducidos, 7390  
 Y de los Dez-y-seis por la asamblea  
 De terror embargados, obedientes,  
 Y aún más, cuasi contentos, ya se dejan  
 A sus plantas morir. ¡Harto felices,  
 En dejar de una vez tal existencia! 7395  
 De un tropel de extranjeros habitantes,  
 La rebelde ciudad llena se viera;  
 Tigres, que nuestros padres, allá un tiempo  
 En su seno abrigaran y nutrieran;  
 Más crueles, sin duda, que la muerte, 7400  
 Y más fieros que el hambre y que la guerra.  
 De estas extrañas gentes, una parte,  
 De las campiñas belgicas viniera.  
 De los montes y rocas escarpadas  
 De la Helvecia, las otras descendieran; 7405  
 Bárbaros por oficio, cuya industria  
 Y única ocupación, la guerra hiciera,  
 Y que su sangre venden al primero,  
 Que acomoda comprársela y verterla.  
 De estos nuevos tiranos advenidos, 7410  
 Licenciosas cohortes y avarientas,  
 Los hogares pacíficos violando,  
 De tropel abatiéndole sus puertas,  
 Mil variadas muertes a sus dueños  
 Asustados y atónitos presentan; 7415

No por ir a robar tesoro inútil;  
 Ni menos, todavía, por que quieran,  
 Con adúltera mano, arrebatarle  
 A la trémula madre una doncella. 7420  
 Necesidad voraz del hambre sola,  
 Es la que sufocada inerte deja  
 Cualquier otra pasión en su vil alma.  
 Su atroz requisición, sólo el fin lleva  
 De descubrir, do quiera, algún sustento,  
 Cuya más vil porción y más pequeña, 7425  
 Por dichosa conquista se apreciaba.  
 No hubo horror ni suplicio ni fiereza,  
 Que para haber los míseros de hallarle,  
 Su extremado furor no discurriera.  
 En medio de horror tanto, mujer hubo<sup>92</sup>, 7430  
 Mujer hubo ¡o gran Dios! (¿qué fuerza sea,  
 Guarde nuestra memoria de un suceso  
 Tan horroroso, el cuadro?) hubo un hembra,  
 Que de sus manos viera por los propios  
 Impíos corazones, con violencia 7435  
 Un residuo arrancar de su sustento.  
 A perecer tan próximo como ella,  
 Todo el resto, era un hijo, de los bienes,  
 Que le robara ya fortuna adversa.  
 Un agudo puñal coge furiosa, 7440  
 Y cual fuera de sí, parte, y se acerca  
 Al niño angelical, que sus bracitos  
 Le tendía famélicos. Su inedia  
 Su flébil voz, sus mimos a la madre  
 Mil lágrimas arrancan. Hacia él vuelta 7445  
 Su horrorizada cara, de cariño  
 De lástima, dolor, y rabia llena,  
 De la rebelde mano, por tres veces,  
 El hierro parricida se le suelta.  
 Más que el hambre, por fin, vence la rabia, 7450  
 Y con trémula voz, la cruel estrella  
 De su fecundidad y su himeneo  
 Maldiciendo, colmando de blasfemias,  
 «¡Hijo mio querido y desgraciado!».  
 Su frenético labio así se expresa; 7455  
 «¡Hijo que mis entrañas han traído,  
 Cuán en vano, a una edad de horror cubierta,  
 La vida recibiste! O los tiranos,  
 O ya el hambre, a robártela se aprestan.  
 ¿Porqué has pues de vivir? Para que errante 7460  
 Desdichado en París, lágrimas puedas  
 Derramar sobre el resto de sus ruinas.  
 Muere, sin que mi mal y tu miseria  
 Llegues a conocer. Vuelve a tu madre,  
 El triste día y sangre que te diera. 7465

Mi desgraciado seno, de sepulcro  
 Te servirá, infelice. París vea  
 Un nuevo crimen». Dijo: y furibunda,  
 Con despechado brazo, loca, ciega,  
 Toda de horror convulsa, en su costado 7470  
 El puñal parricida enclava fiera.  
 A cerca del hogar, vertiendo sangre,  
 A aquel tierno cadáver veloz lleva,  
 Y su temblona mano, que impelía  
 Del hambre inexorable impía fuerza, 7475  
 Con un ansia voraz, a prepararle  
 Tan horrible manjar, se daba priesa;  
 Cuando también del hambre allí atraída,  
 La misma desalmada soldadesca  
 En aquellos hogares delincuentes, 7480  
 Otra horrible incursión de nuevo empieza.  
 De aquellos forajidos el transporte,  
 Al cruel alborozo se asemeja,  
 Con que al oso voraz y león hambriento,  
 Arrojar se les ve sobre su presa. 7485  
 Furiosos, y a porfía, el uno al otro  
 Empujando, a romper corren la puerta.  
 ¡Qué terror! ¡qué sorpresa! De un cadáver,  
 Ensangrentado todo, y puesto en piezas,  
 Al lado, una mujer, que aún su caliente 7490  
 Sangre chorreando está, se les acerca.  
 «Sí, les dice, sí; ¡monstruos inhumanos!  
 Mi hijo es el que veis. Barbaries vuestras,  
 Estas manos mancharon en su sangre.  
 De agradable vianda en vuestra mesa 7495  
 El hijo y madre sirvan. ¿Temeríais,  
 A la naturaleza tal afrenta  
 Más que yo propia hacer? ¿Qué horror, qué pasmo,  
 A tal aspecto, tigres, os congelan?  
 Para vosotros solos prevenidos 7500  
 Están festines tales». A estas fieras  
 Insensatas razones, que su labio  
 Vierte con saña atroz, clavado deja  
 En su pecho un puñal. De horror y miedo  
 Agitados los monstruos, se dispersan, 7505  
 Huyendo pavorosos, sin que el rostro  
 A tan funesto hogar volver se atrevan.  
 Sobre sí, cada paso, ardiente fuego  
 Caer del Cielo airado todos piensan;  
 Y el pueblo, del rigor de su destino 7510  
 Despechado, por fin, manos eleva  
 A los Cielos, pidiéndoles la muerte.  
 De horror tanto corriendo van las nuevas  
 Al pabellón del Rey, que compasivo,  
 Su corazón sintió tocado de ellas. 7515

A lástima se mueven sus entrañas;  
 Y sobre el pueblo infiel lágrimas suelta.  
 «Tú, ¡Omnipotente Dios! exclama Enrique;  
 Tú que leyendo estás, y que sondeas  
 Del hombre el corazón, tú que conoces 7520  
 Cuanto puedo y emprendo, tú no mezclas,  
 Tú sin duda distingues, de mi causa  
 La injusta de la Liga. Mis sinceras,  
 Mis inocentes manos muy bien puedo  
 Levantar hacia ti. Tú lo penetras, 7525  
 Tú lo sabes Señor; yo ya mis brazos  
 A los amotinados les tendiera.  
 No me imputes ¡O Dios! ni sus desgracias,  
 Ni sus crímenes, no. Que allá se avenga  
 Mayenne, con las víctimas que impío, 7530  
 A su ambición inmola. O como quiera,  
 Impute tanto mal, tanto desastre,  
 A la necesidad, la excusa honesta,  
 El pretexto común de los tiranos.  
 De mis ilusos pueblos la miseria 7535  
 Lleve el caudillo pérfido hasta el colmo.  
 Él solo es su enemigo. Que lo sea.  
 Yo debo ser, y soy su amante padre.  
 A mí por tanto toca, a mí interesa  
 Alimentar mis hijos, y mis pueblos 7540  
 Arrancar de las garras carniceras  
 De esos voraces lobos, aunque armados  
 Contra mí mismo acaso se les vea  
 De mis propias bondades y socorros,  
 Y más que por salvarles, mi diadema 7545  
 A perder yo llegase. A cualquier costa,  
 Que se rediman quiero. No perezca  
 Mi amado Pueblo, no. Quiero que viva.  
 No me importa a qué precio. Yo le vea  
 De esas sus plagas libre, que le pierden, 7550  
 Y protegerle pérfidas afectan.  
 A su pesar salvémosle. Y si acaso,  
 Una excesiva lástima me cuesta  
 Mi hereditario trono, que a lo menos,  
 Sobre mi tumba un día leerse pueda: 7555  
 EL ENEMIGO, Enrique, GENEROSO  
 DE SUS PROPIOS VASALLOS, NO DESEA  
 REINAR TANTO SOBRE ELLOS, COMO QUIERE  
 SALVARLOS DE LA MUERTE Y LA MISERIA».

Dice; y que sin estrépito su tropa 7560  
 A la hambrienta ciudad se acerque, ordena;  
 Que pláticas se lleven al momento  
 De paz al ciudadano, y se le ofrezcan  
 En lugar de venganzas beneficios.  
 A tan divina orden, obediencia 7565

Presta pronto el soldado, y al instante,  
 Mil gentes de París los muros llenan.  
 Allí avanzar se ven a paso lento,  
 Cuerpos trémulos, lívidos, que apenas  
 Animados parecen: semejantes 7570  
 A las sombras, que un tiempo, se fingiera  
 Hacer aparecer, a su albedrío,  
 De los Tartáreos reinos y cavernas  
 Los Magos a su voz, cuando furiosa,  
 Del profundo Cocito en su carrera 7575  
 Los rápidos torrentes deteniendo,  
 De los errantes manes las catervas  
 Del infierno evocaba. ¡Qué extremadas  
 De aquellos moribundos la sorpresa,  
 La confusión no fueron! ¡Su enemigo, 7580  
 Su cruel enemigo, a nutrir llega,  
 La vida a sustentar al que le injuria!  
 ¡De división de horrores y de penas  
 Llenos, por los que el nombre dulce y grato  
 De amigos y de apoyos falsos llevan, 7585  
 Sólo en sus pretendidos opresores  
 Hallan por fin socorros y clemencia!  
 Rasgo tan singular, tan desusado,  
 Increíble a su mente se presenta.  
 Delante de ellos ven aquellas picas, 7590  
 Aquellos fieros dardos y ballestas,  
 Que de crueldades varias de fortuna  
 Instrumento hasta entonces sólo fueran,  
 Aquellas lanzas ven, que de la muerte  
 Las conductoras eran más funestas, 7595  
 Del generoso Enrique obedeciendo  
 El paternal amor y bondad regia,  
 En las extremidades de sus puntas,  
 Que aún en sangre teñidas amedrentan,  
 La vida transportarles. «¿Y son, dicen, 7600  
 Y son estos los monstruos, son las fieras,  
 Que malignas y horribles nos contaban?  
 ¿Y es este aquél que pintan y exageran  
 Cual tirano terrible a los mortales,  
 Enemigo de Dios, y un alma llena 7605  
 De rabioso furor? ¡Ah! Del Dios vivo  
 La imagen es más fúlgida y más bella.  
 Un Rey es bienhechor. Es de monarcas  
 El más cabal modelo de la tierra.  
 De sus leyes y mano generosa 7610  
 Bajo el próspero auspicio y la tutela,  
 Vivir no merecemos. Él triunfante,  
 Perdona, y libra, y ama, y hasta premia  
 Al mismo que le ofende ¡Ojalá a costa  
 De nuestra sangre toda, un día pueda 7615

Su soberano imperio cimentarse!  
 De la calamidad y muerte horrenda,  
 De que padre nos salva, ya harto dignos,  
 Los días, que piadoso nos conserva,  
 Consagrémosle gratos y obedientes». 7620  
 Tal en París entonces la voz era  
 De aquellos ya ablandados corazones.  
 Tal el común sufragio y la respuesta.  
 Más ¿quien podrá jamás asegurarse  
 En la turba de un pueblo novelera? 7625  
 Cuya feble amistad en aspavientos  
 Exhalándose toda, y hablas huecas,  
 Si tal vez sobre sí, breves instantes,  
 Contra el orden común, justa, se eleva,  
 Siempre recae al fin? Los sacerdotes, 7630  
 Cuyo fatal influjo y elocuencia,  
 Los fuegos que la Francia devoraban,  
 Cien veces atizaran y encendieran,  
 Van a mostrarse en pompa al mustio pueblo,  
 Y tales inectivas le enderezan. 7635  
 «¡Sin valor combatientes y cristianos,  
 Sin celo, sin virtud, sin fe sincera!  
 ¿De qué atractivos bajos y terrenos  
 Seduciros dejabais por flaqueza?  
 ¿Os haría del mundo un bien caduco, 7640  
 Del martirio olvidar palmas perpetuas?  
 Soldados del Dios vivo ¿será acaso,  
 Honra será, decidnos, y acción vuestra,  
 Vivir para ultrajarle con infamia,  
 Cuando por él morir glorioso os fuera? 7645  
 ¿Cuándo ya de la cumbre de los Cielos,  
 La corona ese Dios grato nos muestra?  
 No esperemos, católicos, que gracia  
 Nos dispense un tirano. A su infiel secta  
 Por tal medio asociarnos solicita. 7650  
 La intención de ese pérfido siniestra,  
 Por sus favores mismos castigemos.  
 Así la majestad de nuestra Iglesia,  
 Así la santidad de nuestras aras,  
 De su herético culto salvas sean». 7655  
 Del altar los ministros así hablaban;  
 Así la paz de Cristo recomiendan;  
 Y el fanático acento de su labio,  
 Dueño del bajo pueblo por do quiera,  
 Y aun también por do quiera formidable 7660  
 A las más altas clases y diademas,  
 Tanto oprime, sufoca y amortigua  
 El elevado grito de las proezas  
 De Borbón, y sus grandes beneficios,  
 Que no pocos, tornándose a su terca 7665

Furiosa rebeldía, ya en secreto  
 Se acriminan deber a su clemencia  
 Aun el vital aliento que respiran.  
 De tan odiosos gritos y querellas,  
 Al través finalmente se abre paso, 7670  
 De la tierra remóntase y penetra  
 De Enrique la virtud hasta el empíreo;  
 Y el augusto Luis, que atento vela,  
 De la celeste bóveda en la altura,  
 Sobre la perseguida rama regia 7675  
 De los Borbones, de la que era tronco,  
 De los tiempos notando que se acerca  
 El feliz complemento, en que a su hijo,  
 De los reyes al Rey ya le pluguiera  
 Por último adoptar entre los suyos, 7680  
 Incontinente aparta, al punto aleja  
 De corazón tan dócil las alarmas;  
 Y de lágrimas tiernas, que vertieran,  
 Bañados, a enjugar sus ojos viene  
 La sacrosanta fe. Sus pasos llevan 7685  
 Del Eterno a los pies, dulce Esperanza,  
 Y paternal Amor. De luz excelsa  
 Entre abismos de fuego eterno y puro,  
 Colocar al Altísimo pluguiera  
 Anterior a los tiempos e inmutable, 7690  
 Su majestuoso trono. Las inmensas  
 Rutilantes esferas de los Cielos,  
 De su creador poder la planta huella;  
 Y de mil astros varios el perenne  
 Siempre reglado curso, manifiestan 7695  
 Su grandeza y su gloria al Universo.  
 Poder, saber, y amor forman su esencia  
 Unidos y distintos, y sus santos,  
 De paz entre dulzuras sempiternas,  
 En un torrente absortos de delicias, 7700  
 De su gloria por siempre, y de la misma  
 Increada sustancia penetrados,  
 Llenos y poseídos, su suprema  
 Majestad, a cual más, todos adoran.  
 De su querer la voz, ante él esperan 7705  
 Ardientes serafines, semidioses,  
 A quienes subordina y encomienda  
 Del Universo entero los destinos.  
 Él habla: y al momento, de la tierra  
 A cambiar van volando la faz toda. 7710  
 Ellos, de un golpe extinguen de esta esfera  
 Las coronas, los cetros y las razas,  
 Que imperaran altivas largas eras;  
 En tanto que los hombres, vil juguete  
 Del error e ignorancia, que los cercan, 7715

De consejos eternos del muy-Alto,  
 Acusan la profunda arcana ciencia.  
 Los agentes son estos invisibles,  
 Cuya potente mano subalterna,

7720

Con el servil azote hiriendo a Roma,  
 Del Norte helado al hijo, Italia deja.  
 Jerusalén somete al otomano,  
 De España al africano abre la puerta.  
 Cae al fin todo imperio, y todo pueblo  
 Arrastra de tiranos las cadenas:

7725

Del Altísimo, empero, la insondable  
 La justísima y sabia providencia,  
 No por siempre tolera, que prosperen  
 De los hombres la audacia y la soberbia.  
 Favorables tal vez a los mortales,

7730

Se dignan su justicia y su clemencia,  
 En inocentes manos, de los Reyes  
 El cetro colocar. Ya se presenta,  
 El padre y protector de los Borbones,  
 Ante la majestad de Dios eterna;

7735

Y con doliente voz y acatamiento,  
 Esta eficaz plegaria le endereza.  
 «¡Del Universo Padre! si tus ojos,  
 A bien tienen, a veces, no desdeñan  
 Honrar de una mirada compasiva

7740

De los reyes y pueblos las flaquezas,  
 Mira al pueblo francés, rebelde e ingrato  
 A su Rey bienhechor. Si él atropella  
 Tus sacrosantas leyes, es tan solo,  
 Porque serte leal, erróneo piensa.

7745

Su celo es quien le ciega, y quien le arrastra  
 De tu ley al desprecio e inobediencia;  
 Y cuando más te falta, es cuando, iluso,  
 Vengarte y obsequiarte más intenta.  
 Dígnate ¡O Dios! mirar a ese Monarca

7750

Triunfador generoso. Grato observa  
 De la guerra ese rayo, ese brillante  
 Terror, amor, y ejemplo de la tierra.  
 ¿Su corazón, Señor, formado habrías,  
 De virtudes tan lleno, con la idea

7755

De abandonarle solo a astutos lazos  
 Del miserable error? ¿Y será fuerza,  
 Que de tu misma mano omnipotente  
 La obra más magnífica y perfecta,  
 Al Dios a quien adora, un homenaje,

7760

Un incienso culpable e impuro ofrezca?  
 ¡Ah! Si del Gran Enrique, que ignorado  
 Siempre tu culto fuese permitieras,  
 ¿Por quién el Rey querría de los Reyes,  
 Que adoración condigna se le diera?

7765

Ten a bien ilustrar alma que ha sido  
 Para reconocerte tan dispuesta.  
 Un hijo insigne en él, que la decore,  
 Dígnate ya, Señor, dar a tu Iglesia,  
 Y a la discorde Francia y perturbada, 7770  
 Un Señor, bajo el cual, en paz florezca.  
 Restituye a su Príncipe el vasallo,  
 Y al vasallo su Príncipe le entrega.  
 Todos los corazones, tu justicia  
 Adoren en unión acorde y recta. 7775  
 Y en París, todos juntos, sobre un ara  
 La misma te consagren pura ofrenda».

De estos votos de Luis, ya del Eterno  
 La divina piedad tocar se deja,  
 Y una sola palabra de su boca, 7780  
 Le asegura el suceso por que anhela.  
 De su tremenda voz al eco excelso,  
 De la Tierra, agitado el eje, tiembla;  
 Del Cielo las esferas se estremecen,  
 Y confusa la Liga se consterna. 7785

El Rey, que en sólo el Cielo apoyo busca,  
 A estas señas, conoce, a sentir llega,  
 Que por él finalmente y por su causa,  
 Se declara el muy Alto y se interesa.  
 Súbito la Verdad, por largo tiempo 7790  
 Esperada de Enrique, y siempre prenda  
 De los hombres amada, aunque mil veces  
 Harto desconocida, de la esfera  
 Desciende de los Cielos, penetrando  
 Del magnánimo Rey hasta las tiendas. 7795  
 Velo espeso al principio a los mortales  
 Su semblante hermosísimo reserva;  
 Más de instante en instante, densas sombras,  
 Que la cubren, cediendo, ya se alejan  
 De la luz al fulgor que las entreabre; 7800  
 Y bien pronto, triunfante, se demuestra  
 Del Príncipe a la vista ya tranquila,  
 Con un brillo luciendo, cuya fuerza  
 No desvanece nunca ni deslumbra.  
 De Enrique el alma grande, que naciera 7805  
 Para gozarla, ve, conoce, y ama  
 Por fin su inmortal luz. Su fe confiesa  
 La sacra Religión tan sobre el hombre,  
 Que su razón confunde. Acá en la tierra,  
 La Iglesia reconoce combatida, 7810  
 Una siempre en el suelo, y de él extensa  
 Por el ámbito todo. Iglesia libre;  
 Bajo de un Jefe empero. Donde quiera,  
 Y en la perenne dicha de los santos,  
 De su Dios adorando la grandeza. 7815

El Cristo renaciente y viva hostia  
 De los pecados nuestros, que alimenta  
 Sus caros escogidos, sobre el ara  
 Desciende, y a su vista absorta y ciega,  
 Bajo un pan, que no existe, un Dios descubre. 7820  
 Su corazón sumiso, ya se entrega  
 A tan altos misterios, de que absorto  
 Y asombrado su espíritu, al fin, queda.  
 El celestial Luis, de Enrique el Padre,  
 Cuya ilustrada mente conociera 7825  
 Llegado ya el momento en que los votos  
 De su amor se coronan y completan;  
 Luis rápidamente enarbolando  
 La oliva, de la paz sereno emblema,  
 De la altura desciende del empíreo, 7830  
 Hacia el Héroe que objeto digno fuera  
 De su místico amor y santo celo,  
 Y de guía sirviéndole, le lleva  
 Él mismo de París a las murallas.  
 A su voz retembladas y entreabiertas 7835  
 Las murallas quedaron, y en el nombre  
 Del Dios Grande, por quien los Reyes reinan,  
 Entra en París. La Liga, confundida,  
 Y rindiendo las armas, humil, se echa  
 De Borbón a las plantas, y de afecto 7840  
 Con abundosas lágrimas las riega.  
 Los sacerdotes todos, reprimidos,  
 Su sedicioso labio por fin sellan.  
 Los Dez-y-seis confusos y aterrados,  
 En vano por do quiera buscan cuevas, 7845  
 En que huir a esconderse; y todo el Pueblo,  
 Trocándose este día, en que granjea  
 Salud tanta, se postra, y homenajes  
 A su Rey, Vencedor y Padre presta.  
 Se admiró desde entonces dignamente 7850  
 Reinado tan dichoso, que así fuera  
 Empezado harto tarde, y harto presto  
 Concluido también. El Austria tiembla.  
 Feliz y justamente desarmada  
 Roma, adopta a Borbón; y Roma empieza 7855  
 A verse de este amada. La Discordia,  
 A sumergirse vuelve en noche eterna.  
 De su Rey, últimamente a quedar viene  
 Reducido Mayenne a la obediencia;  
 Y sometiendo ya con sus Provincias 7860  
 Su corazón a un tiempo, al cabo llega  
 A ser el más leal y buen vasallo,  
 Del Monarca más justo de la tierra.

FIN

△

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

